



FUGAS DE TINTA 17

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 17

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL



“LIBERTAD BAJO PALABRA»
UN PROGRAMA DE RELATA



FUGAS DE TINTA 17

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2024

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 17

CUENTOS, RELATOS Y POEMAS ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RED DE ESCRITURA CREATIVA Y TERTULIAS LITERARIAS RELATA 2024

MINISTRA (E) DE LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES

YANNAI KADAMANI FONRODONA

VICEMINISTRA DE LAS ARTES Y LA
ECONOMÍA CULTURAL Y CREATIVA

YANNAI KADAMANI FONRODONA

VICEMINISTRA DE LOS PATRIMONIOS, LAS
MEMORIAS Y LA GOBERNANZA CULTURAL

SAIA VERGARA JAIME

SECRETARIA GENERAL

LUISA FERNANDA TRUJILLO BERNAL

DIRECTORA BIBLIOTECA

NACIONAL DE COLOMBIA

ADRIANA MARTÍNEZ-VILLALBA GARCÍA

COORDINADORA DEL GRUPO DEL LIBRO,

LA LECTURA Y LA LITERATURA

LINA CASTAÑO CÁRDENAS

GRUPO DEL LIBRO, LA LECTURA

Y LA LITERATURA

ANA MARÍA REYES HERNÁNDEZ

ANDRÉS GIRALDO PAVA

CATALINA NAVAS

DANIEL GARCÍA LEÓN

FERNÁN GALEANO GALLEGO

JAIME ACUÑA LEZAMA

JUAN DAVID LASERNA BOTERO

LUZ HELENA RODRÍGUEZ ARIZA

LUZ MARY CÁRDENAS ARIAS

LUZ YAZMIN ARIZA

ASESOR DE LIBERTAD BAJO PALABRA
CRISTIAN VALENCIA HURTADO

CORRECCIÓN DE ESTILO Y EDICIÓN
CRISTIAN VALENCIA HURTADO

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
PAULA A. Gutiérrez

© Ministerio de LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES,
REPÚBLICA DE COLOMBIA

© Red de TALLERES DE ESCRITURA CREATIVA
Y DE TERTULIAS LITERARIAS - RELATA

© Derechos reservados para los autores

MINISTRA DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
ANGELA MARÍA BUITRAGO RUÍZ

DIRECTOR GENERAL (E) DEL INPEC

TENIENTE CORONEL

DANIEL FERNANDO GUTIÉRREZ ROJAS

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y

TRATAMIENTO (E) DEL INPEC

OFICIAL DE TRATAMIENTO

RAQUEL LUCÍA CÁRDENAS GRANADOS

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN DEL INPEC

Rocío NATALY RINCÓN TOBAR

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA DEL PROGRAMA
LIBERTAD BAJO PALABRA DEL AÑO 2024

PRIMERA EDICIÓN: MARZO DE 2025

ISBN 978-958-753-651-5

ÍNDICE



PRÓLOGO	II
Crisitan Valencia Hurtado	
SANTANDER	13
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE BARRANCABERMEJA	
EL PASO POR LA CÁRCEL, LA VERDADERA EXPERIENCIA VIVIDA	15
Yanith Cadrera Miranda	
VIAJANDO CONMIGO	16
César Castro Y David Triana	
NO TE DETENGAS	17
José Alberto Beltrán Chacón	
NUESTRA VIDA	18
Ubernel Muñoz Ramírez	
MIS HERMANOS	19
Fernando Álvarez Martínez	
EL PACTO	21
Carlos Higuira Orozco	
RECUERDOS E HISTORIAS	22
Abel Serpa Araque	

ANTIOQUIA	23
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE CAUCASIA,	
LOS MILAGROS DEL SEÑOR JESÚS Luis Enrique Giraldo Escudero	25
EL MEJOR DÍA DE MI VIDA Luis Enrique Zapata Medrano	27
ATENTADO AL PELOTÓN Yefer Antonio Moreno Palacios	29
SALA DE URGENCIAS Juan del Cristo Meléndrez Silva	31
NO ES UNA PESADILLA ES UNA REALIDAD Wilson Giraldo Giraldo	33
DOLOR SIN REMEDIO Wilson Giraldo Giraldo	36
AMAZONAS.	37
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE LETICIA	
EL BUFEQUE QUE QUERÍA ENCANTAR A MI ABUELA Carmen Elisa Murayami	39
LA NIÑA SAD Paola Pinto (La niña Sad)	41
LOS SACACABEZAS Tulía Mozombite	47
PUNTAS, PUNTOS Johana Salazar	49
RECORDANDO Henry Méndez	51

NORTE DE SANTANDER	57
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE OCAÑA	
DIOS ME LIBERÓ Carlos Jorge Bayona	59
MI VIDA Yuliana Tapiero	64
HISTORIA DE MI VIDA: RECUERDOS DE MI INFANCIA Luis Orlando	73
LOS DULCES AMARGOS DE LA VIDA Pablo Carrascal	80
CAPÍTULO 2. UN DÍA DE MUCHOS EN PRISIÓN Patricia Vargas	87
HASTA EL ÚLTIMO VIAJE Wendy Navarro	90
CAUCA	93
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PUERTO TEJADA	
AMOR TRAS LAS REJAS Zapata	95
EL PRESO INOCENTE Joaquín Orlando Ruíz Mena	99
MI FAMILIA José Julián Molano Daza	101
ANSIOSO POR SALIR AL RECREO... NO VEÍA LA HORA Ronald Fabián Reyes	105
SUEÑOS ROTOS Juan David Orozco Betancur	107

CALDAS	III
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE RIOSUCIO	

VIAJE A MI NIÑEZ	III3
Juan Carlos Arcila Vélez	

CAMINO AL MAR	III5
Alejandro Orrego	

LA AMBICIÓN DE LOS SUEÑOS	III7
Hernán Nastor Luna	

NOCHE DE AÑO NUEVO	III22
Heriberto Cárdenas Martínez	

JHOAN	III26
Jhoan Andrés Castaño	

CAMINOS RECORRIDOS	III29
Héctor Lengua	

CÓRDOBA	III35
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIANA SEGURIDAD DE TIERRALTA	

BUSCANDO MI MÁS GRANDE AMOR	III37
Diego León Escudero Ramírez	

EL SENTIDO DE VIVIR SINTIENDO	III40
Diego Manco Castañeda	
y	
Jefferson Marulanda Henao	

PEPE A TRAVÉS	
DEL CIELO	III42
Nicolás Olaya Fernández.	

DESDE LO MÁS PROFUNDO DE MI CORAZÓN	III45
Diego León Escudero Ra	

EL PENSAMIENTO	III46
Jhonatan Andrés Vélez	

PRÓLOGO



Bienvenidas sean estas historias de la Colombia encerrada. La Colombia de hombres y mujeres que cuentan el duro trasegar en un país que niega oportunidades en cada etapa de la vida. Aquí están las historias: de cómo me tuve que alejar del colegio porque no había con qué comer; de cómo me vi obligada a prostituirme y terminé en las AUC o en la guerrilla, cómo mi primer juguete fue una AK-47 o una pistola, cómo resulté llevando y trayendo encargos cargados de malas noticias y mundos pendencieros, cómo me tocó ver cuando mataron a mis padres en su propia finca, cómo no pude ser el futbolista de éxito que era porque no había con qué y resulté de soldado profesional.

Así es esto. A estas alturas es difícil ocultar que vivimos un país en guerra, sumido hasta el cuello en el narcotráfico y las mafias; que se trata de un país de bandos que hay que desmontar con estrategias distintas a las de siempre, entre otras porque han dado este resultado tan perverso. Vivimos en un país en donde la palabra “rebusque” es el sustantivo que más se pronuncia en todas las calles, en todas las carreteras, en todas las regiones, en todas las montañas. “Vaya rebúsquese la vida, mijo”, quizá es la frase que en este momento están diciendo las madres a lo ancho y largo de toda esta patria.

Bienvenidas sean estas historias —algunas de ellas escritas con una exquisita técnica literaria— que nos enrostran la inequidad y la injusticia, la difícil tarea de ser humano bajo esas circunstancias. El país que se lee en este volumen de Fugas de Tinta, es un país tan real que pone en ridículo

todas las estadísticas del optimismo. Esto es lo que hay. Esta es la verdad. Esto hay que enfrentarlo, no desde las balas ni los ordenes cerrados, sino desde el reconocimiento de que existen y desde la pedagogía; con acciones sociales.

Recontra bienvenido, de contera, este programa de Libertad Bajo Palabra, que permite la expresión de las personas privadas de la libertad. Los talleres de escritura creativa que se dictan en las cárceles de este país desde hace más de quince años, deberían ser la materia prima de todas las políticas públicas de cualquier gobierno. Son la radiografía dura, cruda y pura de lo que hemos construido como sociedad.

Sea toda la gente bienvenida a este espectáculo del que hemos sido libretistas silenciosos y pasivos. Sigán, lean, mediten, concluyan, que la mesa está servida para las soluciones.



CRISTIAN VALENCIA HURTADO

Escritor y periodista

Coordinador del programa

Libertad Bajo Palabra

SANTANDER



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE BARRANCABERMEJA

Directora del Taller:
Catalina Silva Arias

EL PASO POR LA CÁRCEL, LA VERDADERA EXPERIENCIA VIVIDA

Yanith Cadrera Miranda



A quien le interese mi nombre es Yanith y me permito comentarles mi paso por la cárcel de Barrancabermeja. Les digo primero que todo acá se hace con un calor terrible, quemados, cerca al río Magdalena. Hace mucho calor. Yo me levanto a las 5:30 a. m., pasamos a las duchas a bañarnos para luego formar a la 6 a. m. para tomar el desayuno. Me dedico a hacerme en mi lugar de descanso y lavar ropa. A las 11 a. m., pasamos al almuerzo y de ahí, a la formación del mediodía y aseo del patio. Por último, cena a las 4:30 p. m., y dos horas después, última formación para descansar.

Vivir acá es complicado, porque estamos con la familia lejos, el trato es diferente y se vive mucho de mal genio. La rutina a diario es estresante, pero trato de tener las mejores energías para que el paso por acá sea para aprovechar todas las oportunidades que nos brinda el INPEC, para que todo salga de la mejor manera.

Me siento un poco triste por estar lejos de mi hijo, de mis abuelos, padres, tíos, hermanos y demás personas. Aunque todo es mental y solo pienso en hacer bien las cosas para que el tiempo acá se haga corto. Al salir de este lugar quiero recomponer el tiempo perdido con mi familia, portarme bien para no tener problemas jurídicos, aprovechar al máximo estar con mi hijo, tener una carnicería y sacar adelante mi hijo con ayuda de Dios.

Ya lo que hicimos, ya está hecho, muchachos. Que nos sirva esto para reflexionar y cuando estemos libres hacer las cosas bien y de la mejor manera, la vida nos da una nueva oportunidad. Aquí vamos a vivir todo: tristeza, dolor, soledad, pero podemos salir adelante: libre y feliz al lado de mi familia.

VIAJANDO CONMIGO

César Castro Y David Triana



(A partir del poema de Oscar Hanh)

A donde quiera que vaya siempre pensaré en ti
Adonde quiera que me mueva siempre me van a ver
Nada va a pasar si usted no quiere
Nada va a cambiar todo sigue igual

Porque me llevo conmigo	yo siempre soy
No quedo allá atrás	siempre voy adelante
No me alejo de mí	siempre estoy conmigo
Me traigo auestas	bajas y altas

Otra casa
 Otro cielo
 Otro tiempo
 Otra vida
 Otro rumbo
 Otros amores

Dará lo mismo, son lo mismo y siempre lo mismo
La vida no está en otra parte, la vida es uno mismo
La vida está donde uno no está y no donde uno quiere estar

NO TE DETENGAS

José Alberto Beltrán Chacón



Hay que seguir llenándonos de pensamientos
Aprender bien el filosofar
Porque así algunos de nosotros: los vivos
Revivamos en algún Sócrates o Platón
La lectura es una ciencia de la vida en el ser
Dando siempre gracias a Dios por todo a cada momento

NUESTRA VIDA

Ubernel Muñoz Ramírez



Es bella, corta, pasa rápido
Dura, excitante, tienes que vivirla con valentía
Para salir victorioso

Vívela, disfrútala
Te darás cuenta lo hermosa que es
Siempre recibirás grandes enseñanzas y solo hay una
Gózatela

MIS HERMANOS

Fernando Álvarez Martínez



A principios del siglo XXI nuestra familia vivía un momento muy hermoso, yo estaba en mi niñez, no me preocupaba por nada solo en jugar, estudiar y pasarla bien con mis hermanos. Soy uno de los menores y era más consentido por mis padres. Vivíamos en una vereda de Yondó, Antioquia, llamada Caño Huila.

Mi hermano mayor, Rigoberto, me protegía mucho, me regalaba juguetes y dulces. Era muy hermosa nuestra familia a pesar de la violencia que se vivía en la región. Teníamos ganado, vivíamos de la agricultura y económicamente estábamos bien, pero por malos entendidos nos tocó salir hacia Puerto Berrio y, en ese entonces, fuimos desplazados por la violencia y nos tocó pasar muchas necesidades. A pesar de eso yo compartía y me divertía con mis hermanos, éramos unidos.

Al pasar el tiempo comencé a estudiar. Así conocí a muchos amigos. Después de cursar el tercer grado de primaria mis padres decidieron volver a la vereda de Caño Huila. Mi papá Rodrigo era estricto y siempre quería lo mejor para nosotros, pero a veces le pegaba a mi mamá. Un día, cuando llegamos a la finca estaba toda caída y tocó empezar de nuevo otra vez. Aunque con todas las dificultades éramos felices de vivir en el campo: los caballos, los animales eran nuestra felicidad.

Después de recuperarnos volvimos a pasar de nuevo por la violencia de grupos armados, fuimos amenazados y desterrados de nuevo de la región. Crecimos con mucha violencia, pero siempre quise estudiar y ser alguien en la vida, luego nos trasladamos hacia San Rafael de Chucurí. Allí terminé mis estudios y vivimos momentos lindos y mis hermanos tomaron rumbos diferentes. Cuando me gradué de bachiller mi familia se estaba dispersa. Mis hermanos Rigoberto, Yesenia y Yenifer vivían en Barrancabermeja, porque en el pueblo no había trabajo y ellos buscaron sus trabajos y familias.

Yo era feliz por ellos, aunque me hacían falta y yo ya tenía 18 años, quería un futuro para mí, seguir estudiando pero por andar con malas compañías me descarrilé en el alcohol y perdí mi proyecto. A mis 20 años conocí a Angélica y vivimos 2 años con nuestras 2 hijas.

EL PACTO

Carlos Higuira Orozco



La muerte y yo
Hicimos un pacto
Ni ella me busca a mí
Ni yo la encuentro a ella

RECUERDOS E HISTORIAS

Abel Serpa Araque



Recuerdos de los patios del barrio Las Granjas (Barrancabermeja): mi niñez, mis abuelos, mis padres y la familia.

Los domingos solíamos venir de la Iglesia y llegar donde mis abuelos para almorzar y pasar ratos jugando en un patio grande, donde había árboles de frutos y con mis hermanos corría jugando. Mi abuelo tocaba la guitarra y mi abuela cocinaba. En la tarde nos íbamos a la casa de nosotros.

Ahora en mi adultez y con mi familia, hoy extraño a mis hijos, mi espacio y el patio de mis abuelos me trae bellos recuerdos. Mis abuelos terminaban de hacer el mute santandereano, que se servía y nos llamaban a la mesa a almorzar. Yo corría con mis hermanos por todos lados, subía a los árboles y comía frutas: mangos y mandarinas con mis hermanos y, a veces, nos regañaban.

ANTIOQUIA



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE CAUCASIA,

Directora del Taller:
Clara Inés Montalvo Aguilar

LOS MILAGROS DEL SEÑOR JESÚS

Luis Enrique Giraldo Escudero



Era yo un hombre joven, orgulloso, arrogante, trabajador que por tener poco conocimiento y entendimiento pase por muchos tropezones, pero gracias a Dios hoy puedo contar mi historia de reflexión de cómo El Señor cambió mi vida.

Yo trabajaba de mototaxi en Tarazá y en uno de esos días de trabajo unos muchachos me pidieron el favor de comprarles unas salchipapas. Yo fui a hacer la carrera. Lo que no sabía era que a esos muchachos los andaban buscando para matarlos porque habían vendido vicio. En ese momento llego de hacer el mandado y veo a un hombre con una pistola haciendo disparos, gracias a Dios nadie murió, pero me acuerdo de ver a mi madre muy preocupada por mí, me dolía verla así. Yo tenía miedo, y en un momento de preocupación le ore a Dios en mi cama, le pedí que me revelara si yo estaba en peligro de muerte. A los pocos días soñé que los dientes se me caían y que una persona me iba a matar, en ese momento yo entendí que debía irme del pueblo. Pensaba que por mis tropezones podían meterse también con mi familia. Hablé con un vecino que es cristiano y le conté lo del sueño, me dijo que podía estar en peligro y eso me puso muy triste. También me dijo: no se preocupe, usted sabe que es como un hijo para mí, me lo voy a llevar para un pueblo a donde me toca ir.

Viajamos a las cuatro de la mañana. Llegué a otras tierras, gracias a Dios. Me sentía bien en ese otro pueblo, fui muy querido por la gente de ese lugar hasta que anduve molestando, fumando esas cosas de nuevo y dañé mi reputación: otra vez andaba para arriba y para abajo. Necesitaba una mujer y se la pedí a Dios, y cuando me la dio y me volví más serio, juicioso. Quise mucho a esa mujer pero tuvimos problemas. Me alzó la mano,

me dio en la cara y el amor se fue acabando. Quedó embarazada y los problemas con ella seguían. Tantos problemas que hasta me demandó. Pero yo le mandaba dinero porque los niños no tienen la culpa de los problemas de los padres.

Me buscaban los paracos, la policía, no sabía que hacer con mi vida. Sentí que todo se había acabado. Le oraba a Dios y fue Dios el que me libró de donde me buscaban para matarme. Yo seguía respondiéndole a la que era mi mujer. Ella tuvo al niño en Montería. Yo quería verlo. Estando hospitalizada enfermó de neumonía pero salió del hospital porque firmó un papel que era bajo su responsabilidad. Viajó en bus con oxígeno, yo creo que ella sabía que se iba a morir. Y yo sabía que ese viaje lo hacía porque yo tenía una orden de captura y quería tener a mi hijo cerca. Estuvo como nueve horas viajando, cuando llegó se estaba asfixiando. Yo estaba con mi mamá y al ver a la mujer que quería morirse: bendito sea El Señor. No podía ni hablar casi y lo poco que dijo se lo dijo a mi mamá. Le entregó al niño y le dijo: cuédelo, es su hijo, no vaya a dejar que nadie lo maltrate, yo me voy a morir. Me la llevé enseguida para el hospital, le colocaron de nuevo oxígeno y pude hablar con ella. Me pidió perdón por lo de la demanda. Le dije, pídale perdón a Dios que ya yo la perdoné, Ambos nos perdonamos.

La durmieron para trasladarla a otro hospital, pero en el camino falleció. La noticia fue muy dura para mí y para mi mamá. Yo seguí adelante trabajando para mi hijo hasta que un día, estando en la casa, llegó la policía, me pidieron la cédula y aquí estoy en la cárcel. Le doy gracias a Dios por todo. No estoy condenado, me entregué a Dios aquí en la cárcel: me bauticé. Mi hijo está muy grande, me está esperando en la casa. Hoy en día le oro a Dios todos los días. Llevo un año y tres meses encerrado con la esperanza de que voy a salir. Recibí a Dios, y es lo mejor del mundo, me alejé de los vicios, groserías, malas amistades: tengo conocimiento de La Palabra y la obedezco, gracias a Dios.

EL MEJOR DÍA DE MI VIDA

Luis Enrique Zapata Medrano

*No me equivoco al decir que esa noche del 24 de junio del 2021
empezó mi vida porque tú naciste, pero sin saberlo dabas vida a mi vida
y me llenabas de motivos para vivir.*



23 de junio del 2021. Esta bonita historia comienza en el Hospital César Uribe Piedrahita de Cauca, Antioquia, lugar donde me encontraba de acompañante de Melissa, quien era mi pareja, mi amor, mi vida en ese momento. Ella estaba en embarazo, ya con 34 semanas y con la presión muy alta. Había riesgos. Los médicos hablaban de preeclampsia, algo peligroso para ambos.

Yo, muy asustado e inexperto, padre primerizo, solo escuchaba que la tenían en observación para ver como evolucionaba. Yo solo podía mirarla y expresarle apoyo pues el deseo que tenía era que todo saliera bien. No había segundo en el que no le expresara mi amor, estaba en el mejor momento de mi vida, hasta mi abuela esos días estaba súper bien, gracias a Dios, y yo feliz por mi primer hijo con la mujer que se puede decir amé con todo mi ser y solo pensaba en pasar mis días con ella y los niños. Ella ya tenía un primer hijo, Emiliano, un gordito, piel canela, de 7 años, grande, tierno, respetuoso, risueño, alegre, aunque a veces callado. Con Emiliano me entendí muy bien, pasábamos poco tiempo juntos pero cuando lo hacíamos era de calidad, teníamos gustos iguales, pensábamos igual sobre muchas cosas, incluso escuché de Melissa muchas veces decir: parece más hijo tuyo que mío, lo que alimentaba más el cariño de los dos, aunque yo no fuera tan efusivo siempre sabía cómo estaba y en qué momento interactuar con él.

Volviendo al hospital: me tocaba salir a mirar cosas del trabajo y la mamá de Melissa me relevaba. Doña Olga se llama mi ex suegra, quien al

principio tuvo una buena aceptación de la relación pero después, por errores de ambos, de Melissa y míos, aunque más graves los míos, se fue acabando esa buena relación suegra- yerno. Yo salí del hospital y llegó Doña Olga. En la tarde me llamaron del hospital a decirme que Melissa tenía alta la presión y que la iban a dejar ese día y el día siguiente, que de pronto le harían la cesárea para evitar riesgos para ella y el bebé.

A prisa me fui para el hospital. Al llegar encontré a Melissa tranquila, al igual que a la mamá. Yo era el que estaba que lloraba. La doctora me explicó y para mí fue claro que si no se hacía el procedimiento habría un riesgo más adelante. Entonces dejamos todo en manos de Dios y los médicos la programaron para el día siguiente después de mediodía. Por fin ya tenía fecha para conocer al amor más grande mi vida, Santino. Después de compartir unos minutos con Melissa, nos pidieron que saliera uno de los acompañantes y se quedó mi ex suegra. Yo me dirigí a casa de mi hermana a compartir las nuevas, a llamar a mis amigos cercanos, familiares, quería que todos supieran que estaba feliz con la llegada de mi príncipe hermoso.

La mañana del 24 era el gran día. Aún desvelado, pues no dormí pensando en cómo serían sus manitos, piecitos, naricita, cómo sería el hombre del cual yo me enamoraría toda mi vida. Llegué al hospital a eso de las nueve de la mañana preguntando que se necesitaba. Me pidieron ropa, útiles de aseo, cosas para el bebé y para mi amada. Nos dijeron que la iban a preparar a eso de las dos de la tarde para la cesárea, entonces nos despedimos para vernos más tarde con quien sería nuestro pequeño amor.

Corrieron las horas, eran ya las 6:24 pm. Qué casualidad: el día 24 mes 6 a las 6:24, hora en la que la enfermera me avisó que todo salió muy bien. Me permitió verlo por tres minutos. Por fin lo pude ver, lo pude sentir, pude saber la forma del amor en mis brazos, me pidieron devolverlo para llevarlo de nuevo a la mamá. Los minutos más lindos de mi vida, mi mejor y más maravilloso día: con 56 cm yo supe cómo se veía, cómo se sentía y cuanto pesaba la felicidad de mi vida, mi gran amor. Estaba solo en el pasillo sin nadie a quien decirle cómo me sentía, que estaba feliz, que era el mejor día de mi vida, solo podía llorar y reír, por fin el día más esperado de mi vida había llegado y los tres estábamos bien, gracias a Dios. Y así fue el mejor día de mi vida.

ATENTADO AL PELOTÓN

Yefer Antonio Moreno Palacios



Corría el año 2016 y me encontraba trabajando como soldado profesional. En un día de aquellos eran aproximadamente las ocho de la noche cuando nos llamó el comandante del pelotón a formar. Formamos 34 soldados y tres comandantes de escuadra. De repente nos dijeron: alístense que salimos a relevar al pelotón. Nos alistamos y como a la una de la mañana llegaron los helicópteros, nos recogieron y nos llevaron al punto indicado, recogieron al otro pelotón y se marcharon. Empezamos a caminar hacia las coordenadas indicadas, caminamos aproximadamente como seis kilómetros, llegamos al punto que nos habían dado las coordenadas.

Aproximadamente a las 5:40 de la mañana nos detonaron un campo minado y quedé sordo de la explosión como 30 segundos. Los disparos me hicieron reaccionar, el combate duró aproximadamente 30 minutos: En medio de los disparos escuchaba a mis compañeros gritar del dolor. Como yo era el enfermero del combate corrí en medio de los disparos a atender a mis compañeros. Atendí a cinco que tenían heridas no tan graves, pero cuando llegué donde el soldado de apellido Zúñiga, al verlo gritando de dolor y sin una pierna y sin testículo, quedé en shock. Un minuto después mi superior me gritó: lo va a dejar morir, reaccione. Empecé a canalizarlo, le hice un torniquete en la pierna para que no se desangrara y le dije a mi superior que pidiera el helicóptero para evacuar a los heridos, mientras tanto empecé a hablarle a Zúñiga para que no se desmayara, yo le decía: manito te vas a poner bien, no le vas a dar ese gusto a esos perros, él me respondió yo sé que me estas mintiendo, yo sé que de esta no salgo, pero prométeme que le vas a decir a mi hija y a mi madre que las amo, a mi hija le dices que su padre era una buena persona, yo le respondí: eso se lo vas a decir vos mismo, yo le insistía que él mismo se lo iba a decir.

En ese momento me dijo, quítame el reloj. Me dijo, es tuyo, te lo regalo para que no te olvides de mí. Me di la vuelta para que no se diera cuenta que estaba secándome las lágrimas. En ese momento me levanté a ver cómo estaban los otros heridos, me demoré como diez minutos. Cuando regresé, Zúñiga había muerto. Respiré profundamente y le dije a mi superior: cuanto más se van a demorar los helicópteros para sacar a estos soldados. Me respondió que ya deberían haber llegado. Pasaron como 5 minutos y llegaron, trajeron los de levantamiento, montaron los heridos y se fueron.

Empezamos a recoger los pedazos de cuerpos de mis compañeros asesinados cobardemente, de la barbarie que ese grupo guerrillero había hecho con mis compañeros. Cuando terminamos regresó el helicóptero a sacar a los muertos y los heridos. Esa imagen de lo que viví no se va a borrar de mi mente jamás y sé que me tocará vivir con eso el resto de mi vida.

SALA DE URGENCIAS

Juan del Cristo Meléndrez Silva



Eran como las 02:30 am de un lunes del 2008, el turno transcurría de forma normal en la sala de urgencia del hospital San Jerónimo, en la ciudad de Montería. Yo me encontraba realizando mis prácticas de auxiliar de enfermería en el turno de la tarde como de costumbre, cuando de repente pum pum, se escuchó cómo se cerraron las puertas y el ambiente se tornó denso, como si algo pasara, y efectivamente algo pasaba. La enfermera en jefe nos dijo con voz firme pero temblorosa, y como en susurro: quédense todos donde están y pase lo que pase no se alteren. Todos quedamos petrificados como maniquís. Cuando de repente vimos personas con sus rostros cubiertos con pasamontañas, donde lo único que se les podía ver eran los ojos. Tenían los ojos rojos como si fueran perros con rabia dos de ellos eran muy altos y con armas en sus manos, apuntando con mano firme a todos los allí presentes.

¿Quiénes son ustedes y qué necesitan? Preguntó la jefe mientras veíamos que de la nada salió alguien, la tomó fuertemente del pelo, le puso un arma en la sien y le dijo al oído, como un susurro pero audible: si colaboran terminaremos el trabajito rápido, pero si se ponen de difíciles va a tocar ir dejando muñecos tirados por todas partes hasta que nos den al que buscamos, usted me dirá jefecita. Quién la tenía del pelo era nada más y nada menos que “Niquita”, una famosa asesina a sueldo que era muy famosa por esos días en Montería.

Su cara nadie la había visto, pero ante los ojos de las mujeres Niquita era una vergüenza, decían que este tipo de “trabajos”, como los llaman hoy en día, de quitarle la vida a alguien, es para hombres delincuentes y otras cositas más fuertes que si las escribo aquí sería visto de mal gusto. Pero el público masculino, sin importar la edad, lo describen de mejor manera: Niquita es tronco e mujer uff, esa pelada es la verga, dijo un “gato”, como

le dicen allá a las personas que consumen drogas. Mona, culona, piernona, con un buen par de melones que ay Dios mío, jum , usaba pantalón negro ceñido al cuerpo y una blusa que no dejaba mucho a la imaginación, botas a media rodilla como la que usan los militares, gafas oscuras, tapabocas de cuero o qué se yo, pero se le veía una elegancia porque tenía un dibujo como el de la risa del Guasón.

Ver a esa mujer era ver a la muerte misma caminando, literal, te quitaba el aliento. En una de esas se alcanzó a escuchar la voz de alguien más que dijo de forma clara y precisa: o me dicen donde está el hombre que acaban de traer herido o acá va a correr sangre. Efectivamente, minutos antes había llegado Don Aníbal herido por impacto de bala en el abdomen, pecho y parte inferior de la pierna izquierda. El paciente estaba más muerto que vivo pero al llegar al hospital todo el personal de salud dio lo mejor de sí para salvarle la vida. No hubo necesidad de decirles dónde se encontraba el herido porque se dejaron llevar por la calle del personal de salud que corrían de un lugar a otro tratando de salvar la vida de Aníbal. Pero todo fue en vano, ya que las personas que llegaron en busca del herido lograron terminar su trabajo. Llegaron a la camilla o3 del área de urgencias y, abriéndose paso entre la multitud de uniforme blanco, dispararon en la frente del paciente, acabando definitivamente con su vida.

NO ES UNA PESADILLA ES UNA REALIDAD

Wilson Giraldo Giraldo



04 de junio del 2021, viernes 07:40 de la noche, Jardín de Tamaná, Antioquia. Yo, Wilson Giraldo Giraldo, conducía mi moto haciendo yo lo malo, mientras los relámpagos y los truenos en el oscuro firmamento anunciaban más adelante lo que el destino me deparaba. Yo cargaba un bolso con doce kilos y medio de droga en la espalda cuando adelante en una curva a la salida de Jardín para Caucasia, me encontré con el ejército en un retén, por una mala comunicación con mi compañero que iba adelante. Me hicieron la señal de parada mientras yo solo pensaba en la escapada, pero ya no había nada que hacer porque ya de ahí no había forma de correr. Me hicieron la requisa. Droga es lo que lleva, dijeron todos en medio de sonrisas. Quise negociar pero no quisieron escucharme. Todo lo que digas puede ser, dijeron, utilizado en tu contra.

Me entregaron a la policía y al calabozo me condujeron en medio de la tormenta que del cielo se desprendía. Pensamientos miles llevaba mi cabeza. Con qué tipo de gente yo me encontraría, malandros, asesinos, locos y delincuentes, y una pregunta ¿Qué sería de mi vida? Pero al llegar me encontré de frente con algo totalmente diferente. Gente del común y corriente que la bienvenida me dio sinceramente. Los presos son personas de carne y hueso que las sensaciones normales sienten y cada una es una historia diferente. Me ofrecieron droga pero yo no quise. Me preguntaron que si yo no tiraba vicio a lo cual yo respondí que no y me dijeron que es mejor así. Me preguntaron por qué estaba allí. Por la necesidad, yo respondí, drogas tuve que transportar por la necesidad. Me dijeron: relájase que aquí nadie le va a pegar. Me extendieron la mano y se hicieron mis amigos.

El maltrato era de parte de los policías porque aunque yo estaba mal leía la Biblia, y así, por burla, me apodaron El Pastor. Pasaron quince días y yo callaba en la celda de aquel calabozo. Eran las 9 de la mañana cuando un policía dijo mi nombre: alístese que nos vamos para Tarazá. Aún recuerdo cómo los de Jardín me habían despedido con alegría, de buen corazón y simpatía.

Ya estaba en Tarazá, mi nueva casa, donde empezaría la verdadera pesadilla. Quizás por ser más, quizás por estar más apretados, también me dieron la bienvenida pero al poco tiempo empezaron los problemas, mal-entendidos, pero yo callaba. Allí pude comprobar que los policías pueden ser los más malos e injustos porque como tienen el poder se creen superiores y para ellos no hay perdón en sus corazones y no entienden que muchos de los que estamos aquí no somos personas malas sino equivocadas y así nos juzgan con prejuicios sin importarles nada.

Ya era 17 de agosto del 2021, martes, diez de la mañana y los que tenían familia en ese pueblo recibían cosas personales, pero desde hacía días los policías saqueaban las cosas que para los presos llegaban, como la leche, las galletas, el chocolito, etc. Y así los compañeros recibían sus cosas incompletas y, además de eso, la mayoría estaban enfermos y no nos sacaban al médico y el desespero empezaba a tomar posesión muchos corazones.

Llegó el viernes 20 de agosto y el sol brillaba con debilidad. Otra vez era día de recibir cosas personales y otra vez las cosas incompletas y ya los muchachos no aguantaron más y sacaron fuerzas de la debilidad y comenzaron a gritar y a golpear la reja hasta tumbarla. La primera reja primero y cuando iban para la segunda comenzó el entorno a llenarse de policías. Tiraron gas, y el capitán disparó un arma traumática e hirió en el cuello a un compañero llamado Fabián y como estaba en el pasillo se desmayó por el gas. El capitán, al ver que había herido a un preso, se llenó de nervios, entró y nos sacó a todos. Esposados en el patio, los golpes iban de una dirección a otra, los compañeros ya en medio de su sangre gritaban. Yo observaba desde un lado aquel horror interminable, aquella injusticia, aunque a mí no me golpearon, gracias a Dios. En un impulso de mi corazón quise levantarme pero me dijeron: ¿quieres que a ti también te golpeemos? ¡quédate quieto! Solo pude decir ¡señor!. Y comenzó a llover como si el cielo también protestara por aquella injusticia que allí pasaba, ya con la lluvia los policías dejaron de golpear a los muchachos, la sangre confundida con el agua corría por una pequeña zanja, los policías entraron presurosos a lo más adentro del calabozo y todas nuestras cosas al suelo tiraban con

gran enojo y rabia. Las colchonetas destrozaban delante de nuestros ojos, mientras nos gritaban insistían e insistían: ¡esto era lo que querían! ¡ahora si ya no tienen nada!

Eran las dos de la tarde y nos volvieron a entrar a aquel frío calabozo, los compañeros adoloridos mientras la sangre aún chorreaba por sus vestidos, el silencio llenaba aquella habitación. Nadie profería palabra en aquel entorno, quizás por la impotencia de haberlo perdido todo o por la humillación que habíamos visto con nuestros ojos.

Al otro día, conforme y cada uno se iba despertando, con ironía cada uno sonreía en medio de aquella frialdad y todos pronunciaban: no es una pesadilla, es la realidad.

DOLOR SIN REMEDIO

Wilson Giraldo Giraldo



Me confundo en un mar de letras
Pensamientos de repente
Fantasma del pasado
Que me atormentan la mente
Las consecuencias de un error cometido
Que hoy me tiran al olvido
Y nada más
Se ha apagado la luz de mis días
Soy solo un muerto en vida y ya
Siento mi existir una eterna agonía
Pues el círculo infinito de una mala decisión
Ha atrapado el alma mía
Y destrozado mi corazón
Hoy golpeo el piso con mis manos
Las paredes sin razón
Pero todo es vano
Pues nada alivia mi dolor
La vida se va en un solo pensamiento
Lo que pudo haber sido y no fue
Y que hoy todo se lo ha llevado el viento.

AMAZONAS.



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE LETICIA

Director del Taller:
David Alexander Cruz Calderón

EL BUFEO QUE QUERÍA ENCANTAR A MI ABUELA

Carmen Elisa Murayami



No tengo bien claro el día que mi abuela nos contó. Ellos vivían en Puerto Alegría, que es Perú. Mis tíos eran pequeños, mi abuelo Carlos se dedicaba a la pesca y mi abuela Betsabé se quedaba en su casa, que quedaba lejos de otras casas. En esos tiempos no había energía en el pueblo. Cuando mi abuelo se iba a La Cocha, a pescar, se demoraba y siempre tenía la costumbre que cuando ya venía de camino comenzaba a llamar a mi abuela. Mi abuelita le esperaba con su bandeja y su cuchillo, para arreglar el pescado: esa era la misma rutina.

Llegó una noche que mi abuela no escuchó nada, lo que es nada, ni el ruido de la canoa. Estaba bien profunda, cuando se despertó: mis tíos estaban llorando debajo de la casa y mi abuela se sintió rara porque ellos aún no sabían bajar solos. Cuando escuchó eso sintió a alguien a su lado, bien fría su espalda. Mi abuela llamaba pero no respondía nada, pensó que era mi abuelo, se puso brava, le regañó porque no quería bajar a subir a mis tíos. Pensó “qué raro que Carlos no me llamó y de una llegó a acostarse”, “de pronto el pescado está en la pecera”. Ella pensó que mi abuelo había llegado cansado, pero esa “persona” seguía en la cama.

Mi abuela se estaba cambiando para bajar a recoger a mis tíos y de repente escuchó un sonido de remo. Se quedó callada para seguir escuchando cuando estaba más cerca. Mi abuelo comenzó a llamar y mi abuela contestó, entonces ella pensó “¿eso qué es?” Sintió miedo pero al mismo tiempo valor, subió a mis tíos y se entró al cuarto, todavía estaba esa cosa ahí, en su cama.

Mirando que mi abuelito ya estaba subiendo a la casa ese animal sintió a mi abuelo. Lo que hizo mi abuela fue cogerle con las piernas. Del

miedo no podía hablar, aunque hizo todo lo posible para prender su lamparina. Cuando ella lo tenía bien ajustado con sus piernas el animal quedó baboso, se alcanzó a salir de las piernas de mi abuela y se fue por la cocina, en dirección a la orilla del río. Cuando escucharon que hizo un sonido muy feo, mi abuelo de repente alumbró y lo que vio fue un bufeo que quería llevarse a mi abuela, porque ella estaba embarazada. Mi abuela dice que el bufeo quería encantarla.

LA NIÑA SAD

Paola Pinto (La niña Sad)



MI CAPTURA

Soy Paola Pinto, tengo 21 años, soy de la comunidad de Macedonia, Amazonas. Aquí les quiero contar un poco de mí. Los hechos acontecieron así. Resulta que yo tenía mi novio, se llamaba Camilo Arimuya. Una peladita me estaba buscando problema por él hace días, porque creo que ella estaba molestando con él, y mi novio también le siguió la corriente a mis espaldas. Yo no sabía nada. Mis parceros, mis amigos, me decían que ella se iba a dormir con él. Esa sí que es traicionera porque era una amiga, entre comillas.

Me buscaba problema, me insultaba por chat, que me iba a pegar y que me iba a coger con su parche. Ella era la que estaba peleando por él y quería que nos separáramos, pero ellos jodían a mis espaldas. Ella quería que él me terminara, pero él jamás me decía nada. Entre nosotros todo iba bien. Pasaban los días y ella seguía insultándome por medio de las redes sociales, que me iba a pegar con su parche, que él no me quería, que solo me cogía de distracción. Ahí sí no sabía nada; él jamás dejaba que yo le viera, pero un día le encontré a esa piroba en su casa.

Llegué de sorpresa a su casa, porque casi no iba, porque su familia no me quería; decían que yo era una viciosa; en fin, nunca me importó. Llevaba tres días sin verlo, no podía salir porque según él estaba castigado, y yo no podía estar sin él, y cogí para su casa sin importar nada. Pero la sorprendida fui yo: encontré a esa piroba en su casa, en su cama, durmiendo. El papá de Camilo no me quería dejar entrar a su cuarto, pero yo lograba ver por la rendija que alguien estaba mandando mensajes en el celular. Presentí que era esa boletosa.

Entró su cucho al cuarto y yo entré atrás, y veo que ahí estaba esa boletosa. Le quedé mirando, disimulé, su cucho me quedó analizando y me preguntó: “¿Qué estás buscando? Camilo no está”, como diciéndome que me vaya. Y yo le dije que solo estaba buscando mi cuaderno. Ahí el cucho no dijo nada, salió, porque él sabía que yo era la novia oficial de Camilo. El cucho se distrajo con su celular, él estaba afuera en su sala, él pensó que yo estaba buscando mi cuaderno. En ese tiempo yo estudiaba, estaba haciendo grado décimo, era el año 2024.

Le quedé mirando a esa malparida y le metí su lapera. Ella no hacía nada, toda una boberta, pero por chat ahí sí me amenazaba y en persona no hacía nada. Una tarde, cuando salía del colegio, esa malparida me amenazó con tres chicas más. Ahí sí se alzó la peladita y me dijo que quería los traques. Yo no quería porque sabía que cuando la cogiera solita le iba a partir toda esa carita linda que tenía. No le dije nada y me fui a mi casa. Ella es de otra comunidad, solo que estudiaba en Macedonia, ya que la comunidad es privilegiada de tener un buen colegio y hay bachillerato hasta grado once, y dan cursos del Sena y estudian ocho comunidades, desde San Martín hasta Santa Sofía.

Bueno, se quedaron ese día, ellas cuatro, pero yo no las conocía, a las otras tres. Como yo consumía koka en ese entonces, esa tarde salí a fumar como a las 5 de la tarde, me hice detrás de la iglesia. No me encaleté bien, me podían ver las personas. Del Amure ahí me quedé y solo tenía cuatro papeletas, cogí la pipa y le taquíé dos papeletas, estaba en mi mundo. Ya eran las 6 y aparece la peladita. Alguien le dijo que yo estaba ahí y me comienza a buscar problemas y a insultar. Como yo estaba en mi mundo, no le decía nada, pero si ella me tocaba, ahí sí le partía esa cara. Eso era lo que yo pensaba en ese momento. Ella no me tocaba porque estaba sola. Bueno, ella se fue y yo seguí fumando. A los minutos aparece ella y tres peladas, y una de ellas tenía un cuchillo en la mano. Eran boletosas porque no sabían qué hacer con eso, mientras yo ya sabía que hacer con eso porque tenía parceros de calle que me enseñaban defensa personal.

Una de ellas le dio el cuchillo a la peladita y yo reviro, ella me quiso chuzar, pero no sabía qué hacer. Yo solo le quité el cuchillo a la peladita y estaba con harta rabia y un coraje, y también en mi mundo. A esa hora, como a las 6:30, Camilo estaba buscando a la peladita. Ahí fue cuando me di cuenta de todo, pero ya era muy tarde.

Le quité el cuchillo, y las tres peladas me iban a pegar, y solo le atacué a la peladita, y le di tres puntazos en su pecho y salí corriendo. Me siguieron

dos, pero me metí al monte. Fueron a auxiliar a la peladita, que se estaba muriendo desangrada, estaba grave la herida. Las dos que me vieron que me metí al monte, ellas mismas sapiaron a la guardia que yo me metí por ahí, y a los minutos me encontraron. Esa fue mi peor humillación: toda la gente grabando y burlándose de mí. Me decían que me iba a podrir en la cárcel, me echaban cizaña por todas partes. Me amarraron en un poste hasta el otro día a las ocho de la mañana, que llegó la Armada con la policía y la Sijín. Me condenaron a 12 años por tentativa de homicidio a una menor de edad. Pero yo sé que mi Dios es misericordioso, y algún día me dará mi libertad otra vez. Esto no es eterno, pero todo fue en defensa propia, porque ellas eran las que me iban a hacer daño si no me hubiera defendido. Me llevaron a la cárcel el 24 de junio del 2024.

UNA DESILUSIÓN ENTRE REJAS

Yo soy Paola Pinto pero soy de piedra, porque cuando juegan con mis sentimientos no me duele el corazón. Tengo un nudo en mi garganta, no sé qué siento, pero en mis ojos hay una nube negra de dolor y tristeza; una profunda soledad; una vida vacía, sin rumbos ni propósito; sin ilusiones. Vivo por vivir, lo único que deseo es darle un abrazo a mi madre; cuando lo haga romperé en llanto. Guardo silencio y siento lágrimas en mi cara. Soy una mujer que tiene la autoestima por el piso, porque siento que todo el mundo me tiene asco. Mi única esperanza de volver a ser feliz se verá abajo. Mis ilusiones y el amor de mi vida desaparecieron en menos de un abrir y cerrar de ojos; solo recuerdo los momentos felices con mi amorcito hasta aquel triste día que cometí ese error, todo se acabó. El recuerdo más especial es el de mi madre, una dulce mujer que me amaba; siempre me aconsejaba, nunca lo valoré; solo hacía lo que quería y al ver eso mi madre, yo sé, solo lloraba; cuanto me duele el alma pensar en eso.

Quiero ser una mujer fría con un corazón de hielo, solo salir con amigos, pase lo que pase, pero nada serio, con un corazón duro y la soledad de este encierro.

Dios me trajo a este lugar a cumplir la misión de valorar la libertad, la familia y la comprensión. Me encuentro cerca pero a la vez lejos de los seres que amo, mi corazón está lleno de sombras de dolor y cicatrices, mis ojos se cristalizan, se inundan de dolor. Mi corazón palpita a mil por segundo, estoy aquí en cuatro paredes, solo puedo ver una luz que al final del día se

entristece. Es imposible evitar lágrimas, el silencio y el llanto se apodera de mí. Solo me dejo llevar por el dolor y la tristeza que habita mi alma. Hay sombras que me atormentan, quisiera que entre un rayo de luz a mis ojos tristes porque el dolor y el sufrimiento solo se cura con amor, pero en esta vida no hay nadie que sienta amor por mí. Peor acá encerrada. Esa es mi triste realidad, soy una chica *sad*. Allá afuera no tengo a nadie y no se a dónde llegar cuando me den libertad, estoy completamente sola; tengo miedo de volver a la calle y recaer: esta es mi casa ahora.

Una noche oscura me encontraba en mi celda mirando las estrellas, solo yo las miraba porque estaba en mi mundo. Miraba las estrellas por los huequitos de la malla, brillaban mucho por el contraste con la negra oscuridad, había fumado marihuana de lo lindo.

Así es nuestra vida, soportar y adaptarse, ver la lenta caída de las hojas del almanaque y alimentar con terquedad la esperanza de mejores días, pero mi vida terminó en la cárcel, lejos de mi familia, sin tener nada, solo un cuarto oscuro y un vacío en mi corazón. Me arrancaron un pedazo de mi pecho, dejándolo destrozado y la vida acabada. No sé nada de mi familia, mi madre, mi princesita y mis dos hermanos queridos, los amo mucho y los extraño; algún día nos volveremos a ver y nos tomaremos de las manos. No le haré falta a nadie, nos vemos en el cielo. Adiós a todos, los amo. No se cuando tendré mi libertad, pero ese día viene llegando

GOLPE DE PECHO

Encerrada frente a cuatro paredes y una sola puerta me doy cuenta que la vida y la libertad no tiene precio ni oferta. El desespero en el que vivo. Me acusan de cosas que tienen mucho sentido. Llorar en el momento, gritar o golpear. Ya para qué, si todo lo que hice ya está hecho. Dándome golpes en el pecho con lágrimas entre los ojos, arrodillándome frente a Dios, pidiéndole salir. Frente a mí hay una reja la cual me refleja los errores cometidos: que en esta vida no existen los amigos. Solo frente a esta reja comprendí que mi felicidad depende de mí y no de ti, estoy en el lugar donde todo el mundo te olvida. Sin perder la vida, donde los reflejos son metal pulido. Ahora sé que es estar abandonada y en gran soledad, donde derramo lágrimas y a nadie le importa; donde grito y nadie escucha; donde mi mejor amiga es solo un cuaderno y mi parcero es el lapicero; donde los días son

años y los meses son siglos. Es aquí donde aprecio a mis seres queridos, en donde busco a Dios porque ahora más lo necesito.

NO LOS VALORÉ

Como quisiera despertar y estar en mi casa, en mi camita, no importa si es bola bola el colchón, y haga doler mi espalda. Despertar y ver mi casa, mi hermanita, con una sonrisa en la mejilla, toda traviesa; y a mis padres, ahí, acostados en su cama, jugando con el celular. mi mamá, mi papá y mi hermanita, riéndose, hablando en la mañanita, y mi hermano con su novia, haciendo locuras en la mañanita. Me siento muy triste porque no están en mi lado, y ahora ellos me han dado la espalda, porque en ese entonces, cuando los tenía a mi lado no los valoré, no escuchaba las palabras de mi madre, solo andaba en mi mundo, drogada. Hoy estoy aquí, en cuatro paredes, por un error que cometí. Afuera, en los barrios, en mi comunidad, toda la gente, mis hermanos, mis seres queridos, me critican y me juzgan, y lo que más duele en el corazón es que esto no sea una pesadilla, es la realidad, mi realidad.

Soy una persona que ya no ríe, que ya no es feliz; la vida no tiene sentido, es como abrazar el viento. El amor no existe para mí, el que se enamora pierde. Odio, atraso y soledad, todos de mí se alejan; perdí toda esperanza, solo vivo del recuerdo eterno de mi madre. ¿Cuándo cambiará mi suerte? Sola con mi pena, sola con mi condena. Muchos de mis compañeros tienen un buen puesto, unos son policías, otros en restaurantes, otros en turismo, otros son felices, ya con sus familias, prosperando; pero mi suerte fue diferente, mi puesto es estar en la cárcel, en una celda, sola. Ya nadie me recuerda, es como estar muerto en vida, pero mi sueño era ser policía.

Este mundo es artificial, nosotros mismos lo inventamos; acá adentro es otro mundo, muy distinto al de afuera; acá estamos todos los que estamos muertos en vida, no hay otra salida. Si, no es un ataúd, pero doy gracias a la vida que me ha hecho corregir tantos errores. Si estuviera afuera estaría acabada con las drogas; agradezco al destino por traerme hasta aquí, porque estoy cambiando, ya no fumo, quiero olvidarme por completo de las drogas. Aunque hay muchas tentaciones, uno no cambia de la noche a la mañana, pero estoy segura de que aquí saldré diferente, no hay que perder las esperanzas, lo que no te mata te hace más fuerte. Mi gente, muchos

piensan que porque estamos aquí, en cuatro paredes, ya se cerraron las puertas, que se acabó todo, pero siempre hay una salida, aquí estamos para rehabilitarnos, prepararnos, estudiar; aquí tenemos todo, aprovechemos para que cuando salgamos libres nuestros hijos, hermanos, mujer, nuestra madre, la gente, los que más criticaban y juzgaban, queden con la boca abierta; para que nuestra madrecita ya no llore. Yo quiero cambiar, no por la gente ni por nadie, si no por mi misma y aceptarme y quererme yo misma. “Párole bolas”.

“Soy una niña invisible porque no existo para nadie”.

LOS SACACABEZAS

Tulia Mozombite



Mi nombre es Tulia Mozombite Juan de Dios. Cuando yo vivía en la parte del Perú que se llama Ramón Castilla -son tres comunidades unidas: Mayor, Rivera y Hawai-, en el año 2007, había personas que se iban a pescar atrás de la comunidad, en el lago de Ramón Castilla. El nombre de ese lago es Redondo, los pescadores iban allá a pescar para la venta o para el alimento diario.

Pero a los pocos tiempos que iban yendo, encontraron a unos señores que eran turistas. Entonces ellos pensaban que estaban haciendo turismo o que estaban descansando, que estaban sacando fotos para algo que tenía que ver con la fauna. Pero se encontraron con la sorpresa de que ellos tenían unos recipientes grandes como neveras, unos termos de congelar agua, gaseosa, que uno utiliza para la venta. Pero ellos los tenían ahí.

El lago tenía varios caminos de entrada y uno de los caminos salía por allá, por Islandia. Por ahí entraban brasileros, peruanos también, o pescadores de muchas nacionalidades. Entonces, cada que ellos entraban sentían que eran raras esas personas, porque solamente se les miraba que en el día guindaban una hamaca y tenían un camping, y siempre miraban las neveras que estaban ahí.

De repente se fueron desapareciendo personas: pescadores que se iban a hacer la pesca. Y no sabían por qué. Y de pronto a uno de ellos, que era primo mío, le sucedió. Cuando él se fue a pescar en la noche vio que los señores que estaban ahí ya estaban vestidos de negro. Entonces empezaron ellos como a perseguirlo, a perseguirlo, y él qué hizo, corrió, corrió y se metió a la canoa de pesca. Y estando en la canoa, vio que el señor se elevó y le siguió. Él salió corriendo, bueno, remando, remando, remando hasta que no pudo entrar más al monte, porque había un espinero. Y le tocó hundirse, hundir la canoa y tirarse al agua. Y la persona le perseguía

con una luz directa: no era una luz que se regaba, sino una luz directa que alumbraba. Entonces él se escondió detrás de unos árboles que había dentro del agua, grandes, crecidos. Se escondió, se escondió, ahí. Bueno, y ahí amaneció. La luz no le persiguió más.

Él fue el segundo día a darle parte a la comunidad, que le estaban persiguiendo: pues una luz y un señor que se elevaba así, vestido de negro. Dio el parte a las tres comunidades. Las autoridades se unieron y fueron a mirar qué era, quiénes eran los que estaban allá.

Los únicos que moraban ahí eran dos turistas. Y ellos se fueron cada cual por un camino, porque cada comunidad tenía un camino que llegaba al mismo sitio. Y llegaron allá y resulta que cuando ellos llegaron allá y les preguntaron a los señores, ellos dijeron que no sabían nada, que no miraban nada. Pero como fueron varios, las autoridades más los moradores, empezaron a destapar los termos que ellos tenían ahí. Y cuando ellos destaparon los termos descubrieron que había cabezas de seres humanos, con los ojos que miraban así, parpadeaban. Y tenían la columna vertebral, solo la columna y la cabeza pegada; la columna vertebral con todos los intestinos rojos: corazón, hígado, riñón; pero no tenían las tripas, que son los intestinos blancos. No tenían. Entonces ellos se asustaron y vieron que las personas que se habían perdido eran las personas que ellos tenían allí congelados dentro de esa nevera.

Entonces ellos qué hicieron, entre las tres comunidades, las autoridades y los moradores, pusieron a los turistas y los mataron, y allí mismo los enterraron. Y así lo mismo hicieron con todas las cosas que estaban ahí dentro de esas neveras, hicieron un hueco y enterraron a todos los que estaban dentro del congelador.

En ese tiempo se perdían muchas personas, porque en ese tiempo era la época de los sacacabezas que decían, que los pelacara. Y así sucedió en Ramón Castilla y allí se terminó ese tiempo. Por eso nosotros decimos que los sacacabezas son unos turistas que vienen a hacer esos trabajos por acá, en el Amazonas.

PUNTAS, PUNTOS

Johana Salazar



MIS CUATRO PUNTOS

Yo soy Yiseth Johana Salazar P. Tengo 25 años de edad. Nací en Leticia, Amazonas. Esto me pasó en mi niñez.

Toda mi niñez crecí con mis tías; ellas me criaron desde los quince días de nacida. Más que mis tíos, eran mis papás. Tenía de todo; era muy consentida. Fueron pasando los meses y yo iba creciendo. Cuando cumplí mi primer añito, me hicieron una fiesta muy bonita; lo sé porque ellos me lo cuentan. Bueno, y fueron pasando los tiempos. Cumplí mis seis años.

Un fin de semana, un primo había llevado una piscina de armar. Me estaba bañando con mis primos y primas; estábamos felices ese día, hasta que yo dije: “Vamos a tirarnos todas.” Dijimos “Vamos,” y salimos corriendo. Y de donde nos tiramos fue desde la casa de mi abuela; en la parte del caderizo de la casa de mi abuela hay un murito, y al frente de la casa vive una vecina y ella también tiene un murito. Entonces todos mis primos se tiraron del muro de mi abuela hacia el muro de la vecina y corrían hacia la piscina.

Yo fui la última en tirarme desde el muro hacia el de la vecina. Cuando me tiré, no calculé bien y caí de jeta y me abrí abajo de los labios. En ese momento me llevaron al hospital y me cogieron cuatro puntos, pero fue chistoso: en vez de que yo me pusiera a llorar me estaba riendo, y mi mamá estaba llorando y no dejaron tirarse más del murito por lo que me pasó.

LA PUNTA DE UN COLOR

Fue pasando el tiempo y cumplí diez años. Un día estaba en la casa de mi tía; yo estaba haciendo tareas en horas de la mañana y me fui a pedirle el favor de que me ayudara a sacarle punta a unos colores. Ella me dice: “pásame un cuchillito para sacarle punta”. Yo le pasé los colores con el cuchillo y me fui a mirarla bien. Ella estaba sentada en una escalera; yo me acerqué bien cerquita a ella, y de la nada me da con la punta del cuchillo y pegó un grito. Yo no sabía por qué, solo me preguntó si no sentía nada. Yo le dije: “Sentí un rasguño y me salió sangre, pero poquita”, pero ella se asustó y no quiso seguir sacando más punta a mis colores.

LA PUNTA DE HIERRO

Esto que me pasó fue por estar jugando y brincando en las camas de la casa de mis tías. Yo estaba jugando con mi prima; estábamos saltando y cuando de la nada fui a brincar para la otra cama. Como mi tía tenía un armario y la punta era de hierro, al saltar para la otra cama, salté mal y caí de cabeza. Al caerme, me rajé la frente por estar brincando de una cama a otra cama.

RECORDANDO

Henry Méndez



Sentado en el balcón de la casa, en una cómoda silla de madera color café, en un mes de agosto de calor y viento, observo como los niños corretean por las calles elevando las cometas; otros haciéndolas con plástico y varitas de moriche o canangucho, sonríen a carcajadas de felicidad. Me alisto con mis guayos, canilleras, medias (algo que no tiene que faltar). Me dirijo al estadio José María Hernández, hoy llamado Liborio “el leticiano” Guzmán, en honor a un destacado futbolista en el tiempo de El Dorado y que era de nuestra región. Esa tarde perdimos el partido. Caminaba cansado, doblando la esquina por las oficinas de Telecom, cuando encuentro a un grupo de militares haciendo un retén, detenían todo vehículo en movimiento y al mismo tiempo transeúntes. Observo la hora en mi reloj, eran las cinco en punto, hora en que izaban la bandera tricolor de Colombia con respeto, mística y un buen orden cerrado, perfecto, haciendo patria en Leticia, alejada en la frontera. Me rondaba en la cabeza cómo era el ejército. No aguanto más, le pregunto a papá Víctor: “¿cómo es el ejército?”. Me contesta sorprendido, “es una institución de personas serias, preparadas; es de obedecer, hacer las cosas bien; para eso usted está capacitado hijo, ante todo por ser responsable, activo, con una excelente madurez”. Le digo: “Papá Víctor, me voy al servicio militar.

A los días de hacer exámenes para la incorporación, salgo apto. De inmediato me dirijo allí. Eso fue entrega de elementos, estudio, orden cerrado, buen estado físico. Juro bandera. Han transcurrido tres meses. Mamá Franci y papá Víctor acuden al juramento de bandera y entrega de fusiles G3. Nos informan que tenemos un mes de franquicia, con derecho a estar con la familia. Al llegar a casa me espera un buen almuerzo, que preparó con amor y cariño mi madre; tan delicioso que me envía de inmediato a dormir unos buenos sueños que tenía acumulados. Regreso, me presento a

la guardia e ingreso a los alojamientos. Oí murmullos, le pregunto a Román qué ocurre. Me dice que cinco soldados no han regresado, quedan como remisos del ejército. Comienza la selección de soldados y profesiones: en panadería, peluquería, estafetas, mensajeros, deportes, guardia. Encontrándome parado me llaman: “Méndez”. “Firme mi sargento”, contesto. Es el sargento Benítez, militar de muchos años, reacio, con buen temple y destacado futbolista. Me dice: “me lo recomiendan como un buen armador de jugadas y al mismo tiempo de contención, un destructor”. Pero antes de todo se prueba, como dicen.

Es un grupo de atletas conformado por buenos futbolistas. Entro, me siento a gusto. Me adapté al ritmo de ellos, me sentía con buen estado físico. A la banca, tener paciencia y esperar la oportunidad. La preparación contra las otras fuerzas del Perú y Brasil, era una conmemoración militar, acudirían altos mandos militares de los países invitados. El primer partido de preparación fue contra la ciudad de Leticia, con un marcador de uno a cero a favor de nosotros; el segundo contra el equipo de Puerto Nariño, buen equipo, organizado, fundamentado, pero con un problema: eran agrandados. Nos ganaban uno a cero, primer tiempo; el segundo tiempo empatamos, por descuidados les ganamos. El marcador dos a uno, con victoria a bordo. Esa tarde me mostré con ganas, me divertí.

Aparece el sorteo, jugaríamos contra el equipo de militares peruanos de Caballococha. En el primer partido, en cambio, el equipo brasileiro jugaría contra el de Leticia. El césped de la cancha de fútbol estaba en buen estado. Se cansa el equipo de Caballococha: marcador dos a uno, ganamos; Brasil derrota a Leticia dos a uno con un partido apretado. Por parte de nuestro equipo hay varios lesionados. El sargento Benítez me dice “prepárese Méndez, usted va contra Brasil”. El sargento Benítez esa tarde arma un equipo a su experiencia, con la simple idea de ganar, coordinado, porque sabe que los militares brasileiros se deleitan con el balón y a ningún equipo le gusta perder. Esa tarde, en el batallón, demasiadas personas están a la expectativa: personal militar de alto rango de los tres países y también personal civil que descansaba, las oficinas quedan solas.

Se desarrolla el partido. El primer tiempo, muy pesado: fuerza, velocidad y pata brava de parte de ambos equipos: cero a cero. Salimos para el segundo tiempo, sigue el ajetreo, ningún equipo da opciones de gol. Va finalizando el partido. Un delantero brasileiro, hábil, veloz, se lleva por la derecha al último hombre de nuestro equipo. Con vista al arco no se percata que voy tras de él, cuando se decide a patear al arco con el pie derecho,

voy y en segundos alcanzo a tocar con la punta del guayo el balón, enviándolo al lado derecho, me levanto del suelo lo más rápido, llevo el balón en mi pierna derecha, corro hasta la mitad del campo, observo por el lado izquierdo al Mono levantando la mano izquierda. Antes que corriera, le hago el cambio, el Mono le mete el pecho y baja el balón al pie derecho. Sale como una flecha veloz, al lateral derecho contrario con dirección al arco, pateo con la pierna izquierda, definiendo ese anhelado gol. Hay un sonido que me tumba y gritos de alegría y emoción. Llega Mina, un rancharo negro que medía dos metros de alto, me abraza, me levanta como a un muñequito y me dice: “nos salvaste indio”.

Rato después, en la cena, Mina me lleva un delicioso estofado preparado por él en agradecimiento. Reunido el equipo, el sargento Benítez nos felicita; aparece al instante el mayor del CUS y nos dice “mis soldados, que partido de infarto, merecido lo tienen. A partir de hoy tienen diez días para que estén con sus familias”. Salgo de la guardia en dirección a mi casa, saludo a varios amigos y decido irme a visitar a una hermosa lexiciana: Karen. Toda bonita, cariñosa, me agradaba. Intento agarrarle de la mano y me despido con un beso en la mejilla. Llego a la casa pensando en que hermosas cosas me han pasado en el ejército.

Solo me faltan dos meses para culminar el servicio y darme de baja con una conducta excelente, abrazo a mis padres con mucha fuerza y les digo cuánto los extrañaba. A los días termina ese descanso, tan rápido y fugaz como el viento. Llego al alojamiento del batallón, se asoma un estafeta del régimen interno, “atención a los soldados” dice, “hay una información, todo el personal que se sienta capacitado para hacer el curso de suboficial del ejército diríjase al régimen interno para apartar la carpeta de admisión”. No dudo un instante en anotar mi dirección de residencia. A los meses, el estafeta llega a mi casa comunicándome que me presente al CUS para realizar exámenes de rigor nuevamente: sin ningún inconveniente. El sargento mayor de reclutamiento me entrega un tiquete aéreo con destino a Bogotá. Al tercer día me despido de mi adorada familia.

Llego a Bogotá, me dirijo para el Baraya, me presento a los exámenes de audiometría psicología y demás: todo en buen estado. El sargento mayor nos reúne: “bueno señores, ya vamos, lista de nombres, se van montando en los buses con dirección a la décima brigada” Pasando por Melgar, llegamos al fuerte militar de Tolomai, este fuerte es el alma mater de todas las fuerzas. Quedo impresionado por lo inmenso del batallón Colombia, Lancero Báser, Fuerzas Especiales Número Uno y Dos, Escuela de Suboficiales

Inocencio Chincá Número Uno y Dos; bancos, mensajería. En total se forman en el campo de paradas por lo menos unas ochocientas personas. Me ubican en la escuela Número Dos, en el alojamiento de la Bolívar.

Al otro día nos informan el método de estudio: actividades físicas, mentales, etc. Me agrada el clima por ser idéntico al de Leticia, unos 35 grados o más, cada instante se toma agua, el calor es sofocante. Algunos alumnos no soportan y toman la decisión de renunciar, creían que Tolomaida era sol, brisa, mar... “No señores, aquí solo quedan los mejores”, decían los instructores con voz fuerte. En horas de la noche emprendemos largas caminatas nocturnas con armamento. Cansados, algunos se despen-can, les falta el aire, solo sollozan, saliéndoles la saliva.

Una mañana salimos con destino al curso de natación, se me acerca un amigo del curso, un pastuso. Me comenta que no sabe nadar. Le digo que no se lo diga a nadie, con tan mala suerte que estando al borde de la piscina el instructor lo empuja, como a varios más. El pastuso cae en la piscina, se hunde, al sacar el rostro fuera del agua grita: “no sé nadar”. De inmediato el instructor me apunta diciéndome: “sálvalo”. Me tiro de clavado a la piscina, meto mi brazo y el cuello y le digo que se calme, que no le va a suceder nada. Lo transporto al borde de la piscina donde lo suelto y él se agarra al borde: como de un salto sale de la piscina. El instructor le dice al alumno: “si usted no sabe nadar no puede graduarse, tiene plazo hasta que finalice el curso para aprender”.

Acostado en la cama del alojamiento, descansando, se me acerca el pastuso y me dice “oís, Méndez, usted puede enseñarme a nadar, es mi carrera la que está en juego ¿Cuánto me cobras amigo?” Le observo a los ojos: “está bien, solo te voy a cobrar una gaseosa y un pastel, que venden en la tienda del alumno”. Se acerca, me estrecha la mano: “vale por esa”. Empezamos un domingo, verdaderamente el pastuso no sabía nadar, apenas entraba a la piscina buscaba cogerse de todos lados como el cangrejo, quedándose de chapa como Cangrejo. “La próxima clase te diriges a Melgar y te compras unos flotadores”, le digo, “así la enseñanza va a ser más amena para usted”. En la segunda clase veo al Cangrejo, con salvavidas y flotadores. Lo acompañan cinco alumnos más: tres pastusos y dos boyacos. No sabían nadar. Me dicen: “queremos aprender también”; “bueno hermano, vamos adelante. Es duro pero las ganas y el tesón de ustedes dará sus frutos más adelante”.

Pasan varios domingos, el resultado leve, comienzo a apretarles, dándoles confianza “en el río nadar es pesado, no se confíen en ninguna

circunstancia”. A los meses observo la diferencia, sueltan los flotadores al borde de la piscina con más velocidad, les enseño el nado del perrito, a saber respirar, a hundir el cuerpo sin coger el borde de la piscina. “El próximo domingo los evaluaré sin flotadores”. Cruzan la piscina al estilo perrito, todos quedan sorprendidos... “¿Qué pasó con mi gaseosa y el pastel?”.

Llega el apreciado domingo, nos acompaña el cabo Hernández para observar. Les digo “bueno muchachos, haremos un calentamiento, relajan el cuerpo, buena respiración”. Llenos de confianza y motivados es algo diferente; con ganas se lanzan dentro de la piscina, con el nado de perrito. Siento alegría y emoción. Y no solo soy yo, el cabo Hernández grita “vamos mis alumnos, así se hace, denle con ganas”. Todos nos abrazamos de la emoción. Superado y con destino a Melgar, nos vamos a una buena farra, hasta las 21:00, porque nuestro permiso es hasta esa hora no más.

Faltando dos meses para el grado, tomo la decisión de retirarme, el comandante me llama, “¿Cuál es el motivo de esa decisión?”, le comento, me comprende. “No le doy la baja, le enviare las fuerzas especiales número uno”. Nuevo comandante, con tácticas de entrenamiento más avanzadas, soldados con entrega de años: catorce años, doce años, ocho años y yo iniciando. Me dan ánimos, tenemos formación, el comandante nos dice: “aquí todos somos una familia, en el combate hasta el final no dejamos ningún hombre caído”. Y la verdad siempre fue así, toda táctica fue en grupo, las informaciones, repliegue, lectura de cartas, acampar, descender por el lazo, el ascenso por el muro con equipo, rastreo con cantimplora y cuchillo, clases de serpientes, árboles frutales, y raíces dulces. Ya con ocho años decido retirarme con destino a Ibagué, para conocer la ciudad musical, por recomendación de un mayor.

NORTE DE SANTANDER



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE OCAÑA

Director del Taller:
Jorge Luis Sanjuán Manosalva

DIOS ME LIBERÓ

Carlos Jorge Bayona



Era una tarde lluviosa y fría; se acercaba la noche y yo solo pensaba qué haría para comprar la comida de mi esposa y de mi hija; en mi bolsillo no quedaba ni una sola moneda; lo que había ganado solo había alcanzado para el desayuno y el almuerzo.

Mi trabajo era de ayudante de construcción y me había quedado sin trabajo. Afligido y desesperado salí a la calle principal del barrio para ver qué levantaba; llegando a una esquina, donde había una cantina, vi a un amigo que estaba tomándose una cerveza y me acerqué a él para ver si le pedía prestado algo para comprar la comida; al llegar donde se encontraba, me saludó muy cariñosamente; en su pecho brillaba una hermosa cadena de oro y en sus manos unos anillos que enriquecían su presencia.

Todo cabizbajo, él me preguntó: ¿amigo te pasa algo? Y alzando la mirada le conté que me había quedado sin trabajo y no tenía para la comida; colocándome la mano en el hombro me dijo: No te preocupes, ahora te lo soluciono; ven, siéntate y tómate unas cervezas conmigo. Pasaban las horas y estaba un poco embriagado, pero mi preocupación seguía en mi mente por la comida de mi esposa y mi hija.

Mi amigo empezó a decirme que trabajara con él, que iba a tener mucho dinero y fue convenciéndome hasta que le dije que sí, porque no encontraba qué hacer. En un instante mi amigo sacó un billete de cincuenta mil pesos y me dijo: Toma, compra la comida para tu familia; llévasela, seguro tendrán hambre.

Prendiendo su carro, me dijo que subiera y que fuera con él; llegamos a la casa y mi hija lloraba del hambre y mi esposa con lágrimas en los ojos la consolaba. Al verme llegar trató de reclamarme porque estaba un poco tomado, pero al ver a mi amigo bajó la voz y disimuló, pero yo le dije: Amor, me encontré a un amigo y me brindó unas cervezas y le comenté

de mi situación; él quiere ayudarme y me ha prestado dinero para traerte algo de comer.

Le entregué la comida y me fui a hablar con mi amigo sobre el trabajo que me iba a brindar. Me dirigí con él de nuevo hacia la cantina y me dijo: tu trabajo va a ser transportar cargas en mi carro, harás mucha plata y no tendrás que estar trabajando el día a nadie; lo pensé bien en un momento; mi amigo me dijo: Lo tomas o lo dejas; aceptándole la propuesta, al día siguiente me fui con su carro a hacer el recorrido de Ocaña a Barranquilla, solo era entregar la droga en un punto estratégico y recibir la plata y devolverme.

Sin decirle a mi esposa, porque ni siquiera había regresado a casa, había amanecido tomando, llegué de vuelta con mucho dinero y mi esposa al verme se puso a llorar; pensaba que me había sucedido algo. Compramos muchas cosas y cada semana me iba superbién; le compré a mi madre una casita porque ella sufría con mis hermanos pasando muchas necesidades; compré carro, finca y mi familia disfrutaba, porque gracias a mi amigo había cambiado mi vida; fui teniendo muchos éxitos.

Pero un día, llegando de viaje, mi patrón y amigo estaba de cumpleaños y estaba de fiesta celebrando y había muchas personas; felicité al patrón y quise regresar a casa, para abrazar a mi esposa y a mi hija porque tenía tres días que no las veía; mi corazón moría por verlas. El patrón me dijo: quédese y disfrute con nosotros; me convenció, pero a la vez pensaba en mis dos amores porque las amaba mucho. Mientras mis amigos bailaban y tomaban mucho, consumían drogas; hubo uno que me ofreció heroína y yo caí en la tentación y la probé, sentí que todo mi mundo se venía encima; pero al pasar de las horas seguí consumiendo sin pensar el daño que causaría a mi vida.

Fue pasando el tiempo y me fui volviendo más adicto y consumía más y más; por culpa de las drogas me fui volviendo irresponsable y un día que me fui a hacer un viaje, entregué la droga, pero la adicción era tan grande que no quise pasarle la cuenta al patrón del viaje y casi me causa la muerte, porque le dije que me la habían quitado, que un sapito de allí me había aventado.

Perdiendo el trabajo, llegué cabizbajo a mi casa y mi esposa notaba en mí un comportamiento raro; ya no era cariñoso, llegaba a pelear con ella, ya no abrazaba a mi hija, que era mi mayor adoración. Cansado me acosté en mi cama y le dije a mi esposa que me había quedado sin trabajo. Entre más días, era más difícil la situación.

Las drogas me consumían, y yo no tenía plata para consumir; fui vendiendo las propiedades y dejé a mi esposa en la calle sufriendo con mi hija, ya no quería vivir. Me fui a vivir debajo de un puente con los demás drogadictos y mi mundo se oscureció; me puse a robar y hasta llegué a matar por mantener el maldito vicio. A veces miraba las estrellas y hablaba con ellas pidiéndoles que me iluminaran el camino para salir del mundo en que había caído; le pedí a Dios que me llevara con él porque ya no quería vivir, pues mi esposa y mi hija sufrían, después de haberlo tenido todo. Deseaba ser aquel pobre que era antes, y no haber aceptado la propuesta que mi amigo me había brindado, porque vivía feliz con mi esposa y mi hija así pasara necesidades.

Un día, llegando la noche, salí del puente donde dormía, porque el hambre me mataba y salí a la carretera y miré a un señor recostado a las barandas del puente; me acerque a él; le dije que si me regalaba comida; él me dijo: Dios te bendiga, hijo; camina, el restaurante está cerca, te invito; le respondí: Claro que sí. Dirigiéndonos al restaurante el señor me hablaba y me hablaba de la palabra de Dios, colocándome la mano en mi hombro; sin importar que olía horrible y estaba todo sucio me decía: Dios tiene un propósito contigo, búscalo. Sus palabras eran tan hermosas que en el momento me hacía olvidar del mundo en el que vivía; solo en mi mente estaban mi esposa y mi hija, pensaba en si comían o no.

Al llegar al restaurante, el señor pidió dos comidas y al terminar me invitó a la iglesia que quedaba cerca, pero al instante quise salir corriendo, porque las ansias de consumir eran muy fuertes. Al llegar a la iglesia, había dos señoras orando en la parte de adelante; al escuchar nuestros pasos voltearon a mirar y sentí vergüenza porque estaba todo sucio, ellas solo murmuraban. El señor al instante me dijo: espéreme, voy a orar. Le pedí a Dios para que me sacara del mundo de las drogas y también le daba gracias por aquel señor que me había brindado comida; mientras oraba, sentí una fuerza interior, un escalofrío en mi cuerpo; al abrir mis ojos miré adelante buscando al señor que me había invitado, pero él no estaba; solo vi a las dos señoras que oraban; miré de arriba hacia abajo, de lado a lado y el señor no estaba; volví a cerrar mis ojos orando nuevamente, le daba gracias a Dios por el señor que me había ayudado y le pedía que me ayudara a salir de este mundo en el que me encontraba. En un instante, sentí un cambio en mi vida y una paz en mi corazón mientras oraba, sentí unas manos que me abrazaban y una voz fuerte que me decía: “Hijo mío, ese señor que te brindó comida y te invitó a la iglesia, ese soy yo, el señor, tu

Dios”; al escuchar esa voz sentí desmayarme; al abrir mis ojos nadie estaba conmigo; de nuevo dí gracias a Dios y salí corriendo y gritando con fuerzas: “¡Dios me liberó, soy feliz!”.

Nunca pienses ser feliz haciendo lo que tu conciencia sabe lo que es malo, porque al final te lleva al mundo del fracaso.

SI ALGÚN DÍA TE VUELVO A VER

Todo se acabó en un suspiro,
 en una mañana cálida y fría
 donde creí tenerte, sentirte a mi lado
 pero al amanecer ya no estabas.
 Te fuiste sin un despertar de besos
 como a diario lo hacía.
 Ahora me ahoga el silencio, tu ausencia me mata
 en mis noches de soledad solo hablo con mi sombra
 mirando a las estrellas para ver si alguna de ellas me habla de ti.
 Fue mi culpa que te alejaras
 por dejarte mucho tiempo sola...
 en noches cuando más me necesitabas.
 Vuelve por favor, o dime dónde te encuentras.
 Te amo tanto que si algún día te vuelvo a ver
 renacería mi vida
 te abrazaría como un loco sin alma.
 Quiero volver a ser pobre como era antes
 y ser una persona noble
 porque ese era yo.
 Hay personas que me critican
 pero nadie es perfecto.
 Cada quien busca su destino
 y ese amor lo tiré al olvido.
 Sueño con volverla a ver
 y ver en ella esa sonrisa que me hacía feliz.
 Cuando me besabas mi alma descansaba.
 Si te vuelvo a ver, juro quedarme contigo
 y nunca más dejarte sola
 y fundirme en tu corazón sin perder la calma

y poner a Dios de testigo
para nunca echarte al olvido.
Cuando vivía contigo creí ser perfecto
solo me importaba mi mundo.
Maldito dinero que dañó mi destino.
Mientras yo gozaba, tus lágrimas se secaban
y por dentro tú morías porque me amabas.
Y si el destino es morir sin ti
es por el karma de lo que un día te hice sufrir.
Si algún día te vuelvo a ver.

MI VIDA

Yuliana Tapiero



En un lugar modesto vivíamos mi padrastro, mi madre, mi hermanito Willington y mi hermanita Lucero; teníamos muchas carencias económicas por lo que mi mamá salía todas las noches a trabajar en cantinas o en bares del pueblo; mi padrastro pescaba. Como nosotros íbamos al colegio y permanecíamos el resto del tiempo solos en casa, los fines de semana mi mamá le decía a su esposo que nos llevara con él a pescar, ya que él acampaba allá.

Así transcurrió mucho tiempo hasta que, en una de esas salidas, un fin de semana, mientras dormía junto a mis hermanos en la carpa cerca al río Meta, recuerdo que era tarde en la noche, sentí que alguien intentaba tocar mis partes íntimas. Cuando abrí los ojos era mi padrastro, que intentaba abusar de mí; estaba paralizada del miedo, me sentía horrorizada de que él me hiciera algo tan atroz. Como pude, empecé a hacer ruido para que mi hermanita me ayudara; cuando él vio que ella se movía, y que yo forcejeaba para quitarlo, desistió y se salió de la carpa.

En la mañana siguiente no dijo nada; solo nos llevó a casa. Apenas pude le conté todo a mi madre; afortunadamente me creyó y me llevó al hospital y a la comisaría de Puerto López para verificar que no me hubieran lastimado. Los problemas entre ellos dos eran muy fuertes; él la golpeaba y el maltrato era frecuente tanto para ella como para nosotros. Con todo lo que había sucedido conmigo y la mala vida que nos daba, decidió dejarlo y seguir adelante sola con sus hijos. Algo que debo agradecerle es que, a pesar de las circunstancias difíciles, ella, buscando protegernos, jamás permitió la entrada de otro hombre a la casa; se esforzaba cada día porque ni a mí ni a mis hermanos nos faltara nada. Pero empecé a crecer y a ser consciente de las necesidades y en unas vacaciones del colegio decidí buscar trabajo como aseo en algunas casas de familia; también aprovechaba

los tiempos libres para vender frutas en una bicicleta por el pueblo. No tenía más de trece años, pero tenía tanta energía que también le decía a mi mamá que hiciera pasteles y avena, y en la bicicleta me iba a la parada de los buses a vendérselos a los pasajeros. De esta forma ayudaba a aliviarle las cargas a mamá en casa y me ayudaba con los gastos de mi colegio.

Como me mantenía ocupada entre estudio y trabajo no me había detenido a analizar mi cuerpo, mis gustos... que era diferente a las otras niñas de mi edad; por alguna razón ningún niño me atraía, pero las de mi mismo sexo me hacían sentir nerviosa. Recuerdo que cuando cursaba grado sexto, en una clase de sexualidad, supe que definitivamente mi inclinación era hacia las niñas y que una compañera de mi salón me gustaba.

Esta no era una realidad que mi mamá esperaba y empezamos a tener muchos problemas porque, según ella, las niñas no podían comportarse como yo lo hacía, y como me gustaba el billar, el fútbol y otros deportes, eso me hacía ver como un chico. Una tarde me encontró jugando pool en el billar del barrio con unos amigos, y cuando me vio en medio de esos niños se lanzó a pegarme, pero alcancé a correr y me fui para la casa; cuando llegó estaba enfurecida y me agarró y me golpeó como jamás lo había hecho; me gritó que prefería matarme a mí y a mis hermanos antes que aceptarnos lesbianas, maricos o ladrones. Aquellas palabras me dolieron más que los mismos golpes y, desorientada, sin saber cómo enfrentar mi realidad, me fui de la casa esa misma noche, después que ella se fue a trabajar.

Cuando iba por una de las calles del barrio caminando con mi maleta, me encontré con mi profesor de danzas, quien cuando supo lo sucedido, me dijo que me iba ayudar; y como era muy tarde y peligroso para caminar sola a esa hora, me llevó donde una amiga de él para que me quedara esa noche allí. Antes de irse me dijo que si la situación era tan grave él podía hablar con su hermana que vivía en Bogotá, para que me recibiera y me ayudara buscándome un trabajo de interna en alguna casa de familia, que él conocía lo trabajadora que yo era, que estaba seguro que su hermana nos ayudaría; sin pensarlo le dije que sí pero que no tenía dinero para irme hasta allá; me respondió que mañana venía temprano y resolvía que hacer.

Al día siguiente pasó por mí y me dijo que él mismo iba a acompañarme hasta la capital porque le daba temor de que me perdiera o de que me pasara algo. Aún no le habían pagado y tampoco tenía dinero para los pasajes, así que decidimos irnos y acudir a algún buen corazón que nos diera cola; un conductor de uno de los buses que pasaban nos dijo que

nos llevaba hasta Villavicencio, le respondimos que sí, en “Villavo” caminamos hasta la salida para Bogotá; paramos varios carros y así nos acercamos hasta que llegamos, tomamos un taxi y nos fuimos donde la hermana; ella nos recibió y le pagó al taxista. Ese mismo día el profesor se regresó para el pueblo; siempre estaré muy agradecida con él porque me brindó su ayuda sin pedirme nada a cambio; nunca tuvo una insinuación sobre algo, fue un ángel en el camino. Ya en Bogotá, Esmeralda empezó a buscarme trabajo y a brindarme su apoyo, pero lamentablemente no alcancé a estar ni un mes; mi madre en Puerto López se enteró que había sido el profe quien me había ayudado a irme y llena de rabia cogió a piedra su casa y cada día pasaba a insultarlo; él, asustado de que lo acusara de algo malo o de que perdiera su trabajo, no tuvo más opción que decirle que yo estaba viviendo con su hermana y que no se preocupara, que ese mismo día le diría a Esmeralda que me embarcara en un bus hacia el Llano.

Nuevamente perdida, sin saber que hacer regresé a mi casa; pasaron los días y mi mamá trató de ser más tolerante conmigo y me pidió que regresara al colegio; así lo hice, seguí estudiando, terminé sexto, séptimo y en este año ingresé al equipo de baloncesto. Destacaba mucho en ese deporte; por eso me ponían a competir con otras instituciones en los campeonatos. Desafortunadamente en el grado octavo tomé la decisión definitiva de retirarme del colegio porque la situación económica era cada vez peor, y en mi inmadurez, asumía que estudiar era una pérdida de tiempo y que tenía que buscar la forma de ganar dinero.

Como amaba el deporte y ya no podía participar con el equipo del colegio, me inscribí a un equipo del barrio, marcando así el inicio de una vida que jamás imaginé. Una noche en un partido de la cancha principal de Puerto López, me encontré con una amiga que me dijo que cuando terminaran los partidos se iba a ver con su novio, que si quería acompañarla para que me distrajera un rato; no vi problema y le dije que sí. Ya estando con ella me dijo que íbamos a las afueras del pueblo, que no demoraban en pasar a recogernos, y me dio desconfianza, pero de todas formas me fui con ella; como mi madre nunca estaba en la casa en las noches, se me hizo fácil irme. Nos subimos al carro, su novio iba al volante, condujo hasta una finca donde había más personas y para mi sorpresa la gran mayoría eran hombres y estaban armados; hacían parte de un grupo armado ilegal del cual también hacía parte el novio de mi amiga; mi sorpresa fue más grande cuando encontré a Esmeralda, la hermana del profe, ahí con ellos. Al principio estaba muy nerviosa y preocupada por las armas, pero hablando con

ella y con mi amiga, entré en confianza y terminé quedándome a dormir allí esa noche.

Al día siguiente algunos tipos se me acercaron y comenzaron a decirme que si quería ingresar a la organización, según ellos, que tenía buen porte, buen físico y, lo más importante, carácter. Mientras los escuchaba, mi amiga Yamile le respondió que sí, que yo necesitaba trabajar y que ella sabía que yo era muy berraca para todo; me dijo — Yo también me voy a meter, no lo piense tanto, mire que el pago es bueno —. Por un momento me quedé paralizada sin saber que hacer; no era una decisión fácil y al ver a mi amiga tan segura y saber que Esmeralda también estaba con ellos, sumado a que yo no tenía trabajo, además de los problemas económicos de mi casa, les dije que sí me iba con ellos. Inmediatamente un muchacho me dijo que me fuera con Yamile a empacar lo necesario y que en horas de la tarde pasaban a recogerlos.

Regresé a mi casa y organicé mis cosas pero sin comentarle nada a mi mamá; me preocupaba que lo tomara de la peor forma; no fui capaz de irme sin despedirme; necesitaba darle un abrazo, pero me sentía muy nerviosa, y pensé que podía sospechar algo; cuando la vi, con un nudo en la garganta, de lejos, le dije tres veces adiós.

Apenas vi a Yamile traté de convencerla de que era una locura y que era peligroso lo que íbamos a hacer. Ella me respondió que si quería, me quedara, pero que ella estaba segura de irse a trabajar con ellos; en ese momento llegó el carro, mi amiga se subió sin pensarlo, yo seguía ahí parada y me dijeron: Se va a subir? o no. Vi la cara de mi amiga como diciéndome: “No me dejes sola”, y recordé todos los problemas de dinero en la casa, así que también me subí. Guardé silencio hasta que llegamos a Puerto Gaitán. En ese lugar nos pidieron subir a otro carro que ya tenían listo para llevarnos al siguiente sitio. Llegamos hasta una finca llamada Las Palmas; nos dijeron que íbamos a permanecer allí más o menos un mes, porque debían entrenarnos y darnos el curso preparativo en el manejo de armamento. Cuando vieron que sabíamos disparar nos enviaron a un bloque (terreno monte), donde inició un nuevo proceso en mi vida, pertenecer a las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia).

Aprendí a convivir y a sobrevivir en la organización; me gané el respeto de mis compañeros por mi temple y seriedad. Tiempo después me conocí con un comandante de mi bloque, quien me convenció para tener una relación sentimental. Acepté imaginando que el gusto por las personas de mi mismo sexo quedaba atrás. En un permiso que me dieron aproveché

para ir a mi pueblo a visitar a mi familia; yo pasé esos días con mis hermanos. Estando allá me encontré con Ana, la amiga que no quería que ingresara a las autodefensas. Hablamos mucho y le dije que el permiso era solo por ocho días y que debía regresar. El día que me devolvía, ella me entregó una carta y una foto suya y me dijo que la leyera cuando estuviera sola. Me subí al bus camino a Puerto Gaitán y cuando estaba próxima a llegar, decidí leer la carta. Para mi sorpresa, Ana se me estaba declarando; me hablaba de sus sentimientos, de lo que sentía por mí; vi su fotografía y ahí comprendí que no podía ocultar mi naturaleza. Pensé en regresarme y decirle que ella también era importante para mí, pero el temor a las represalias y estar a punto de llegar, me hizo desistir, así que continué con lo que había elegido para mi vida. Apenas llegué a mi bloque mi pareja salió a recibirme y le dije que necesitábamos hablar; sentía que debía ser sincera y comentarle lo que me venía sucediendo desde siempre. Hablé sobre mi atracción por las mujeres desde niña; pensé que le incomodaría o que me diría que termináramos, pero fue todo lo contrario; lo tomó normal; no lo sentí molesto; y yo inocentemente asumí que me quería tanto que valoraba y respetaba mi sinceridad. Pero al día siguiente sin decirme nada, revolcó todas mis cosas y para mi desgracia encontró la carta y la fotografía de mi amiga; se cegó por los celos, su cara estaba completamente transformada; por un momento pensé que me iba a matar porque me agarró y me golpeó hasta que sacó toda su ira. Pasados los días decidí decirle que no podía estar más con él; y para evitar que pasara algo más grave, le comenté la situación al comandante mayor y por mi seguridad me envió a otro bloque en Vichada. En ese lugar estuve alrededor de cinco años; viví tantas cosas que no me alcanzarían las hojas para contarlas.

En el 2005 llegó el tratado de paz y mi comandante nos dijo que había hecho una negociación con el gobierno y que debíamos desmovilizarnos. Debo reconocer que la idea de volver a casa, de estar con mis hermanos, de ver a mi madre y llevar una vida normal, me había llenado de alegría. En ese momento nos retiramos y me acogí al programa de Justicia y Paz.

Regresé a Puerto López y como no quería molestar a mamá, una amiga me permitió quedarme en su casa mientras solucionaba un trabajo o decidía irme para otro lado. Llevaba cuatro meses en el pueblo, me rebuscaba con varias cosas, y ya estaba nuevamente reconstruyendo mi vida, cuando otra vez la vida me puso en frente a Esmeralda, la hermana del profe; pero esta vez era para decirme que tenía que irme, porque había escuchado que en las fiestas de diciembre me iban a matar; faltaban solamente un par de días

para eso y la verdad no dudé de lo que me estaba contando, porque, como dije anteriormente, ella también conocía la organización; tiempo atrás, me había enterado de que había tenido un hijo con uno de los comandantes, así que asumí que me estaba tratando de proteger.

En la mañana siguiente recogí mis cosas y me fui rumbo a la ciudad de Cúcuta; meses atrás había conocido una chica de allí con la que me hablaba vía telefónica; así que me fui para allá a ver que pasaba entre nosotras. Al llegar iniciamos una relación sentimental, que duró un año y medio; las cosas no se dieron como esperábamos, tratamos de sostener la relación, sobre todo porque estaba muy agradecida porque me había ayudado, pero definitivamente seguimos caminos diferentes.

Seguí adelante trabajando sola en lo que me salía, principalmente haciendo domicilios. Varios meses después conocí a mi otra pareja con la cual conviví ocho años y medio. Para el año 2.012 me embaracé y vivimos toda esa etapa juntas; tuvimos un niño (el amor y la fortaleza de mi vida). Sentía que era la mujer de mi vida, la relación era estable. Las dos luchábamos por darle día a día lo mejor a nuestro hijo. Pensaba que estaba construyendo para mi hijo la vida que yo no había podido tener, que todo marchaba bien entre ella y yo, y que el niño crecía al lado de las dos, en un hogar sano y lleno de amor. Pero en junio de 2015 la descubrí siéndome infiel con otra mujer; es como si en cuestión de segundos todo lo que hubiera soñado se cayera frente a mí en mil pedazos. Recogí mi hijo y mis cosas y nos fuimos a otro lugar. Conseguí un lugar pequeño para vivir y gracias a Dios, una amiga muy cercana que sabía por todo lo que estaba pasando, me ayudaba cuidándolo mientras yo salía a trabajar. Así pasaron algunos meses, corriendo entre ser madre y trabajando, pero con miles de problemas, entre ellos, el alcohol, que era lo único que me ayudaba a olvidar aquella traición.

Una noche me encontré con un amigo que me habían presentado tiempo atrás en la ciudad y que sabía que había pertenecido a las AUC. Me comentó que tenía que cobrar un dinero que le debían sobre la vía a Bucaramanga, que lo acompañara, que me daría una parte de lo que recuperara; nuevamente pasaron mil cosas por mi cabeza, retrocedí en el tiempo pero para mi desgracia no había aprendido la lección y le respondí que le hiciéramos. Para esa misma noche mi amigo organizó todo. Éramos él, tres hombres más y yo. Llegó un carro con ellos, me recogieron y salimos hacia el lugar; aparte iba otro carro con uno de los muchachos para que no fuéramos tantos en uno solo y no levantáramos sospechas. Cuando íbamos en

la carretera, uno de los carros se varó; rápidamente nos pasamos al otro y un compañero se quedó tratando de arreglarlo. Íbamos los cuatro cuando más adelante mi amigo se percató de que había dejado las amarraderas con las que íbamos a someter a las personas para que no fueran a oponer resistencia; lo sentí muy preocupado y en ese instante sospeché que no íbamos a hacer ningún cobro, que el trabajo era otro; se trataba de un robo a una familia. Un presentimiento de que algo malo iba a pasar, llegaba una y otra vez a mi cabeza; no sabía qué hacer. Tenía el corazón a mil, pero no podía hacer nada; mi amigo iba armado; si decidía bajarme podía dispararme; en fin, seguí a lo que sería mi destino. Después de varias horas de camino, mi amigo le pidió al que conducía que bajara la velocidad, porque nos estábamos acercando; nos dio un arma a cada uno y metros más adelante, le pidió que parqueara a las afueras de una casa que quedaba sobre la vía. Eran pasadas las ocho de la noche, bajamos del auto y amedrentando a las personas ingresamos a la vivienda, cerramos las puertas y apagamos las luces para no levantar sospechas; cuando estábamos explicándoles la situación, una patrulla de la policía estaba haciendo la ronda por el caserío; estuvieron unos minutos, pero como no oyeron nada siguieron su camino. En ese momento le dije a mi amigo: La cosa no pinta bien, hemos tenido problemas desde que salimos; lo mejor es no hacer nada e irnos; me dijo que me callara y que hiciera bien el trabajo, que los encerrara en una de las habitaciones, mientras él y los otros buscaban las pertenencias de valor. Cuando ya tenían el botín, le dijo a uno de los compañeros que los amarrara para que nos dieran tiempo de irnos y no fueran a avisar a los “tom-bos”. Salimos rápidamente, sin contar con que habían quedado tan mal amarrados que en cuestión de minutos lograron soltarse y ponernos sobre aviso. Estábamos cerca al peaje que está antes de llegar a Bucaramanga, cuando sentí que las personas que nos cobraron nos miraron asustados; para nuestra sorpresa, metros adelante nos encontramos de frente con un retén; mi amigo me dijo que nos tiráramos del carro, pero no había nada que hacer, era por nosotros que iban. Nos pidieron la cédula, encontraron todo y nos trasladaron hasta la URI más cercana de la ciudad, e iniciaron el procedimiento de captura.

A los días a ellos los trasladaron para La Modelo y a mí para la reclusión de mujeres de Bucaramanga, ahí estuve detenida hasta el 2017. En el transcurso de ese tiempo, privada de la libertad, una amiga, se llevó a mi hijo para Marinilla, Antioquia, mientras yo solucionaba; pero lamentablemente no contaba con que me iban a condenar a 18 años y 4 meses de prisión.

Sin esperanzas, devastada, me contacté con mi amiga para explicarle la situación; en ese momento mi hijo tenía cuatro años y cuatro meses; ella me respondió que no me preocupara, que ella podía hacerse cargo del niño el tiempo que fuera, lo que me llenó de tranquilidad. Pasó el tiempo, trataba de llamarlo todas las semanas para que no olvidara mi voz; pero un día, en una de esas llamadas mi amiga me dijo que lo mejor es que no lo llamara más; que el niño siempre que hablaba conmigo se ponía triste y era muy grosero con ella y el esposo, que por qué no se los entregaba en adopción, que ellos querían irse a vivir al extranjero, y allá le podían brindar muchas oportunidades. Sentí que lo estaba perdiendo, que me estaban quitando lo único valioso que tenía en la vida y me rehusé a aceptar algo así; estaba muy agradecida con ella y con su pareja, pero lo que me estaban pidiendo era algo que jamás había pasado por mi cabeza; intentó convencerme de todas las formas: que su esposo no tenía hijos, que los entendiera, que el niño era un hijo para ellos y que él se había acostumbrado a verlos como sus papás. Mi decisión fue definitiva, no se los podía dejar más tiempo; pero estar privada de la libertad me tenía completamente inhabilitada para buscar ayuda.

Meses después la llamé y me dijo que si no le firmaba los papeles, tendría que dejar el niño con su mamá, que vivía en Villavicencio, porque ella tenía una calamidad familiar y debía salir del país, que lo pensara muy bien porque ya ella no podía hacerse cargo. No pude solucionar nada así que le llevó el niño a su mamá; pero la señora era de una edad avanzada y le costaba hacerse cargo de mi hijo. No pasaron muchos meses y la señora consiguió comunicarse con mi hermana Lucero, quien también vivía en esa ciudad; le comentó la situación, y para mi fortuna, mi hermana se lo llevó a vivir con ella.

Para diciembre de 2.017 me trasladaron para la reclusión de Cúcuta. En Cúcuta tenía un gran amigo, el padrino de mi hijo. Sin yo saberlo, mi compadre se había enterado por todo lo que estaba pasando el niño y sin decirme nada se comunicó con mi exmujer para que se hiciera cargo del niño, que él le ayudaba con los gastos, que lo mejor era que mi hijo permaneciera en un solo lugar, que ella también era su mamá. Leidy le dijo que sí, que ella cuidaría bien de nuestro hijo, mientras yo cumplía la condena; ya mi hijo para ese entonces tenía más de ocho años. Cuando me enteré de todo esto, me preocupé muchísimo y pensaba en todos los cambios que estaba pasando mi hijo, tantas personas involucradas, mi amiga, su mamá, mi hermana, ahora el compadre y Leidy... pero comprendí que

esa debió ser la decisión desde el inicio; que ella tenía también derechos sobre nuestro hijo. Mi compadre actuó bien, no podía ser egoísta ni con ella ni con el niño; independientemente de los problemas del pasado, las dos siempre seremos sus dos mamás. Yo, que lo tuve en mi vientre y ella, quien desde su nacimiento le brindó todo su amor y hoy vela por su bienestar.

Para el 2023 nuevamente me trasladaron de cárcel y regresé a la de Bucaramanga; como llevaba varios años privada de la libertad, más la redención, me encontraba en mediana seguridad y me colocaron como ordenanza, lo que me permitía salir por toda la cárcel a hacer aseo y vender mis cositas. Meses después conocí a una compañera con la que empecé a tener una bonita amistad, y que luego de un tiempo se volvió mi compañera sentimental. Ha sido una relación muy importante, creería que para las dos. Ella se convirtió en un gran apoyo en mi vida; juntas nos dedicamos a trabajar juiciosas, y a ahorrar para algún día formar una familia, lejos de estas rejas. Después de un poco más de un año de relación, específicamente en el mes de mayo, otra vez me llegó una orden de traslado, esta vez para la cárcel del municipio de Ocaña.

HISTORIA DE MI VIDA: RECUERDOS DE MI INFANCIA

Luis Orlando



EL COMIENZO DE UNA NUEVA VIDA MARCADA POR EL DOLOR

Cuando todo parecía que por fin había terminado y que por fin íbamos a tener una vida en paz, volvieron nuevamente los problemas; pero esta vez más duro. A la edad de 17 años aprendí a manejar carro y me dediqué a trabajar y, como siempre, a ayudar a mis padres, sin pensar que nuevamente la vida me iba a cambiar solo por haberme enamorado de una niña muy linda, mi segunda novia.

A comienzo del año de 1999, después de unos meses de paz y tranquilidad con ella, se interpuso en nuestra relación un miembro de las AUC-BCB, quien me amenazó para que me abriera de ella; yo reaccioné de la misma manera intimidándolo con un revólver Calibre 32. Al joven paraco no le quedó otra opción que quedarse quieto, ya que yo tenía el arma en la mano y estaba dispuesto a quitarle la vida si era necesario.

Al ver que no hizo nada, decidí guardar el arma y dirigirme hacia el parque de San Blas, en Bolívar, para encontrarme con los mandos de ese grupo porque decidí contarles lo que estaba sucediendo. Recuerdo que ellos eran tres; uno de ellos al escuchar mi versión, me pidió el arma que yo llevaba; la revisaron y me la volvieron a entregar; en el momento que me la entregaron llegó “el Gringo”, el del problema conmigo, y sin pensarlo dos veces trató de malinformarme, ya que en ese entonces los asesinaban por cualquier cosa. Como yo era conocido de los mandos no me dijeron nada,

en cambio a él le quitaron el arma de dotación y lo mandaron a trabajar en una quebrada donde estaban construyendo un puente. Recuerdo que eran las once de la mañana, aproximadamente, cuando volví a pasar por el frente de él; su reacción fue amenazarme de muerte; yo también respondí de la misma manera. Cuando regresé a mi labor en horas de la tarde, el señor donde yo trabajaba me llamó la atención por lo sucedido; más que un llamado de atención, fue un concejo al que yo presté mucha atención; decidí entonces hacer caso para salvaguardar mi vida y la de mi familia.

Tomé la decisión de irme con rumbo desconocido hasta llegar al departamento del Guaviare, a los límites con el Caguán, donde empecé una nueva vida en medio de gente desconocida, pero que en el fondo, era de buen corazón. Allí pasé desde el año 1999 hasta el 2003. Fueron años muy duros porque me encontraba solo y sin forma de comunicarme con mi familia, que tanto extrañaba. Fueron cinco largos años hasta que un día tomé la decisión de volver a casa para reencontrarme con mi familia, pues me hacían mucha falta. Para mi sorpresa, a fin de año de 2003, cuando llegué, ya no era igual, y todos los que yo pensaba encontrar, estaban todos separados; cada cual con su nueva vida. Mi hermano mayor tenía su hogar y ya tenía dos hermosos hijos; mi otro hermano se había ido para el ejército porque se sentía solo y, según él, no encontró otra solución. El menor de todos era el único que estaba en casa acompañando a mis padres. Aproximadamente después de diez días de mi regreso, cuando mis hermanos se enteraron de mi regreso, llegaron para reunirnos nuevamente. Habíamos pasado tantos años alejados. Hicimos un paseo al río, nos tomamos unas cervezas y nos comimos una carne asada; entre chiste y chiste, pasamos un día muy agradable todos reunidos. Empezamos a contar todo lo que habíamos vivido, tanto momentos buenos como tristes. Algo que para ese entonces me marcó la vida fue el comentario que hizo mi hermano, el soldado que estaba de permiso; con los ojos tristes y aguados me dijo que el motivo por el cual se había ido al ejército era porque no tenía noticias buenas sobre mí; que lo único que sabía era que yo me encontraba en un grupo armado y que posiblemente no me volvería a ver, ni siquiera en un ataúd; él pensaba que estando en el ejército me podía encontrar.

Empecé una nueva vida laboral con mis otros dos hermanos, en la que manteníamos con un bolso lleno de ropa, útiles de aseo, una hamaca y lo más importante, una carpa de raspar coca; duramos dos años en esta actividad, hasta que tomamos la decisión de irnos a trabajar en las minas de oro, sin tener mayor conocimiento de cómo era ese trabajo. Ahí empezamos

una nueva vida tratando de salir adelante, sin importar los riesgos que día a día debíamos tomar para sobrevivir y ayudar a nuestros padres.

Fueron casi cuatro años en esa labor en la que, por cierto, tuvimos un golpe de suerte a comienzos del año 2007. Tuvimos la fortuna de encontrar una mina muy buena después de haber pasado necesidades, incluso haber tenido que trabajar las veinticuatro horas para conseguir el diario. Cuando estábamos a punto de buscar otra manera de trabajo, Dios nos bendijo con una gran beta. Éramos tres socios; mi hermano, un amigo y yo. Nuestras quincenas eran en promedio de 1.500 a 2.000 gramos de oro, y el gramo tenía un precio de \$ 30.000. Fue una época, o como le llama todo minero, una bonanza, muy buena, llena de trabajo, y lo más importante, con una recompensa económica muy sustanciosa, la cual aprovechamos comprando ganado y lotes. Debido al buen momento, me conseguí una novia, que nunca imaginé que iba a ser el amor de mi vida; la que años más tarde me iba a regalar unos hijos, y se convertiría en mi esposa; mejor dicho, la mujer más importante después de mi madre. Así, entre dicha y felicidad, mis hermanos y yo nos volvimos a separar laboralmente, porque mi hermano menor seguía en el ejército, haciendo parte de uno de los grupos más letales de la época, del doctor Álvaro Uribe Vélez.

El destino nos volvió a unir a mi hermano mayor y a mí nuevamente en las minas, pero no sabíamos el cambio que nos tenía preparado. Recuerdo el 28 de julio de 2009 como si fuera hoy; era una mañana muy nublada y muy triste. Como de costumbre madrugamos a iniciar labores en la mina, pero esta vez, no debajo de la tierra si no a campo abierto. Eran las nueve y media o diez de la mañana cuando un compañero de otra mina entró a darnos la noticia que ningún ser humano quisiera escuchar. Mi amigo nos saludó y en su mirada se le veía tristeza y preocupación; se demoró en darnos la fatal noticia; con un nudo en la garganta y entre tartamudeos, nos dijo que un hermano se había accidentado en el ejército; nosotros reaccionamos alarmados, preguntando que de cuál de los dos se trataba, ya que el otro hermano menor, mejor dicho, “el cuba”, también se encontraba prestando el servicio militar. Él no supo darnos explicación, solo decía que se había accidentado. En medio de la angustia que nos generó la noticia, le preguntamos directamente: ¿Está vivo o muerto?; él bajó la cara y nos dijo: ha fallecido. Sin pensarlo dos veces dejamos todo tirado y emprendimos un viaje de más de treinta horas para ir a ver a nuestro hermano y acompañarlo por última vez. Nunca pensé que ese era el comienzo de una vida llena de tristeza y dolor.

Enterramos a mi hermanito consentido y nos devolvimos para nuestra tierra; pero todo era diferente porque mi hermano mayor no volvió a trabajar conmigo, sino que se dedicó a mover papeles para cobrar los seguros, porque mi hermano fallecido había dejado como titulares a mis padres. Mientras tanto a mí me agarró una gran depresión pues ya no tenía sentido que mi cómplice y confidente de toda la vida no viviera. Planeé muchas veces quitarme la vida, pero nunca lo logré; gracias primero a Dios y a mi esposa que no se separaba ni un momento de mí, ya que ella presentía lo que yo podía llegar a hacer en un momento de soledad. No pasó mucho tiempo después de la muerte de mi hermano, la cual empezaba a superar, cuando el 6 de julio de 2010, a las siete y media de la noche una nueva noticia volvió a ponerme en jaque: un hermano de mi esposa me dijo que habían matado a mi otro hermano. Yo pensé que era una broma; entre risa y asombro lo miré a la cara y le volví a preguntar: ¿Qué es lo que me está diciendo? y él volvió a decir: Mataron a su hermano. Yo salí corriendo desesperado hacia el puesto de policía pensando en que me dijeran que era un mal entendido, pero para mi sorpresa, me encontré con la esposa de él, sus cuñados, mis cuñados y mi esposa. Como nadie me daba respuestas, tomé la decisión de salir corriendo para el hospital; solo quería ver a mi hermano. Me quité la camisa y salí corriendo; los cuñados de mi hermano y los míos se fueron detrás mío tratando de controlarme; bajando hacia el hospital un señor se quedó mirándome; yo reaccioné con groserías y dándole un puño en la boca, rompiéndosela por dentro y por fuera; le cogieron siete puntos por dentro y nueve por fuera; mejor dicho, un poquito más de fuerza en el golpe y lo habría matado; eso fue lo que le dijeron los médicos. Al no encontrar a mi hermano en el hospital, tomé la decisión de devolverme hacia el cementerio; mi desespero me llevaba a cualquier sitio, donde me decían que estaba el cadáver. Pasaron las horas y los días y le dimos la sepultura y ahí es donde empieza el calvario.

COMIENZO DE MI VENGANZA

Terminando el entierro de mi hermano, inmediatamente empecé la búsqueda de armas para vengar a mi otro hermano; para ese entonces solo quedamos un hermano y yo, a quien convencí para que me acompañara en mi plan macabro. Me conseguí dos revólveres calibre 38, con dos cajas de munición y empezamos la persecución. Nuestro primer intento de venganza

fracasó después de quince días de recorrido por los lugares donde creíamos que ellos estaban. Volvíamos a casa con más ganas de matar que de tratar de solucionar la situación. Ahí es donde empieza mi fracaso tanto económico como familiar; empieza a cambiar mi actitud con mi esposa; mi genio y mi forma de ser dan un giro total. Empecé a ser agresivo con todo el mundo y a desconfiar hasta de mi propia sombra.

Fueron cuatro años buscando venganza; a los dos meses muere el primer asesino de mi hermano y se pone más caliente la situación. Vinieron las primeras amenazas para mis padres, a quienes les dije: No se preocupen, yo tengo todo bajo control. Empezó la cacería a los dos integrantes que habían participado en el crimen de mi hermano. Pasaron los días y donde quiera que se encontraban, llegaba yo, más decidido a morir y a matar que a vivir; para mi fortuna nunca logré mi propósito de acabar con ellos; y ahí es donde tuvo un papel importante mi esposa pagando misas y orando por mí.

Entre rezo y misa mi esposa logró su propósito de hacerme cambiar de pensamiento y que me diera cuenta que la venganza no trae nada bueno; el deseo de mi esposa era recuperar ese hombre cariñoso y noble que ella había conocido. Todo empezó cuando ella me regaló un retiro de lazos de amor mariano en Rionegro, Santander. Recuerdo que fueron tres días de oración y mucha paz, reconciliación y perdón. El día domingo, al llegar de regreso nuevamente al lugar de recibimiento, nunca pensé estrellarme con tan grande sorpresa, ya que pensaba que a mí nadie iba a recibirme porque mi esposa estaba en el negocio que teníamos para ese entonces.

ETAPA FINAL DE MI PROCESO

Al volver nuevamente a mi pueblo empieza el verdadero retiro porque empieza nuevamente la realidad con el mundo. Al siguiente día de haber llegado tomé la primera decisión respecto al problema que me había quitado a mi hermano mayor; me monté en mi moto y sin pensarlo dos veces me dirigí hacia la casa del tío de los muchachos que habían matado a mi hermano, pero ya no llevaba la intención de hacerles daño; por el contrario, lo hacía para empezar a ponerle fin a tan grande problema que ya iba cobrando tres vidas: dos de mis enemigos y la de mi hermano. Fue una charla muy constructiva a pesar de la tensión con que inició. Recuerdo que yo le dije al tío de mis enemigos que yo quería tener una vida en paz para

mis hijos, esposa, y para mí, que estaba dispuesto a dejar todo en manos de Dios y en el pasado. Ese fue el inicio del final del problema. Empecé con terapias con el párroco de mi pueblo, quien estaba feliz por la decisión que había tomado; me propuso acompañamiento para hablar con los muchachos y yo acepté. Fueron cuatro años de terapias y confesiones, en los que había días que pensaba que no era capaz, ya que el rencor y el odio contra ellos era casi imposible de superarlos.

Una vez hubo una anécdota en el segundo día del retiro espiritual, en la hora del perdón: yo tenía dos fotos de los asesinos de mi hermano y cuando me confesé, fui acompañado de una misionera y nos postramos de rodillas ante la imagen de Jesús Crucificado y la Santísima Virgen María; allí tenían una taza grande con agua bendita; saqué las fotos de mi billetera y procedí a romperlas para echarlas en el agua y así terminar con el odio; pero vaya sorpresa; las fotos no se dejaban romper, al igual que mi odio.

DÍA FINAL

Recuerdo que terminé mi jornada laboral y me fui para la casa con mi esposa; entramos y vimos que la moto de ella estaba sucia; le dije que la iba a mandar a lavar, que regresaba pronto. La prendí y en el trayecto hacia el lavadero a la salida del pueblo, los vi en la puerta de un hotel. Mi reacción fue alzar mi dedo pulgar en símbolo de “todo está bien”. Seguí hacia el lavadero, pero lleno de nervios y sintiendo temblor en mi cuerpo. Al llegar al lavadero le dije a un muchacho que me devolviera a mi casa y que se encargara de la moto. Al cruzar el parque le pedí que me dejara allí; me bajé y me senté en la primera banca que encontré. Miré al cielo y le dije a Dios: Tantas pruebas que tú me has puesto, por las que he llorado, pero tú siempre me has dado la fuerza para superarlas, hoy te pido de corazón que me ilumines para hacer lo correcto. Estando en ese momento de confusión y de petición a Dios, sentí una mano en mi espalda que me empujaba, y de la cual me dejé llevar directo hacia el hotel donde yo los había visto. Al llegar a la esquina ellos me miraron y se entraron poniéndose tras de la puerta. Sin dudarlo decidí cruzar la calle y enfrentarlos directamente; pero ya con la decisión de terminar con más de ocho años de rencor, amargura y sed de venganza. Todo salió como lo había planeado. Entre abrazos y lágrimas de mis enemigos, terminaba una era de “corre, corre”, de sangre y venganza.

Nunca te niegues la oportunidad de perdonar al enemigo para que recibas lo mismo; recuerda que siempre hay dos tipos de perdón: el perdón de boca y el perdón de corazón. Tú decides cuál quieres para tus enemigos, pero en especial para ti. Recuerda que el perdón es un perfecto don.

LOS DULCES AMARGOS DE LA VIDA

Pablo Carrascal



Terminé mi bachiller en la nocturna porque la situación económica se complicaba aún más y me tocó trabajar los días completos. Muchas veces lloraba porque lo que ganábamos no era suficiente, me sentía frustrado y quería salir adelante de cualquier manera. Dejé de trabajar mecánica y me puse de ayudante de una buseta; allí aprendí a conducir y cuando cumplí mis 18 años entré a trabajar como conductor.

Me iba mejor hasta que un día todo cambió; cierto día, temprano en la mañana, me encontraba en la sala de mi casa viendo unos partidos (en ese entonces se jugaban los mundiales y las horas de verlos eran en las madrugadas), me quedé dormido en el sofá. Aproximadamente a las cinco de la mañana sentí que tocaron bruscamente la puerta, tenía aún mucho sueño y mi hermano mayor abrió la puerta; oh sorpresa cuando abrí los ojos; tenía la trompetilla de un fusil apuntando a mi cabeza; qué hijueputa susto, creí que me iban a matar. Resulta que habían llegado en un allanamiento en busca de una persona que había estado implicada en unos robos y secuestros y allí estaban cumpliendo su deber; me levanté, charlé un poco con ellos y ya se disponían a irse tras haber verificado toda la casa. Casi al salir, uno de ellos me pidió mi cédula y muy confiadamente y tranquilo se la di, sin pensar que enseguida me llevarían capturado, porque supuestamente era yo uno de los implicados en los hechos que ellos decían. Se dispusieron a ponerme las esposas y me condujeron a la estación de policía argumentando que yo era uno de los delincuentes que buscaban. Por primera vez estuve en una cárcel y la verdad no hay sentimiento más hijueputa que estar pagando por algo que no has hecho.

Transcurrieron nueve meses y un juez de garantías terminó con mi suplicio; al fin determinó que no tenía absolutamente nada que ver con los delitos que se me imputaban. Me sentí devastado y decepcionado de la justicia colombiana, pues perdí mi trabajo y toda mi buena reputación, solo porque a alguien se le ocurrió hacer un falso positivo conmigo.

Muchas veces se juntaban mis recuerdos y mi vida actual y deseaba ser otra persona; pero decidí seguir haciendo las cosas bien y me incorporé al ejército, fui un excelente soldado, estuve en varios combates y gracias a Dios siempre salí librado de todo. Duré 76 meses de soldado profesional. Luego pedí la baja pues ya no me gustaban algunos cambios que se estaban dando en aquel tiempo.

Duré un tiempo desempleado hasta que se me dio una oportunidad laboral, todo gracias a una gran mujer que conocí en mi vida, una hermosa morena que me dio el título de ser padre de un maravilloso niño. Sentí en aquel momento que mi vida había cambiado para entonces, esa espectacular mujer me aceptó tal cual como era, haciendo de mí una persona diferente, poniendo por encima de todo al amor. Gracias a ella y a las conexiones de uno de sus hermanos en la vida política, comencé a trabajar en un hospital de esta ciudad como conductor de ambulancias; después de tantos años sentí que ese era mi fuerte y que era para lo que había nacido. Después de tantas peleas y querer agredir a las personas, vi en ese momento que servir a las demás era lo que me hacía sentir bien. Luego de muchas horas al volante poniendo un granito de arena para salvar vidas, me sentía cada vez más realizado en lo que estaba haciendo.

Pero no todo era color rosa. Cierta día el gerente del hospital quiso prestar apoyo a uno de los puestos de salud que también hacían parte de la jurisdicción del centro asistencial, ya que es una zona de conflicto por diferentes grupos armados e ilegales. Ese día había enfrentamientos y como misión médica fui enviado a la zona; ingresé normalmente al centro de salud y me dispuse a subir al paciente que ya tenían estabilizado. Salí de ese pueblo con destino al hospital sintiéndome satisfecho de haberlo podido evacuar. Tras una hora de camino, sentí un mal presentimiento al ver un grupo de personas que vestían prendas militares y que hacían señales para para que detuviera la ambulancia; procedí a orillarme y me ordenaron descender del vehículo. Traté de decirles que llevaba un paciente en estado crítico, pero con palabras ofensivas me ordenaron que me callara: “Cállese hijueputa”, repitieron en varias ocasiones. En voz alta dijeron a la enfermera y al familiar que se bajaran de la parte de atrás de donde estaba

el paciente y procedieron a bajarlo con todo y camilla; el familiar lloraba y les gritaba que por favor lo dejaran; pero ni su angustioso llanto logró cambiar la opinión de los atemorizantes hombres.

Nos reunieron en un punto lejos del paciente y procedieron en contra de su vida, descargando sus armas sobre su humanidad; procedieron a decirnos que continuáramos. Con mucho dolor y tratando de calmar a su familiar, subimos la camilla con el cuerpo del paciente, que ahora estaba irreconocible. Fueron tantos los impactos que descolgaban los pedazos de las partes del cuerpo sobre la camilla. Fue algo fuerte pese a que ya había pasado por varias situaciones, pero no de tal magnitud. Fue algo increíble, tanto, que aun escribiendo estos renglones siento la angustia y el dolor de aquel día. Son cosas inolvidables que nos dejan impactados para toda la vida. Con ese suceso plasmado en mi mente continué mis labores.

Trabajaba y trabajaba dando rienda suelta a mi vida y luego comencé a hacer lo que un día me enojaba y me había marcado en la infancia (la infidelidad de mi madre); pese a tenerlo todo en mi casa, fui enrutado por los caminos de ser mujeriego. Otra batalla que tenía que librar, comencé a sentirme bien bajo las sábanas de diferentes mujeres, bajo la lujuria y los excelentes momentos que vivía, me dejé llevar en algunas ocasiones del alcohol y no pensaba en nada, solo en divertirme; mi hogar empezó a tambalear. Siempre decía: “Yo trabajo mucho, también tengo derecho a divertirme”; esa era mi justificación, tal vez para evitar mis responsabilidades. Después de tanto tiempo en esas, terminé conociendo a una mujer que sí puso lo que quedaba de mi hogar de cabeza. Una gran mujer que comenzó a trabajar conmigo en la ambulancia; fueron un sinnúmero de viajes en remisión con ella y por supuesto con grandes locuras y osadías, tanto, que terminé embarazándola en la ambulancia. Me sentía feliz, jamás arrepentido, porque por segunda vez me daban un regalo maravilloso; era quizás el segundo mejor momento de mi vida; no pensé nada, solo me ganaba ese gran sentimiento de volver a ser padre, ignorando por completo el dolor que podía sentir mi esposa. De inmediato me dirigí a ella y le comenté lo del embarazo; no calculé la dimensión del daño que le hice aquel día; quise ser el primero en decírselo, pero creo que fui muy directo; ella no paraba de llorar por su desilusión conmigo.

Pasaba el tiempo y siempre estuve pendiente de mi segundo hijo que estaba por nacer. Luego de tres meses de embarazo, la enfermera me dijo que quería quedarse en su casa con su madre y que no quería salir de allá.

Terminamos separándonos ya que durante el embarazo se complicaron las cosas entre nosotros.

Un día mi primogénito estaba de cumpleaños y decidimos hacer una reunión familiar y al llegar a su casa, allí estaba ella, esa mujer hermosa y deslumbrante, que aun me hacía sentir muchas cosas hermosas; la madre de mi primer hijo. “Tan hermosa como cuando la conocí”, pensé. Ese día hablamos y le pedí perdón por haber sido tan duro con ella y, como siempre, con tan noble corazón sonrió y me dijo: “Tranquilo, de los errores se aprende”; aun recuerdo la voz temblorosa y su sonrisa en ese momento, esas que siempre me gustaron. Feliz de haberla visto le pedí que volviéramos y nuevamente decidimos estar en nuestro hogar. Pasado el tiempo, al fin nació mi hijo; no podía creer la inmensa felicidad de aquel 2 de abril de 2014. Me sentí muy orgulloso de ser papá, por segunda vez.

Cierto día su madre me llama diciéndome que el niño estaba muy enfermo, que la fiebre no le paraba, inmediatamente fui a ver qué le pasaba; llevamos al niño al hospital manteniéndolo en observación por varios días, mientras yo cubría mis responsabilidades en los traslados de los pacientes, ella cuidaba de nuestro hijo. Al poco tiempo de estar allá internado mi niño, recibí una noticia que me estremeció el alma; llamaron a decirme que mi hijo había convulsionado; desesperado y con ansias de llegar rápido, por poco ocasiono un accidente pues estaba en una remisión, trasladando un paciente, la angustia y el desespero se apoderaron de mí. Llegué pronto; mi afán me hizo exceder todos los límites de velocidad y enseguida pregunté por mi hijo y su madre; con un llanto en los ojos dijo: “Lo pasaron para la unidad de cuidados intensivos”. Sentí que mi vida se desmoronaba a pedazos; no podía creer lo que estaba pasando. Después los médicos decidieron remitirlo a otra ciudad donde había mejores especialistas para tratarlo; se me vino a la mente todo lo malo, pues ya tenía experiencia del resultado de muchas remisiones. Se quiso apagar mi vida en ese momento; no quería ni pasar bocado, la angustia de ver a mi hijo en ese estado me afectaba mucho. Lo llevamos a Bucaramanga y un médico no nos dio muchas esperanzas; enseguida soltamos en llanto y le dije al médico: “Si desea yo le doy mi vida, pero haga todo lo posible para salvar la de mi hijo”; guardó silencio un momento y luego me dijo: “Tranquilo, haré todo lo posible”. Comenzó a tener efecto la parte económica pues el sueldo del hospital ya no nos alcanzaba para nada; no teníamos otras formas de ingresos, mi esposa trataba de ayudarme pero no era suficiente para lo que necesitábamos; fue una dura situación.

Cierto día encontré a una amistad y me comentó sobre las ganancias que tenían algunos viajes de cocaína y pues me interesó mucho; solo pensaba en solucionar esa difícil situación. Comencé poco a poco a transportar cocaína, y entre más me adentraba en esa vida, más me gustaba. Pese a que sabía que corría peligro, no me importaba, ya que solo pensaba en solventar mis deudas y salir de tan difícil momento. Gracias a Dios mi hijo se recuperó y al fin pudimos llevarlo a casa; salió de esa meningoencefalitis que lo afectaba; aunque no del todo estaba bien, porque le formulaban medicamentos de control; pero estaba feliz de tenerlo nuevamente en casa. Desde allí comenzó una odisea de avaricia; seguí trabajando en ese negocio que me había dejado gran ganancia, pues con el paso del tiempo, el dinero volvió a cambiarme la vida. Se me hacía fácil estar con diferentes mujeres a la vez y allí estaba yo, como todo un atarván, burlándome de la mujer que jamás me había dado la espalda. Terminé perdiendo mi trabajo por mi carácter fuerte con mis compañeros y mi jefe inmediato; me creía “el putas” solo por tener dinero en mis bolsillos; había perdido la humildad en esa carrera desenfrenada; poco a poco fui gastando mis ahorros hasta que me di cuenta de que no tenía nada. Desempleado y sin dinero; el karma me pasó factura.

Comenzaba en ese entonces la tragedia del Covid 19 y, mi gran amor, aunque la embarraba, nuevamente me daba otra oportunidad. Trabajaba en lo que saliera para poderla ayudar; así que acepté hacer un trabajo de construcción que me había ofrecido un hermano de ella. Era duro pero al menos me sentía útil. Estando trabajando allí por varios días, recibí una llamada; era un compañero diciéndome que le colaborara haciendo traslados en la ambulancia, pues con lo de la pandemia estaban muy cansados y que me iban a volver a ayudar para regresar de nuevo a trabajar; era complicado puesto que ya el hospital había cambiado de administración. En fin, acepté la propuesta y llamé a mi hijo mayor a que me reemplazara ese día para poder ayudar al compañero. Ese día él mismo me recogió y hasta me prestó su moto para que fuera a cambiarme; estaba muy entusiasmado, pues ya mi situación iba a cambiar si recuperaba mi empleo. Di gracias a Dios y fui al encuentro con mi otra realidad. Por medio telefónico cuadramos el lugar donde nos íbamos a encontrar. Cuando nos vimos me dijo que iban dos personas más con nosotros, lo cual no me pareció nada fuera de lo normal, porque ellos también fueron compañeros míos en el hospital.

Arrancamos; yo iba con mucha alegría, “ya va a cambiar mi vida nuevamente; hijueputa, ya era hora”, dije entre dientes. Pasada una hora de

viaje me pidieron parar un momento pues una joven que iba en la parte de atrás se sentía algo mareada, ella acompañaba al auxiliar de enfermería y según ellos, eran pareja. Paramos y desde allí, el recorrido se tornó diferente; el compañero tomó la decisión de decirme la verdad del recorrido; me dijo: “Marica, quiero decirte la verdad; y es que vamos cargados”; como yo ya había trabajado con eso, ya conocía esas palabras; me molesté un poco, porque hubiese sido mejor que me hubiera dicho desde antes; pero al final, después de haberlo pensado, tomé la decisión de continuar y seguimos el recorrido. Más adelante pararon a comer y yo estaba un poco preocupado pues tenía una sensación extraña. No quise bajarme a comer sino que esperé hasta que los compañeros terminaran. Luego continuamos, pero el auxiliar de enfermería me comentó que había unos tipos extraños que habían pedido comida también, y que al momento en que ellos se pararon, aquellas personas también lo hicieron, dejando la comida allí servida.

Desde allí aumentó mi preocupación; durante el viaje, de repente, comenzó a llover, era una gran lluvia por cierto; recuerdo que el conductor redujo considerablemente la velocidad, pues tenía poca visibilidad al transitar. Cuando escampó nos pareció extraño; el auxiliar dijo: “Qué raro que haya escampado así de golpe”. Continuamos. Ya llegando a nuestro destino vimos a lo lejos que una patrulla de la policía atravesó la vía de forma rápida, reaccionando al ver la ambulancia. Efectivamente iban por nosotros. Me quité la chaqueta y un buso que tenía puesto, al igual que los zapatos y me tiré en la camilla; le dije al auxiliar “Canalizame pronto”, mientras yo me colocaba unos electrodos pediátricos que tenía al lado. Entre susto y adrenalina hicimos lo que pudimos rápidamente. La policía nos hizo la señal de alto, pero también se atravesaron en la vía. Ya sabíamos que nos habían aventado. Procedieron a abrir la puerta de atrás de la ambulancia, y fueron directamente donde estaba encaletada la droga, la cual yo ni sabía dónde estaba, pues solo me habían dicho que estábamos cargados.

La policía hizo su procedimiento, hicieron las pruebas y dictaminaron que se trataba de cocaína; ya sabíamos lo que se nos venía encima. De repente un inspector de la policía dijo “Al paciente hay que llevarlo a una clínica, para que verifiquen si está o no enfermo”. El enfermero rápidamente subió y me dijo: “Salvate vos que ya estamos caídos”. Seguidamente otro auxiliar de la policía preguntó por los documentos del paciente y, ¡Oh, sorpresa!, también llevaban un formato de referencia con todos mis datos; me quise levantar de la camilla, pero ya era imposible; me habían puesto unas esposas sujetadas a la camilla.

Como lo habían dicho, me llevaron a una clínica y allí en toda la entrada llamaron al médico y se descubrió la farsa; “Pues no está enfermo”, dijo con voz burlona la médico. Los agentes me leen los derechos y me trasladaron hacia una estación de policía donde no conocen la palabra “humano”. Allí recibimos los peores tratos que una persona puede recibir; amarrados a una rejilla adherida al piso y sin comida los primeros días, estuvimos por ocho meses; luego, gracias a Dios, ya pudimos mandar por comida. Dormíamos a piso limpio, orinábamos en botellas y tocaba comer con una sola mano y recostados al piso, pues solo nos soltaban cuando era la hora de baño: 7 am y 4 pm. Con lluvia o sol siempre permanecíamos allí; era duro; desde ahí comenzó un fuerte rencor hacia esa entidad del gobierno. Cabe resaltar que en algunas ocasiones llegaba el ESMAD y sin tener ningún motivo, nos pateaban y nos arrojaban gas pimienta. En esos días era tal el nivel de sufrimiento que en algunas oportunidades les grité que mejor nos mataran.

Pasaban los días y solo pedíamos a Dios que pasara esa pesadilla. Después de un año nos enviaron a otra estación, pero allá eran diferentes las cosas. También nos tocaba en el piso, pero ya había colchonetas. Yo parecía un indigente, las rodillas y los tobillos los teníamos raspados de tanto rozar el suelo; pero ya nos sentíamos mejor.

De allí nos trasladaron a la cárcel Rodrigo de Bastidas de Santa Marta a esperar condena. Excelente trato y una buena convivencia, muy buenos recuerdos de allá. Luego de tres meses estoy acá, cerca a mi familia, motivado y esperando a cumplir mi condena; trece años de pena fue mi sentencia, solo por tomar malas decisiones en la vida. Muchas veces querés arreglar tu vida tan rápidamente sin saber que el resultado puede costarte mucho más. Perdí mi gran mujer, mi familia se distanció y quedé solo. A la vez no estoy arrepentido de haber decidido continuar ese día, porque si me hubiese quedado cuando me informaron de lo que llevábamos allí, hasta podrían haberme culpado de la incautación y el resultado habría sido peor. Doy gracias a Dios cada día, porque cada despertar me llena de muchas enseñanzas para mi vida. Estoy encerrado, pero gracias a él sigo con vida.

Nota: No tomes a la ligera los momentos dulces, porque pueden resultar los más amargos de tu vida.

CAPÍTULO 2.

UN DÍA DE MUCHOS EN PRISIÓN

Patricia Vargas



Era un día más y a la vez un día menos en la vida de Ángela, quien pagaba una condena de más de diez años de prisión por hurto; había sido trasladada desde la cárcel de su ciudad natal, hacia un penal de máxima seguridad, de esos que fueron contruidos en el mandato del presidente Álvaro Uribe Vélez, réplicas de las cárceles de los Estados Unidos.

A este lugar llegó Ángela; llevaba su día a día casi normal, trataba a diario de llevar su vida tranquila, a pesar de que la falta de sus hijos la desestabilizaban un poco, pues su abuela paterna no permitía que ella tuviera comunicación con ellos, hace ya tiempo atrás; no obstante conservaba una caja en la cual iba colocando algunos detalles para sus hijos: dibujos, juguetes, dulces... esta caja era un tesoro que guardaba con mucho amor, para enviarla a su destino final y recordarles a sus hijos que ella existía; aunque no iba a ser por mucho tiempo.

Transcurría el día con normalidad; en la tarde fue encerrada en su celda al igual que las demás internas del penal; eran casi las seis de la tarde y la algarabía de las internas que gritaban avisaba que llegaba un grupo de mujeres trasladadas desde el mismo penal de donde fue trasladada Ángela tiempo atrás. Una a una fueron ingresando al patio y, como por cosas del destino, Ángela se asomó a la reja de la celda y la primera cara que vio, fue la de esa mujer, la cual odiaba tanto. Tiempo atrás su hermana estuvo en cuidados intensivos, con tubos en su tórax luchando por respirar, por vivir; había sido atacada por un hombre y tres mujeres más con armas blancas,

y una era esta mujer, la que había acabado de entrar al patio y con la cual había chocado su mirada.

Como cosas del karma, quizás, Ángela estaba en la celda 19 y su enemiga tenía la orden de entrar a esa misma celda, pero esa mujer no se atrevió a entrar allí; quizá el pecado que tenía y su conciencia, le avisaban que la deuda que tenía con Ángela, tenía que ser saldada más temprano que tarde, aunque esa noche no hubiera querido ingresar a la celda donde vivía Ángela.

La mañana siguiente fue asignada a otra celda para ella, pero esto no era un obstáculo para esa mujer llena de odio y con sed de venganza, y que tuvo a su hermana al borde de la muerte, conectada a máquinas y tubos en su cuerpo. Transcurrió el día con un ambiente tenso y en silencio sepulcral; todas en el patio sabíamos que lo peor estaba por venir y que en cualquier momento veríamos la sangre correr; me acordaba de un famoso libro llamado “Crónica de una muerte anunciada”, donde todo el pueblo sabía que una tragedia estaba por suceder, pero donde nadie dijo nada. Así mismo transcurrió ese día tenso; fuimos encerradas a las cinco de la tarde como todos los días; máximo cinco mujeres por celda, cada una con su celda asignada. A la mañana siguiente, desde mi celda miré hacia la celda del frente en el segundo piso y vi una sonrisa pícaro en el rostro de Ángela; miré hacia el primer piso la celda debajo de Ángela, y vi a esa mujer, la cual tenía esa gran deuda por saldar. Pensé en mis adentros, “lo peor está por venir”; fue entonces cuando ingresó la guardia al pabellón y como todas las mañanas, abrieron cada una de las celdas y salieron de nuevo; les dejaban las puertas abiertas por media hora y luego volvían a ingresar al patio a encerrarlas, pero media hora eras más que suficiente para Ángela.

Tan pronto como la guardia abrió las rejas y salió al patio, ella bajó las escaleras hacia el primer piso con una toalla envuelta en su mano izquierda y con una punta (objeto cortopunzante hechizo) en la mano derecha. Entró corriendo a la celda de su enemiga, la cual también la estaba esperando, pues sabía que su deuda era imperdonable y empezaron a pelear, cada una portando en su mano derecha estas armas hechizas; se hirieron en el pecho, en ambos brazos y sus armas se partieron, pero Ángela no quería perder esta oportunidad, así que se colgó con sus dientes de la cara de esa mujer, cual perro con rabia y le rompió su pómulo; la mujer corrió hacia afuera de la celda al sentir su cara herida y la sangre en su pecho, pero a Ángela en este punto no le importaba nada, solo quería seguir prendida del rostro de su enemiga, herirla de cualquier manera era su objetivo, hacerla pagar con su vida, lo que le había hecho a su hermana. La pelea siguió en el patio,

no tardó la guardia en darse cuenta de eso, entró al patio y sacó a las dos mujeres heridas hacia el calabozo; un lugar frío, con una cama de concreto, un baño y un espejo de lata en el que a duras penas podían reflejarse. Iban pasando los días y mientras permanecían en esta celda de castigo, Ángela todos los días se hacía sentir, cantaba, gritaba, todo esto para que a su enemiga le costara dormirse de noche; y lo lograba.

El cuarto día Ángela estuvo algo callada, pero ya en las horas de la noche, como todos los días, empezó a cantar; recuerdo su canción, una ranchera colombiana de la cual no recuerdo el autor, solo cierta parte de ese canto que dice “cuando yo me muera no quiero que lloren, hagan una fiesta con cohetes y flores”. Después de esto se sintió un ruido brusco contra la puerta de metal y su compañera de castigo, como todos los días, pensó en voz alta y dijo: Ángela ya va a empezar a joder para no dejarme dormir; lo que ella no sabía, era que ese ruido fue producido por los talones de Ángela que golpearon la puerta de metal cuando su cuerpo se descolgó, amarrado por su cuello desde la reja.

Su muerte fue al instante; no sé si fue suerte que se desnucara y que no tuviera que soportar un ahorcamiento lento y triste; solo pasaron unos minutos. Después de este ruido se sintió un silencio total. Al ingresar una guardiana a pasar revista, se asombró con la cruel imagen de Ángela colgada del cuello, de espalda a la puerta; llegó a pensar que eso que estaba viendo no era cierto y le dijo al cuerpo inerte: “Ángela voltéese, Ángela, no me tome el pelo”, pero Ángela nunca contestó. En ese estado de shock, la guardiana pidió refuerzos; luego de esto, desde mi celda vi como entraba mucha guardia al calabozo y la directora del penal detrás de ellos; pasaron cinco minutos; estuve pegada a la reja de mi celda presintiendo que no era nada bueno lo que estaba pasando allí; luego de ello vi salir a la directora del penal llorando y agarrándose la cabeza; cayó de rodillas a la cancha y vi también salir a la que fue la enemiga de Ángela hasta su muerte, llorando, se agarraba la cabeza, brincaba desesperada. Luego de esto vi salir a Ángela en una camilla envuelta en sábanas blancas de pies a cabeza.

Fue ahí donde vi la magnitud de lo que había pasado, ese día y hasta donde llegó todo. Fue duro ver como la guardia entraba al patio y sacaba las cosas personales, entre ellas, la cajita de sus tesoros, para sus hijos; logré ver esos dibujos que yo misma dibujaba para ella, para sus dos tesoros más grandes. Fue triste para todas y una gran reflexión para mí, ya que, entre estas rejas, de un día a otro, puede pasar cualquiera cosa; hoy podemos estar aquí pero mañana no sabemos.

HASTA EL ÚLTIMO VIAJE

Wendy Navarro



Cuando cumplí 26 años empecé a tomar decisiones basadas en el desespero de tener dinero a cualquier precio; una de ellas fue irme para el municipio de Aguachica para donde una amiga que sabía que me iba a ayudar a buscar algo que me generara dinero; aparte de eso quería celebrar mis cumpleaños y ella me iba a ayudar con eso.

Nos encontramos, le comenté las cosas y me dijo: “Amiga, te tengo el parche”, vámonos hacia Curumaní y allá trabajamos brindándole amor a los hombres, ¿sí querés?”; ella me preguntó, yo estaba sesgada con la idea de hacer plata y le respondí que sí; nos fuimos hacia el Cerro de los Chivos buscando cola en una mula para que nos llevara hasta ese lugar.

Una mula nos paró y el conductor nos dijo que solo tenía cupo para una sola; mi amiga me dijo que me subiera que ella esperaba otra y que allá nos encontramos. En las horas de la tarde nos vimos en Curumaní, sin imaginar que en ese mismo día tendría mi primer cliente; en la madrugada un señor llamado Edgar me preguntó que si trabajaba, a lo que dije que sí, que era mi primera vez; él me respondió: “tan bonita y trabajando en esto”; solo le respondí : lo hago por necesidad y porque quiero celebrar mis cumpleaños que son en 20 días. Me dijo que quería estar conmigo, pero no por un rato si no que quería amanecer conmigo; sinceramente no lo pensé, algo en él me daba confianza.

Amanecimos y cuando me estaba vistiendo para irme me dijo que no tenía necesidad de vender mi cuerpo: “Váyase conmigo que usted está muy joven y yo la puedo ayudar”; me quedé pensativa por un momento, y le dije que sí, que me esperara que recogiera mis cosas; él pensó que no volvería, pero para su sorpresa en menos de 30 minutos yo estaba de vuelta. Nos subimos a la mula y me dijo que me regresara a mi casa, la cual quedaba en Ocaña, y que cada veinte días estuviera lista en Aguachica, que él

me recogería allí; así lo hicimos, yo me fui para Ocaña y a los días conocí a un amigo que me lo presentó a una muchacha y ella me ofreció trabajo.

El trabajo se trataba de llevar mercancía, le dije que sí, realmente era muy arriesgado, pero me metí a ese negocio; recogía en Ocaña y llevaba hacia Valledupar, Barranquilla y hasta el sur de Bolívar; en esos lugares empecé a conocer gente que me ofrecía trabajar con ellos.

Tiempo después me pasaron el contacto de un muchacho en Aguachica que necesitaba que le llevara armamento de ese lugar a Barrancabermeja y Puerto Berrio. Empecé a trabajar con él en eso y trayendo marihuana de Cali y Medellín. El patrón, como le decía yo, me puso a prueba muchas veces para comprobar mi lealtad con su organización; un día me puso a ver cómo mataba a dos jóvenes que estaban consumidos en las drogas y me dejó cinco días sin salir de donde estábamos; me dejó un teléfono y a los gatos (personas que hacían guardia), para que no intentara volarme de ahí. Cuando pasaron los cinco días me pagó y me dijo que me podía ir.

Pasaron unos meses en los que dejé de trabajar intentando superar lo que había presenciado; cuando me sentí preparada, llamé al patrón y trabajé como dos meses más. Había tomado la decisión de retirarme de eso porque sentía que estaba caliente con los “tombos”, pero él me llamó y me pidió hacer un último trabajo; y como necesitaba plata para cubrir unos gastos médicos y tratamientos costosos de mi papá: había sufrido una caída y se fracturó el pómulo de la quijada y se abrió la cabeza en la cual le cogieron treinta puntos y estaba muy lastimado, también había empezado a sufrir de Alzheimer y la hija que más nombraba era yo, como si fuera lo único valioso para él. Acepté ese trabajo.

A raíz de esa situación decidí hacer mi último viaje; mi madre me pidió de todas las formas que no lo hiciera, que poco o mucho teníamos para comer, pero como siempre, por mis locuras y mi terquedad, no escuché y me fui. Recogí la mercancía y me trasladé hacia Aguachica. Ya estando ahí, me llama el dueño y me preguntó dónde estaba; le respondí que en Aguachica y me dijo que por qué me había pasado hasta allá, que era en Villas de San Andrés que debía entregarlo; yo preocupada le respondí que cómo me iba a devolver si había un retén que ya había pasado sin problemas; me dijo que no me preocupara, que me regresara al lugar que me estaba pidiendo.

Llegué al sitio y me bajé de la motocicleta en la que me trasladaba, me senté en una tienda, me relajé mientras me recogían eso y me tomé dos gaseosas y diez cucas, quizás por los nervios.

Mientras estaba allí pasó la policía, yo me hice la que no los había visto y traté de hacerme la loca, pero, para mi desgracia, una mula chocó contra un árbol y la policía empezó a requisarnos a todos; era como cosa del destino porque eso pasó precisamente estando yo ahí; encontraron la mercancía y ahí mismo me trasladaron a Aguachica a judicializarme.

Estoy en la cárcel de Ocaña, tengo 24 meses de estar privada de la libertad y fui condenada a 10 años y 10 meses. Hoy me siento arrepentida de toda esa locura y de no haber escuchado a mi madre; dejé mis dos hijos pequeños, mi padre enfermo, mi madre sufriendo de la tensión y dos hermanos que casi no hablan conmigo a raíz de todo esto. Espero que el tiempo pase, que Dios y la juez me permitan acceder a algún beneficio.

CAUCA



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PUERTO TEJADA

Directora del Taller:
Adriana Molina Córdoba

AMOR TRAS LAS REJAS

Zapata



Llegué al lugar que menos me imaginaba, un lugar donde la soledad es el abrigo y las riñas tu amigo.

Extrañaba la comida de mi casa, la vieja cobija de la abuela, los cumpleaños que mi madre me celebró años tras años.

Las idas al colegio para mí eran un privilegio, admiraba a mis maestros, ellos infundían respeto. Nunca ocupé el primer puesto porque no me preocupaba por escribir, pero sí grababa en mi mente cada palabra que mis maestros me enseñaban. Extraño los paseos por el parque donde de niño mi madre acolitaba que corriera como loco después de comer muchas golosinas y postres de chocolates que me hacían feliz.

En el barrio era terrible, golpeaba todo niño que de mí se burlaba. Mi madre sufría porque debido a mi agresividad y amargura perdí mi hermano menor. Erick un niño que hablaba a través de sus ojos color esperanza y su suave voz que era melodía a mis oídos.

Una noche me encontraba en el bar el “azulejo” propiedad de mi mejor amigo, El Zurdo; fui después de una riña callejera donde había golpeado brutalmente a un chico que se burló de mi hermano por ser un niño especial. Después de haberme bebido dos botellas de licor del más fuerte del bar llegaron a decirme que un carro había atropellado a Erick, el mismo carro de donde bajé al hombre que se había burlado de mi niño con mirada de color esperanza.

Corrí como pude, aunque no me podía sostener sobre mis pies. Corría, corría, corría y me parecía que nunca iba a llegar al hospital. Al llegar tiré de la puerta con una fuerte patada y al caer una de las naves estaba allí Dora, mi madre. Ella que nunca tuvo un abrazo para mí, se abalanzó con tanta fuerza que pude perdonarme por los abrazos que ella. Después de

un tiempo nunca me dijo que la recibiera entre mis brazos con el mismo amor que ella expresó.

Salió el especialista del quirófano y al preguntarle cómo había salido mi niño del procedimiento su rostro me lo dijo todo. Mi madre se me acercó y me dijo de nuevo tú eres el culpable de la muerte de tu padre y ahora de la gravedad de tu hermano Erick. En esos momentos todo se me nubló; pregunté a una enfermera que si podía ver a mi hermano un instante cuando ella dijo tú eres, le contesté ansioso sí yo soy; pues pasa al cuarto 3248 allí está esperándote. En esos momentos cayó de las mejillas de la enfermera un brote de agua que me decía la gravedad de mi hermano. Ingresé a la habitación. Todo era tan frío, pálido, sombrío, que olvidé por unos instantes qué hacía yo en ese lugar. Erick estaba allí, en la camilla junto a la ventana, con sus ojos grandes color esperanza mirándome fijamente. Con sus pequeñas y fuertes manitos tomó mi mano y me dijo no tenemos mucho tiempo pero quiero que sepas que fuiste el mejor amigo, el mejor hermano que la vida me regaló y por eso te pido de corazón que me dejes ir escuchando que no harás nada y que protegerás a nuestra madre como todo un guerrero como lo dice tu nombre, “Agnar”. Con lágrimas en mis ojos y vos temblorosa le dije no me pidas eso, sabes que no lo haré.

Él con un poco de ahogo en su voz me repitió; dime que podré irme en paz, que mi partida será la oportunidad para acercarte a nuestra madre y tener la mejor relación de madre e hijo. Expiró tan fuerte que se fueron cerrando sus ojos grandes color esperanza y comenzó el sonido tenebroso que despide a las personas de forma fría e impotente Piiiiiiii. Todo quedó en silencio y sus pequeñas manos fueron quedando frías, perdiendo su calor; salí de la habitación y no quería que nadie me dijera nada, esperaba que mi madre se acercara para abrazarme de nuevo y me susurrara al oído aquí estoy, estaremos juntos, y no fue así. Su mirada me expresaba rabia y odio a la vez.

Salí del hospital y quería encontrarme al culpable de la muerte de Erick pero a su vez retumbaba en mi cabeza sus palabras una, dos, tres y muchas veces. Regresé al bar de mi amigo El Zurdo y después de cuatro botellas de licor a lo lejos escuché la voz del asesino de mi hermano y no lo pensé dos veces: saqué mi arma y desenfundé toda la ráfaga hasta que ese tipo no respiró más.

Llegó la policía y me arrestó. Sé que no fue por borrachera. No tenía como arrepentirme y lo había hecho consciente de lo que me pudiera pasar.

Me hicieron la audiencia y el juez me declaró culpable. No lo dudé y ratifiqué que así era; fui trasladado a la cárcel de Cóbbita donde el frío del piso y de las paredes me recordaban todos los días la clínica donde falleció mi hermano.

Todos los días eran ambiguos, tristes, impotentes, de soledad y más porque mi madre nunca me visitó.

Una noche un hombre se me acercó y me dijo: busca de Dios, encontrarás en él la paz que necesitas para salir, no del encierro, pero sí de tu propia prisión; en esos momentos me levanté exaltado buscando quién me hablara, pero finalmente estaba como siempre solo.

Desde la celda escuchaba las alabanzas los salmos y las sagradas palabras en boca de una musa de inspiración que decidí salir de mi encierro y allí estaba ella: una mujer hermosa con abundante cabellera, parecía una palmera, ojos grandes luminosos que le daban luz a mi tristeza y acompañaba a mi soledad; la vi como un regalo enviado por Dios. Desde aquel día la soñaba, la extrañaba. Su mirada era tan penetrante que se convirtió en mi amor platónico en silencio, ella alegraba mis días; cuando no la veía, enmudecía mis momentos y me aislaba en mis recuerdos. Nos enseñó a expresar lo que sentíamos y cómo lo sentíamos en el momento preciso; pero verla, escucharla y sentirla iniciaron en mi cuerpo una fuerte fusión que aceleraba mi corazón y lo hacía latir tan fuerte que me daba pena con mis amigos de causa que descubrieran todo lo que me despertaba ella.

Nunca había soñado con Erick, pero sucedió algo muy extraño, una mañana mientras me bañaba sentí un escalofrío que estremeció mi cuerpo y frente al espejo vi un rayo de luz tan puro que no sentí miedo, al oír la voz supe que era mi hermano Erick. Fue tanta la emoción que lloré, lloré y lloré, y mi corazón descansó, sentí paz y tranquilidad a la vez.

A la hora de clases todo en mí se iluminó, verla con su cabellera expuesta al viento, su cuerpo de sirena y sus hermosos ojos con una mirada tierna expresiva y coqueta, así era ella.

La verdad yo era de poco escribir, pero al conocerla todo en mí cambió. Ya no cabía en mí la amargura, la rabia ni el rencor; ella despertó en mí las ganas de volver a llorar, sanar y perdonar, tanto, que un día antes de ir a comer levanté el teléfono y llamé a mi madre para pedirle perdón y que iniciáramos de nuevo porque ya era mucho tiempo sin su amor y consejos. Ella solo exclamó ¡hijo mío!, la distancia sanó mis heridas y hoy tu hermano y tu padre felices están. Ese día la comida, que a pesar de no ser como una cena en Nochebuena, en ese momento se convirtió en el mejor manjar.

En horas de la tarde en la fila para el conteo, un amigo de aquel hombre culpable de la muerte de mi hermano se me acercó, me miró con ojos de furia y me dio un golpe tan fuerte que en esos momentos solo recordé las palabras de Erick, el llanto de mi madre y el amor que había nacido por la profesora. Solo levanté mis ojos al cielo y como el fuerte rayo del sol que nos quemaba a los dos lloré, sané y perdoné.

Lo único que me queda inconcluso de esta historia es que solo pude rosar sus labios sin una respuesta y acaricié su mano sin sentir su presencia.

EL PRESO INOCENTE

Joaquín Orlando Ruíz Mena



Hubo una vez un taxista, que iba trabajando por la ciudad, ya que había laborado hasta el mediodía. Cuando se dirigía a su casa a almorzar vio que venía el dueño del taxi con la policía, los cuales lo pararon y decidieron plantearle. ¿Por qué lo detenían? Les preguntó que era lo que pasaba. Él pensó que el dueño del taxi había tenido algún problema, pero resultó y aconteció que el problema era con él. Él les preguntó que pasaba y ellos contestaron inmediatamente que los acompañara hacia la estación de policía. En el transcurso del camino le iban contando lo que sucedía y por qué lo detenían. Le dijeron que estaba acusado de un asesinato y que era la persona sospechosa en el momento. Cuando llegaron a la inspección de policía ahí lo interrogaron y le tomaron su indagatoria, también le hicieron un reconocimiento en fila, lo cual, argumenta él, que salió negativo. Ese reconocimiento nunca lo hicieron bajo la supervisión de un abogado, lo cual fue injusto porque de todas maneras él no tenía nada que ver y fue privado de su libertad; fue trasladado a la cárcel. Esto fue muy difícil para él porque nunca había estado en una.

Siguió el proceso y las investigaciones de la fiscalía que querían inculpar al taxista que no tenía nada que ver con el homicidio. Él decía que nunca había participado en dicho hecho.

Transcurrió el tiempo, audiencias le hacían y él siempre se declaraba inocente de los cargos que le inculcaban, pero la fiscalía estaba ahí chuzando para que el taxista lo declararan culpable de los cargos que se le implicaban. Bueno, pasó el tiempo, los meses y la fiscalía seguía empeñada en hundir penalmente al taxista.

El abogado lo defendía constantemente y se dio cuenta que la fiscalía no estaba realizando ninguna investigación, mentían y querían encontrar un culpable donde no lo había porque el taxista decía que nunca tuvo que ver

con el asesinato hasta que llegó el día de la última audiencia donde, con la ayuda de Dios, el abogado y algunas personas, lograron ubicar a un testigo clave en este caso que se presentó a la audiencia y se pudo aclarar el caso.

Se dieron cuenta que dicho taxista nunca tuvo vínculo con este caso y fue declarado inocente de los cargos que se le acusaban. Por eso, en este relato, señores de la fiscalía, tengan en cuenta que hay muchas personas privadas de la libertad por culpa de ustedes, porque a veces no hacen una investigación y quieren encontrar un culpable donde no lo hay.

MI FAMILIA

José Julián Molano Daza



Esta historia inicia en un pueblo al sur del departamento del Cauca fundado y bautizado con el nombre de Bolívar, ubicado el medio de la cordillera occidental, adornado por sus grandes protuberancias tapizadas por los más maravillosos colores que la naturaleza puede parir. En este pueblo, de calles tan inclinadas como si fuesen a alcanzar las nubes, se forjaba en el seno de una maravillosa familia un amor de esos que hoy en día son tan difíciles de encontrar. En este hogar humilde nació el 23 de diciembre de 1961 el cuarto de los hermanos y único hijo varón de esta familia, al que decidieron formar Gerardo Molano y Beatriz Guerrero.

José Vicente Molano Guerrero, con este nombre fue bautizado el nuevo integrante de la familia ante la presencia de Dios pues nació en una familia católica, bastante religiosa. La niñez de ese jovencito transcurrió de una manera muy sana en este pequeño pueblo donde se educó en una parte de su juventud, creó relaciones con otros niños de ese mismo pueblo, transcurriendo su niñez de manera tranquila y normal, como puede ser la de cualquier niño de su edad.

Cierto día, la familia, integrada por los dos padres y los cinco hermanos -pues después de él nació otro retoño del amor de esa pareja-, decidieron salir de este pueblo, que había sido su hogar durante muchos años, debido a las ganas de progresar de los hijos mayores de esa familia, pues en Bolívar, a pesar de ser un bello pueblo, las oportunidades de poder progresar o lograr sus sueños era muy escasas. Esta familia llega a un pueblo del mismo departamento del Cauca conocido con el nombre de Puerto Tejada, hermoso pueblo del norte del Cauca, atravesado por dos grandes afluentes: el río Paila y el río Palo; pueblo habitado en su gran parte por la población afro, caracterizada por su personalidad alegre, humilde y servicial. Por su gran ubicación y debido a su clima se pueden encontrar en él gran

diversidad tanto arbórea como animal. En uno de los hogares de este cálido y amable pueblo habitaba una familia formada por Hernando Daza Bermúdez y Olga Benítez Collazos. En el seno de este hogar se criaban cuatro jóvenes: tres mujeres y un hombre. Una de las tres mujeres, la segunda, que fue dada a luz el 22 de abril de 1965 y bautizada por el nombre de Janeth Daza Benítez, era una morena muy hermosa que se crió y se educó en este mismo pueblo. Llegó un día en que ya siendo joven José Vicente Moreno Guerrero y Yaneth Daza Benítez, unos jóvenes a quienes se les despertaron los deseos de amar como es común en todos los seres humanos, decidieron un día conocerse y después de ello establecer una relación formal la cual con el pasar del tiempo decidieron establecer sus vínculos matrimoniales ante los ojos de Dios, llevando consigo en su vientre el fruto de ese amor: Paula Andrea Molano Daza, siendo ella la mayor de cinco hermanos, pues igual que ella nacieron cuatro más Claudia Lorena Molano, José Julián Molano Daza, Ana María Molano Daza y Juan José Molano Daza. Cinco hermanos que fueron educados y criados en el seno de este hogar.

Durante su crianza, como en cualquier hogar cristiano, hubo momentos de alegrías y tristezas, pero el amor motivó a que estos maravillosos padres se las arreglaran para poder saciar todas las necesidades de dicho hogar pues el padre a pronta edad de los 19 años pudo establecer su vida laboral en un empleo brindado por el Estado, prestando sus servicios en juzgado de la rama judicial. Mientras tanto, la madre de esa familia tenía un empleo que corría de su cuenta, vendiendo adornos para el hogar y dando clases de pintura en artículos de cerámica.

Mientras los padres trabajaban los niños quedaban al cuidado de sus abuelos maternos que con gran empeño y amor trataban de hacer lo mejor.

La vida de los niños transcurría dentro de lo normal como niños se divertían, asistían al colegio para instruirse.

Pasaron los años y con ellos los jóvenes crecieron entre ellos José Julián Molano Daza, un joven lleno de vida y de buenos pensamientos con ganas de cumplir muchos sueños y metas. A los seis años sus padres lo matricularon en una escuela de primaria donde inició su vida de estudiante para adquirir conocimientos a futuro. Disfrutaba estar en la escuela, pues jugaba con sus compañeros mientras aprendía, además que le agradaba a su profesora; a veces, cuando no quería hacer las tareas del colegio, arrancaba las hojas de los cuadernos y decía que no le habían dejado tareas.

En ocasiones se sentía muy solo pues a pesar de que sus padres estaban vivos y vivían juntos no pasaban mucho tiempo con él ni con sus hermanos,

pues en los días que descansaban se ausentaban, pues su padre tenía problemas de alcohol y su madre se iba para donde una amiga, dejando a los niños nuevamente con sus abuelos.

Pasaron los años y este joven entró en la edad de la pubertad, una edad en la que los jóvenes quieren comerse el mundo, comenzó a descubrir nuevas emociones a sentirse atraído por mujeres de su misma edad, salía a discotecas y a fiestas que hacían sus amigos y lastimosamente comenzó a consumir licor.

Con esfuerzo sus padres podían costear los estudios de sus dos hermanos mayores y el de él; iba a la universidad y cumplía con sus obligaciones, sin embargo continuaba en el círculo vicioso de los placeres del alcohol. Con el tiempo terminó su carrera universitaria, obteniendo el título de ingeniero industrial. Con dicha carrera esperaba abrir un camino laboral muy extenso. Tenía una novia muy bonita como es característica de las mujeres antioqueñas, una paísa que con su voz armonizaba cualquier lugar que con el inframundo pueda ser comparado, tenían planes de formar un hogar. Pero muy dentro de él se encontraba esa otra parte de él que quería resaltar su vida pecaminosa, encontrando en su camino a una muchacha menor que con su belleza lo sedujo, olvidando así aquella otra mujer que era protagonista de tanta felicidad de su vida.

Esa relación con esa nueva mujer trajo con el tiempo el fruto de aquel amor; nació una hermosa niña llamada Ana Sofía Molano Piedrahita. debió reconocer que al principio no aceptaba que esa criatura que esperaba aquella mujer no era hija de él pues era consciente que la madre de esa bebé tenía su pareja, sin embargo, la madre insistía que el padre era él. Pasaron los meses de gestación y la joven dio a luz a esta linda criatura que al nacer se convirtió en la luz de los ojos de ese joven despertando en él el más profundo sentimiento de amor. Decidió brindarle un hogar a la bebé y formalizó su relación con Katy Michelle Piedrahita Velázquez brindándole así un hogar a la criatura que había llegado a iluminar su vida pues sus rasgos y certezas con la que su abuela Janeth, o sea la madre del joven Julián, aceptó que sí era su nieta, no dejó lugar a duda en su corazón de su paternidad, además del sentimiento tan profundo que experimentó al tenerla en sus brazos.

Compartían sus vidas en pro del bienestar del nuevo ser que el fruto de su amor había concebido, sin embargo José Julián seguía frecuentando sus amistades, los cuales solo aprovechaban el tiempo libre para embriagarse y pues con esa situación los problemas no se dejaron de esperar. Él era muy

responsable, a su nueva familia no le hacía falta nada, pero olvidó la tristeza que ocasionaba por estar consumiendo alcohol, repitiendo prácticamente la misma historia. Unos años más adelante consiguieron otro bebé, esta vez un varón, Martín Molano Piedrahita, quién trajo nuevamente una gran felicidad y júbilo a sus vidas. Al nacer este niño, José Julián decide hacer un alto en su vida y disminuir el ritmo de vida a los excesos y entregarse a su familia, a estar pendiente mucho más de ellos, pues fue un sentimiento que nunca había experimentado a pesar de que en algunas ocasiones compartía con sus amigos ya no se apartaba de su familia.

Pero como era de esperarse, Katy guardaba mucho rencor en su corazón por el comportamiento inaceptable de su pareja en el pasado. Comenzaron los disgustos y las peleas, hasta tal punto de perderse el respeto por completo; la situación se volvió muy tediosa pues no había un día donde no hubiera discusiones. Hasta que un día la discusión fue tan fuerte que la madre decidió irse y dejar los dos niños de seis y tres años de edad con su padre. Fue muy triste pues José Julián, a pesar de los conflictos, amaba a la madre de sus hijos, pero no fue posible recuperar su amor. José Julián continuó con sus dos hijos adelante ya que contaba con el maravilloso apoyo de sus padres y de sus hermanos para la crianza y atención de sus hijos. Trabajaba conduciendo su vehículo, transportando personas, y eso lo apasionaba pues en muchas ocasiones conoció muchos lugares mientras ganaba dinero para mantener a su familia.

ANSIOSO POR SALIR AL RECREO... NO VEÍA LA HORA

Ronald Fabián Reyes



Había una vez un joven que le decían Pepe que estudiaba en una escuela Manuela Beltrán, le gustaba mucho jugar fútbol y era muy ansioso por salir al recreo, no veía la hora de que fueran las 10:30 para salir a jugar. Había una profesora llamada Esther Ligia.

Esther Ligia era muy gruñona para expresarse y una vez en clases me vio que estaba dibujando, se acercó y me arrancó la hoja del cuaderno y me la puso en la boca y me dijo que la clase no era de dibujo, que le pusiera atención al tablero; gruñona y todo, era una excelente persona que me enseñó a restar y sumar etcétera.

En tercer grado, yo con 10 años de edad, nada me preocupaba, solo estudiaba y jugaba fútbol; era un niño muy consentido por mi mamá. Era muy respetuoso y muy silencioso, casi no me gustaba hablar hasta que ya conocía a la persona. Soy muy orgulloso y muy correcto en las cosas.

Estaba en cuarto año, cuando sucedió una circunstancia con mi mamá que me marcó a querer salir adelante pero cada vez que me caigo o siento que no logro el corazón se me pone negro, frío. Siempre he tenido a mi familia desde niño y por ellos sigo intentando hacer las cosas bien, aunque a veces me salga mal.

Moraleja: el que es malo, algo bonito carga adentro y que a veces el destino no nos deja salir de ese camino.

Desafortunadamente me olvidé de los consejos de mi profesora gruñona, sus gritos creyendo que eran ganas de molestar... todo pensaba, menos que era por mi propio bien.

Me junté con las personas menos indicadas. Esos amigos que son amigos en las buenas y te hacían creer que en las malas también, cuando la realidad es otra.

Había llegado a mi casa después de estar jugando toda la mañana, no fui a estudiar.

Qué dolor de cabeza no haberme soportado los coscorriones de mi profe y haber acompañado a mi hermano a la escuela haciendo caso a mi supuesto amigo que me convenció de no ir a clases e irnos a jugar fútbol. Allí comienza mi tragedia.

Lo acompañé a una supuesta vuelta y cuando íbamos saliendo nos dieron tremendas ráfagas de balas que dos de esas balas atravesaron el corazón de mi hermano. Yo no sabía si correr o ayudarlo; cuando me di cuenta ya estaba esposado, fue lo más terrible que pudo haber pasado. Ya estoy aquí en el centro penitenciario, donde he tenido todo el tiempo de reflexionar por mis absurdos caprichos y no escuchar a las personas que siempre quisieron el bien para mí.

El 9 de octubre tuve la oportunidad de conocer a la profe Adriana, una mujer profesional que con sus consejos siempre me ha orientado a no dudar de lo importante y valioso que soy; a pesar de conocerla poco siento que he aprendido muchas cosas porque me estoy preparando para cuando salga de este lugar que, aunque tiene sus cosas malas, se preocupa porque aprendamos cosas nuevas y positivas; hablo poco porque desde niño siempre he sido así, pero no puedo olvidar que mi niñez no fue fácil. Tuve una madre buena pero con muchas dificultades. Pobres, muy pobres, tan pobres que si desayunábamos a veces no había almuerzo y, en fin, ya se podrán imaginar mis tristezas. Ahora he tenido tiempo también para recordar la triste historia cuando ya iba a cumplir un año de antigüedad, cuando estoy prestando centinela con mis compañeros de fila. Éramos siete, a veces los últimos puestos nos reuníamos a chatear y a esperar que pasaran esas tres horas. Entonces estaba ahí con cuatro compañeros, faltaban 20 minutos para saltar el turno. Cada uno coge para su puesto de centinela; mis compañeros González, Realpe y mi persona prestábamos cerca, cuando Realpe dice: escuché un ruido. Y le decimos, vaya vea. Él coge, carga el fusil, se acerca y dispara. Cuando ve bien, era un compañero que se acercaba pero tenía los audífonos puestos, no escuchó el santo y seña y lo mató. Al compañero lo llevamos a enfermería. El cabo nada más preguntaba que dónde estaba el fusil. Ese día me di cuenta que el fusil era más importante que el soldado.

SUEÑOS ROTOS

Juan David Orozco Betancur



Soy Robinson, un chico de 16 años y les contaré mi historia. Tuve una infancia de momentos bonitos, especiales y tristes. De ir a los paseos de ollas tiznadas a orillas de río Guengue donde me crie al lado de mi abuela la Pola. En el río jugaba al escondite, a la lleva y al pescado loco; así era mi día a día después de salir de estudiar. Nada cambiaba.

Este río era mi segundo hogar donde compartía con parches bacanos. Veía una niña con grandes ojos y labios húmedos como la noche. Me enamoró a primera vista; un día, ella con una hermosa sonrisa en sus labios rojos, me dijo: tú también eres parte de mí.

Llegaron a mi barrio a vivir tres jóvenes de quince, dieciocho y veintidós años, pero era poco lo que acostumbraban a compartir, solo eran ellos, hasta que me vieron en el parque con Leila, el amor de mi vida; se acercaron y nos propusieron hacernos amigos y desde ese momento salíamos los cuatro a comer, al río y al parque. Yo era un estudiante un tanto bueno, pero por mi abuela me esforzaba por responder, y Leila, que siempre me ayudaba para no faltar a clases con las tareas.

Jugaba muy bien al fútbol, era mi mayor pasión, como la de muchos otros jóvenes que soñaban con ser un Messi. Lo daba todo; me rompía el lomo en la cancha y en los entrenamientos para que mi abuelita Pola y Leila se sintieran orgullosas de mí; pero una noche que no escuché los sabios consejos de mi abuela y de Leila toda mi vida cambió. Durante el entrenamiento fui valorado por un hombre extranjero que le dijo a mi entrenador “lo quiero en mi equipo”, en ese momento solo alcé mis ojos al cielo y agradecí a Dios por cumplir mis sueños de regalar a mi abuela su casa de grandes jardines.

Pola, como siempre con sus palabras llenas de sabiduría peinando su larga cabellera y frente a su espejo me dijo: esos tres muchachos serán tu

perdición. Leila solo agachó su mirada y entre susurros me dijo: yo te lo dije. Me enojé mucho. Salí como un loco azotando la puerta y corrí hacia el parque donde estaban los tres jóvenes degustando una fría cerveza. Al llegar hasta ellos, en coro preguntaron: ¿te sucede algo amigo? En ese instante recordé las palabras de mi abuela Pola y los susurros de Leila, pero aun así preferí quedarme allí hasta tarde de la noche. Estando allí sentados en el parque se acercaron dos tipos en una moto y sin mediar palabras asesinaron a los tres jóvenes y el asesino me obligó a tomar el arma mientras huían perdiéndose en el largo camino al pueblo. De inmediato pedí ayuda, grité, pero con los nervios alterados no me acordaba del arma en mis manos. Justo cuando iba a cruzar la calle para llamar una ambulancia, llegó la policía y me llevó preso por asesinar a tres jóvenes. En medio de la captura el policía me dijo que eran buscados por haber asesinado a una familia, violar y hurtar sus pertenencias.

Pude hacer una llamada, afortunadamente mi abuela Pola estaba con Leila esperando a que yo apareciera como todos los días. Solo les pude pedir perdón por no escuchar sus consejos y colgué. Fui llevado al centro penitenciario de máxima seguridad de la ciudad de Jamundí donde el ser preso nuevo era ser carnada de los peces gordos. Allí aprendí a valorar la vida, el amor por la familia, el amor verdadero, el agua, la crema de dientes, la ropa, el cepillo, la colonia, el jabón, porque si uno se descuidaba un segundo, perdía todo incluso la vida.

Me hice un hombre responsable, justo, humilde y educado. Terminé mi bachillerato, me gradúe como uno de los mejores estudiantes. Ese día lloré al ver que a mis compañeros los acompañaban sus familiares y a mí solo Dios. Eso fue desgarrador. Bueno, todo no fue tan malo, acá me hice amigo de Farahón y Salcedo, dos viejos sabios que siempre me recordaban a mi abuela Pola. Así pasaron cinco años de los 20 años que me dieron por un delito que nunca cometí pero que fue parte de mi aprendizaje.

Al centro llegó una invitación para participar en un campeonato nacional de fútbol, eso me hizo tan feliz que decidí participar. Allí vi de nuevo al hombre que me quería en su equipo y me acerqué para decirle que era ese mismo joven y lo único que dijo fue: “no quiero delincuentes en mi equipo”. Eso me rompió tanto el corazón que corrí a la celda y pensé en quitarme la vida en un grito silencioso. Justo en ese momento se prendió la televisión de manera misteriosa y habló un pastor diciendo: “Dios nunca olvida a sus hijos, él no les da lo que quieren sino lo que ellos necesitan”. Ese día comprendí que las cosas valen por pequeñas que estas sean.

Me dieron la carta de libertad al día siguiente y al estar en la puerta principal no sabía que iba a hacer con mi vida, pero llegó un auto y se detuvo alguien. Bajó el vidrio de la ventana del copiloto y era mi abuela y Leila, el gran amor de mi vida. Lloré como un niño sin su juguete preferido y corrí a los brazos de mis dos amores y pedí de nuevo su perdón; mi abuela solo dijo, Dios nunca nos abandona y nosotras nunca lo hicimos, orábamos todos los días y él escuchó nuestros ruegos.

Al llegar a casa sentí nacer de nuevo, volví a ser un niño y un joven feliz.

Hoy no soy el futbolista profesional que soñé, pero soy un nuevo ser y eso valor no tiene. Dios siempre está con nosotros y los que se apartan de él somos nosotros. Cuatro paredes no son un límite, ni una barrera, son más bien la mejor carrera de vida para crecer. El mejor gol de este juego no llegó a la malla de la cancha, pero sí llegó al centro de mi nuevo ser. Hoy en libertad le hice gol a la maldad.

CALDAS



ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE RIOSUCIO

Directora del Taller:
Luisa María Gutiérrez Restrepo

VIAJE A MI NIÑEZ

Juan Carlos Arcila Vélez



Mi nombre es Juan Carlos Arcila Vélez y me encuentro privado de la libertad. A mi alrededor encuentro mucha gente sumida en el llanto y en sus pensamientos. Los colores de las paredes que me abriga reflejan tranquilidad y reflexión entre el blanco y azul que las cubre. Cada domingo espero con ansias la llegada de mi señora madre que viene a visitarme para abrazarme y llenarme de emoción cuando posa en mí un beso en la mejilla. Esa caricia con sus labios sirve para aliviar el dolor físico que siento tras estas rejas, y me permite pensar en salir adelante gracias a la oportunidad que Dios me da, pues es una celda el lugar donde derramo mis lágrimas cargadas de soledad, donde abro mi corazón a los cielos porque sé que mi estadía es pasajera, porque tendré muchos pasos firmes para avistar un futuro mejor, porque sé que las esperanzas siempre están de mi lado y así sonreírle a la vida, porque sé que cuando estas rejas sean abiertas seré una persona que valora a su familia y a la sociedad, porque nunca es tarde para empezar otra vez; pues, el momento de regalar una flor, es mientras estamos vivos para no entregar un ramo cuando mueran.

Es aquí, en mi celda, donde regresan a mi memoria los recuerdos de mi infancia, el amor de los abuelos que me dieron la crianza, la educación y apoyo en mis estudios. A este niño le pondremos por nombre Juancito: soy un niño monito, a quien le encanta jugar con el balón y al escondite con sus amigos, voy a la escuela en las mañanas y en las tardes paso con mis abuelos en una humilde casita rodeada de hierba y muchos animales y donde el paisaje regala el aire fresco de sus montañas. Me recuerdo como un niño obediente, que llevaba consejos para salir adelante, deseaba que llegara el día de descanso para sumergirme en el mundo de las caricaturas y observar detalladamente los paisajes coloridos de los pitufos, la fuerza descomunal de Popeye que me enseñaba que debía comer mis espinacas

para ser igual que él. Es en este frío lugar cuando vuelvo a añorar mi niñez, me parece estar viendo a mi abuela cocinar con la dulzura que su sazón tenía. El calentado de por las mañanas acompañado de una buena arepa, chocolate y el buñuelo que le migaba para comerlo mientras aún estuviera caliente. Luego, acompañaba a mi abuela a trillar el maíz para las gallinas y por supuesto a jugar con el perrito que era mi fiel compañía. ¡Soy tan feliz como un niño! No sé qué son los problemas de la gente grande, mi única dificultad consiste en elegir el juego del día con mi colección de carritos pequeños, en pensar el sabor de la mermelada del helado que comíamos los fines de semana en el parque del pueblo, reírme con las payasadas de los chicos que allí había y esperar el momento para poder ir donde mi amigo Alexander y montar patineta.

Es la finca mi refugio y al igual que a mí, a ella la abraza la brisa fresca de las mañanas que se extiende por los árboles, donde el sonido de la cascada que quedaba detrás de la casa servía de arrullo para las noches, en la que los pajaritos encontraban abrigo y así poder llevar el néctar de las frutas a sus polluelos. Es la casa de mi infancia donde se detienen mis recuerdos: los dibujos de las mariposas en sus alas, quienes coquetas se asentaban en los pétalos de las rosas que adornaban el camino veredal, los días de pesca con mi abuelo en la quebrada, las ranas que de un salto llegaban a la otra orilla, las guayabas, las mandarinas y las guamas que recogía con astucia de araña cada que me trepaba a los árboles. Pero, son las noches y su silencio el momento en que más alegría siento, la tranquilidad de mi mente en la que nada había por perturbar, cuando invito a mis abuelos a escuchar el sonido de los cocuyos y ver a lo lejos las luces del pueblo, las estrellas que cubrían nuestra finca y la escarcha que de vez en cuando nos besaba la frente con tal brillo desde el cielo.

No obstante, sé que no me encuentro en esa finca, que me he convertido en un adulto, que Salamina, Caldas, hace parte de mi dulce infancia y es eso lo que ahora pretendo enseñar a mis hijos, pues me he convertido en un hombre de hogar, que sabe que la humildad es la mayor virtud a alcanzar, respetar al prójimo y a la sociedad. Sé que cuando salga de aquí seré un hombre que abrazará la vida al besar a su esposa y ver crecer a sus hijos, disfrutar de los domingos en la casa, ver una película y sentir la mayor alegría de tener una buena vida.

CAMINO AL MAR

Alejandro Orrego



Los primeros días del mes de enero del año 2022 se encontraba Alejo y su grupo de amigos camino al mar en un viaje inesperado para él. Pues, cuando lo invitaron se encontraba trabajando y las únicas palabras que escuchó al otro lado de la línea fueron “Aliste sus maletas que esta noche nos vamos para el mar”. Llegada la noche, agarró su maleta, cogió la moto y arrancó sin conocer ni la vía, ni el camino, únicamente iba guiado por su celular. Era la una de la madrugada cuando comenzó a subir una pendiente en la que la neblina y la vía complicaba el transcurso, durante el camino la neblina disminuía y aumentaba lo que hacía difícil el trayecto. Por fin salió el sol y la visibilidad mejoró, lo que permitió que el viaje rindiera mucho más y después de 12 horas por fin llegó a Cartagena para reunirse con sus amigos. Comieron juntos y cuando cayó la noche se dirigieron hacia Barú, una isla que queda en dicha ciudad. Allí pasaron la noche en un hotel que quedaba frente al mar, para poder contemplar la belleza de la noche.

El descanso evidentemente era necesario, pero al otro día con toda la energía recargada se levantaron muy temprano para salir del hotel e ir a desayunar, lo que daría paso a disfrutar de las actividades recreativas que ofrecían como montar jet ski, la dona y el gusano, entre otras atracciones que activaban la adrenalina. Lo primero que llamó su atención fue la dona, un flotador enorme con agarraderas, que amarrado a una lancha hacía movimientos bruscos para que la persona que iba en ella se cayera. La adrenalina que sintió Alejo fue impresionante porque no sabía nadar y en el momento en que se soltó se sintió enormemente asustado, afortunadamente logró sostenerse de uno de los lados del flotador y no pasó a mayores. Alejo se sentía invencible, pues si ya había logrado salir a salvo de la dona, lo haría del jet ski y no se equivocaba porque le gustó mucho más. Cuando terminó la mañana, Alejo y sus amigos se fueron para el hotel a almorzar

y así planear el viaje para Santa Marta esa misma noche, y aunque fue una vía difícil por el clima lograron llegar a conocer las playas de Taganga y El Rodadero. Pasaron la noche allí y al otro día comenzaron nuevamente su viaje de regreso hacia Medellín, su ciudad natal, el camino asombraba a Alejo y sus acompañantes pues entraron a conocer otros lugares que quedaban de paso tales como: Valledupar, Barrancabermeja, y otras ciudades que lo dejaron encantado.

Ese viaje para Alejo fue bastante importante porque lo llevó a enfrentar adversidades que no pensó pudiera sobrellevar. Dos años después, Alejo sigue siendo una persona carismática, alegre y siempre positivo a pesar de las adversidades. Es un hombre humilde que siempre está para su familia y amigos, no le gusta la envidia ni el menosprecio. Por el contrario, le gusta que todos estén bien, sin embargo, ha cometido sus errores y debido a ellos en este momento se encuentra privado de la libertad, cumpliendo con unas de las condenas más largas de la prisión en la que se encuentra. Pero no se desanima, por el contrario, día a día quiere mejorar la persona que una vez entró a prisión y por eso entrena su cuerpo día a día, alimenta su mente con estudio y aprendizaje para que cuando llegue el día tan anhelado, el día de su libertad, pueda empezar desde cero pero esta vez haciendo las cosas bien, ya que el tiempo que lleva en prisión lo toma como una enseñanza de la vida donde aprendió que no se trata solo de fiesta y diversión, porque en los momentos felices están todos, pero en los malos ¿Quién? Solo la familia y las personas a quienes realmente importas y gracias a esta enseñanza, él los quiere recompensar brindándoles una nueva versión de él, siendo un hombre que cumple sus metas y sus sueños, que se supera día a día y sólo piensa en progresar.

LA AMBICIÓN DE LOS SUEÑOS

Hernán Nastor Luna



Hernán Nastor Luna es el nombre del personaje que contará esta historia, proviene de un lugar lejano del que se encuentra actualmente, específicamente del Valle del Guamez, un corregimiento de La Hormiga en el departamento del Putumayo. Un lugar mágico por la amplia variedad que tiene en su biodiversidad, su fauna y su gente. En este lugar vivió sus primeros cuatro años de infancia, sin embargo, un suceso que marcaría su vida lo obligó a abandonar su terruño. Corría el año 2001, el país vivía sumergido en una ola de violencia que se hacía mas fuerte en los departamentos alejados del centro del país, donde grupos armados y al margen de la ley guiaban los parámetros cívicos de los habitantes del departamento, entre ellos los cultivos ilícitos. Su padre, un hombre trabajador, fue secuestrado por los paramilitares durante dos meses, que para su familia parecieron años. La amenaza era latente y en el momento de su liberación fueron muy enfáticos en decir que no podría quedarse a vivir en el lugar que habitaba y es así como Hernán y su familia, con el único fin de salvaguardar sus vidas llegan al departamento del Cauca, lugar en el que la tranquilidad vuelve, y viven los años mas felices de sus vidas. Es así como el protagonista de esta historia vive su infancia y adolescencia de manera plena, ya que el campo se convirtió en su hogar, naciendo así su amor por los animales. Este amor fue fomentado por sus padres, quienes también tenían una conexión profunda con ellos. Hernán cada vez crece más y se convierte en un joven feliz, quien a los 16 años culmina su bachillerato. Con el afecto que sentía por los animales decide convertirse en un excelente veterinario de la Universidad Antonio Nariño. En este lugar aprendió las cosas más importantes de su vida y fue así como a este personaje le llega su punto de quiebre, pues,

Hernán decide dedicarse a la crianza, manejo y reproducción de Caballos Criollos Colombianos (CCC). La emoción de emprender, de tener un lugar apto para sus animales le circulaba por todo su cuerpo, sus padres lo apoyaron incondicionalmente y es así como nace el criadero Nestor. Un paraíso que para Hernán era su vida. Dos hectáreas era el espacio en el que él vivía su sueño y salía adelante con su familia, pues para este personaje no había nada más apasionante y hermoso que un caballo, la sensación de seguridad, el respeto y la admiración hacia estos seres que tanto tienen para ofrecer, desde el solo olor permite que la tranquilidad llegue a quienes la buscan, el brillo y la mística que reflejan en sus ojos encuentran la picardía del brío que es tan propio de nuestro personaje. Cuando él se encontraba en su paraíso se sentía completo, realizado. Para Hernán, procurar el bienestar de sus animales era primordial, por lo tanto, buscó hacer pesebreras aptas para el cuidado de ellos, las construyó con ladrillo de orca con un tamaño 16 metros cuadrados para cada uno, lo que le permitió ubicar catorce caballos cómodamente. Su dedicación le permitió pensar en el pasillo central con un techo muy alto para controlar las corrientes de aire, propicias de un clima como el de Popayán, por algo llamado “Cielo roto”. Ahora, nuestro personaje recuerda con nostalgia su pequeño edén, y es él quien le permite motivarse y sacudirse para soportar lo que se encuentra viviendo en este momento y pensar en todas las cosas que aún le faltan por lograr, pues esos sueños que la ambición construyó todos los días le atormentan, maltratan y mortifican sus pensamientos cargados de incertidumbre, y aunque nada es para siempre y todo pasa, también es cierto que el tiempo no se detiene.

Los recuerdos todos los días le acompañan en su mente, añorando lo que dejó atrás, la ambición de querer terminar ese lugar inconcluso, lo encerró. Pensaba en lo que faltaba para las pesebreras, el coliseo y todo lo demás que mejorara el estado físico de los animales para poder ofrecer un buen entrenamiento. Hernán no veía que las cosas avanzaban y la meta cada vez era mas distante. Es así como tomó la decisión de hacer parte de la estructura del narcotráfico, puesto que sus problemas eran de plata y esa era la manera más rápida de conseguirla, gracias al mundo de los caballos y la ubicación geográfica no le era difícil entrar a hacer parte de ella.

Inicialmente todo fluyó muy bien en cuanto a la economía, las cosas mejoraron notablemente y todo avanzaba muy rápido, logró mejorar su paraíso, pero la condición humana nos hace querer más para hacernos susceptibles a la adrenalina de hacer algo prohibido. La insaciable búsqueda

y no conformarse con lo que ya se tiene, hizo que Hernán trasegara por un camino oscuro que tan solo trae desgracia, pues por lo general cuando se hace algo mal hecho las consecuencias son la muerte o la cárcel y es allí, en la segunda opción, donde nuestro amigo se encuentra actualmente. Fue capturado el 24 de mayo de 2024 en Supía, Caldas, exactamente en la Vía Panamericana, conocida como La Felisa. Él sabía que este suceso podría ocurrir, pero no pensó que sería ese día. Dos compañeros iban con Hernán hacia la ciudad de Medellín en un Chevrolet Aveo blanco, en él había una caleta repleta de droga, la confianza y la imprudencia los llevó a ser capturados, pues ellos, habían confiado en un amigo que los traicionó. Y aunque el paisaje en carretera no se veía distinto, las intenciones de la policía, que detuvo el carro en un retén, sí decían mucho de lo que venía a continuación. Les leyeron sus derechos e inmediatamente fueron trasladados al calabozo de Supía. Cinco días pasaron en esa celda, el piso pelado donde estaba durmiendo aporreaba su cuerpo y con anhelo observaba los barrotes que a lo lejos permitían ver cuando la gente pasaba por esa calle destapada llena de huecos. La sola idea de verse encerrado por más tiempo forjaba en él una gran angustia, veía a las personas en su vida tan normal transitar por allí y le recordaba lo que había perdido, sus ojos cafés se entremezclaban con la tierra de la carretera deseando ser él quien anduviera por ella. Este lugar en el que se hallaba lo lleva a su punto máximo de desesperación y piensa que, si existe el derecho a la vida, debe ir acompañado del derecho a la libertad; verse encerrado en un lugar tan estrecho húmedo y frío, con ese profundo olor a cañería, lo hacía ponerse nervioso y lo demostraba como lo hace un gato encerrado que va y viene en una pequeña habitación rectangular, la misma que en cinco pasos logras recorrer de un extremo al otro. En medio de la angustia y el temor, Hernán no sabía que ese día su vida cambiaría para siempre, eran tal vez las 10 de la mañana, aunque eso son solo suposiciones pues no había reloj, pero el sol ya empezaba a calentar, una voz femenina muy gruesa grita a lo lejos

—Póngase la camisa.

—Pero está mojada.

—No importa. Rápido, rápido. No tengo todo el día.

Velozmente Hernán se pone la camisa, pues era la única que poseía desde el momento de su captura, se para frente a la puerta de metal del calabozo junto a sus dos compañeros sorprendidos de la persona que portaba aquella voz. Era una mujer muy alta, de edad mediana, con un enterizo blanco y de mirada firme, con aire militar, una mirada penetrante e

interrogadora los señalaba. Se presentó como la directora de la cárcel de Ríosucio, Caldas, dijo que ella haría el traslado de Hernán y uno de los compañeros que se encontraba con él, pues sólo había dos cupos disponibles, el otro compañero debía esperar a que fuera llevado a otra penitenciaría. Los compañeros de Hernán y él se miraron atónitos sin saber qué podría pasar. Y es así como nuestro protagonista en cinco minutos tenía listo su cepillo de dientes y el jabón con el que se bañaba. Ambos amigos se despiden del tercer compañero que debía seguir esperando en ese hueco húmedo para poder ser llevado a otro lugar, se preguntaba si lo volvería a ver, cuál sería el destino al que la vida los dirigía esta vez. Hernán no lograba concentrarse, un auxiliar se acercó a la puerta y les puso las esposas, ambos suben a una camioneta Chevrolet Dimax de color blanco y verde, aquellas que habitualmente son usadas por la policía, ambos amigos son subidos en la parte trasera del vehículo junto a un auxiliar de tez morena y con acento costeño y en la parte delantera se encontraba el conductor, un sargento de la policía, y a su lado se encontraba la directora de la cárcel. En medio del desconocimiento y subiendo por una carretera escarpada pregunta Hernán si faltaba mucho para llegar, lo que fue respondido por aquel acento militar femenino con el mando de un

—Alítese que ya vamos a llegar.

Aprovechando que ya tenía su atención le pregunta por las condiciones en las que estaría, la directora con gran suspicacia mata sus ilusiones desdibujando el imaginario que Hernán tenía en la cabeza, pensaba que las cárceles colombianas para los que no tienen cuello blanco, serían como aquellas que se ven en la TV, un lugar con canchas, con zonas verdes, comedores independientes. Pobre Hernán, no sabía que la realidad era tan distinta, con la boca seca y un miedo terrible, escucha a la directora decir que habían llegado. Sudaba como caballo, la puerta de enfrente con un espejo que no permite ver hacia adentro, acrecentaba la incertidumbre, sin embargo, este lugar era pequeño, pues solo era un edificio de dos pisos.

La vida de Hernán, si bien ya había cambiado, en este lugar le cambiaría mucho más. Es allí donde ocurre un suceso que a sus 28 años ha impactado su forma de ver el mundo. Después de esperar más de media hora en la camioneta con un calor insoportable, se abre la puerta y un dragoneante del INPEC, un hombre de unos 50 años de edad, los recibe con una actitud amable y humana desde lo que su labor le permite. Registró los datos de los amigos y les asignó dormitorio. Es aquí donde Hernán quiere que posen toda su atención, cuando Hernán emprende a caminar entre los pasillos

comienza a escuchar las voces que gritaban ¡camarero! ¡camarero! Lo que significa dentro de la cárcel el nuevo, para él los gritos eran terribles sobre todo porque aún guardaba esperanza de encontrar un espacio agradable para él. Cuando intentaba ubicarse en las celdas tan angostas, los gritos de las demás personas lo obligaban a tener que moverse del lugar en el que creía podía hacerse. Con el corazón en la mano continúa buscando donde sentarse. Un hombre ya anciano, de cabello blanco, le gritaba: sale, sale, por aquí no es. Otros le gritaban: ¡camarón, por aquí no estorbe! Es así como Hernán, después de mucho buscar, encuentra un lugar en el suelo cerca al patio. Un espacio descubierta en el que el piso se encuentra sin baldosa, áspero y sucio, con el penetrante olor de la basura y la humedad. Esa esquina se convirtió en su nuevo hogar, pues era un lugar perfecto para él, ya que gracias a su tamaño podía acostarse perfectamente y mirar al cielo para ver las aves volar, pues son ellas las que le llevan a la libertad. Esperando a que el augurio sea cumplido, puesto que las personas que llevan mas tiempo allí dicen que cuando un gallinazo se posa en una edificación que se logra observar es porque alguien va a salir en libertad. Es así como Hernán cumple paciente el tiempo que allí le resta, piensa en su hogar, el cual extraña y anhela cada día, esperando que un día, desde esa esquina áspera y fría, llegue su gallinazo.

NOCHE DE AÑO NUEVO

Heriberto Cárdenas Martínez



Aquel extraño joven no es un muchacho común, con tan solo decir que cada detalle le marca un tono especial que pocas personas poseen. Es un chico diferente quien tiene por motivación principal a su familia, pero, antes de decir qué lo hace tan particular comenzaré con su nombre. Se llama Jairo pero de cariño en el barrio Lleras, de la comuna Cuatro de Buenaventura lo llaman “Chetico”. Su apariencia física sobresale donde quiera que vaya, mide 1.90, es un hombre que tiene un gran gusto por los tatuajes, de hecho, lleva su cuerpo lleno de ellos, le encanta los piercings y, a sus 30 años, logra ver todas las facetas que logra combinar con su estilo único al vestirse. Es un tipo con temperamento fuerte, rebelde, agresivo, perfeccionista y se hace notar donde quiera que vaya, también es un hombre sincero, amable y excelente persona. Cada día batalla con sus altibajos de ansiedad y aunque luche con ellos, nunca pierde su gran espíritu para salir adelante, lleva con él su resiliencia heredada de su amada madre, una mujer que ilumina todo con su gran sentido del humor para brillar con luz propia e iluminar a otro con esa incandescencia.

Desafortunadamente Chetico ha tomado malas decisiones desde su niñez, a causa de los sufrimientos que pasó. Intenta sanar sus heridas que por circunstancias complejas han dejado una marca para siempre en su vida. Mas también ha vivido cosas maravillosas como lo son su familia, compuesta por su madre, sus hermanos y su esposa. Y aunque orgulloso sabe aceptar sus errores con valentía y coraje cuando hay que hacerlo. La empatía es su mejor cualidad, ha tenido caídas y seguramente las tendrá, pero hace magia cuando toca fondo porque tiene alma de ave Fénix para levantarse de sus cenizas. Chetico ha pasado por eventos que muy pocas personas han vivido, pasando por hambres extremas hasta presenciar el momento en que le quitaron la vida a su padre y una parte de su familia

cuando tan solo tenía ocho años. A causa de la guerra, Chetico se ha visto obligado a vivir en el monte, en la selva, donde su madre y sus hermanos pequeños varias veces se vieron a punto de perder la vida. Sin embargo, él es evidencia fuerte sobre cómo sí se puede vivir con tantos golpes que el destino a veces tiene sobre algunos en medio del conflicto y no les permite ser una persona “normal”.

Este hombre tiene corazón de acero y es indestructible, lleva tatuado en él las guerras que ha ganado y que ganará porque nació para traspasar dimensiones de la vida, porque a pesar de que le tocó duro como pedir limosna y ver la muerte de frente, es un ser que se transforma cada día. Chetico nació un 24 de agosto y creció en Buenaventura, Valle, en un humilde barrio donde sus calles eran empedradas y la arena era levantada cuando el viento soplabá. En la esquina del barrio se ubicaba su casa, una construcción poco común en obra negra, y a la entrada aún sin terminar resaltaba el suelo en barro, una casa inmensa que contenía cinco habitaciones de las cuales dos de ellas eran ocupadas por sus padres y hermanos y las otras tres por sus tíos, primos y abuelos. La casa contaba con un patio trasero abierto donde Chetico iba a jugar con sus primos y sus hermanos. Recuerda la bulla de los pollos de engorde y los marranos que sus tíos tenían para la época de diciembre; sobresalía un enorme árbol de limones que también era visible desde las casas que había en el barrio. En la casa bonita del tío se deslizaba el olor a papachina y a la fruta que cocinaban cuando no había más para comer. La casa tenía al otro extremo un lote abandonado con unas columnas sin terminar, con varillas viejas y, diagonal a ella, la tienda popular del barrio donde el olor a cigarrillo, el amante vicio de su primo, se entremezclaba con los demás olores que variaban con el de leña quemada cuando no había con qué cocinar.

El barrio tenía un contexto pesado, todos los días el alboroto de la gente pasó a ser cotidiano pues las plomaceras eran el pan de cada día y el olor a sangre, que en ese diciembre se entremezclaba con el de la natilla y los buñuelos; con la música y el alboroto de un viejo equipo negro que transmitía el jolgorio de la fecha, las botellas de aguardiente hacían de decoración y las pacas de pólvora que compraba el vecino dueño de la tienda iluminaba el cielo gris con los colores de la pirotecnia, los rezos y los arrullos se escuchaban por todas partes al igual que los gritos de mi padre cuando llegaba borracho a agredir a mi madre. Llegó el 31 de diciembre, estaba cargado de riñas y peleas entre la multitud mientras mi padre sacaba el bulto de papas de la cocina que le compraba a la vieja morocha,

que todos los días cargaba el pescado seco mal oliente para la venta dentro de una ponchera que llevaba en su cabeza, con las gotas de sudor que de su frente caían a causa del calor y el arduo trabajo que ejercía. Durante el día la esperanza de un año nuevo comenzaba a emocionar y aquella canción colombiana que para todos es un himno cuando el año va a terminar sonaba repetidamente. Terminaba el año 2000 y al frente de la casa del tío de Chetico había un marrano muerto y un par de botellas de guaro, un par de cuchillos de su padre que servían de herramienta para organizar la carne. La gente bailaba, comían carne, chicharrón, tomaban guaro e iba cayendo la noche, con las estrellas asomándose por el cielo y las luces de colores reflejaban la alegría propia de la época. Colombia vs Paraguay se disputaban ese día en un partido amistoso que era visto en la casa de su tío y anunciaba la alegría de Colombia como ganador. La tensión se sentía en el ambiente y su padre reflejaba dicha sensación, cuando con insistencia frotaba su anillo de oro de 18 quilates, esperando que el narrador gritara que Colombia quedaría invicta. La emoción se hizo sentir aún más cuando el Himno Nacional entonaba las emisoras celebrando su triunfo. De la mano de la madre de Chetico salía su hermana, una niña de 10 años de edad, tímida, callada. En la esquina del barrio, bajo un árbol de guayaba, se avistaban más o menos ocho hombres altos con trajes negros, pasamontañas, botas campaneras de caucho, guantes, y en sus manos derechas tenían armas de alto calibre, tenían fija la mirada sobre la casa del tío de Jairo que se encontraba abierta de par en par. En un momento estos hombres se encontraban en dicha casa. Allí estaban Chetico, su padre, y los demás integrantes de su familia. Recuerda el estallido espeluznante de las ráfagas provenientes de las armas, llantos, gritos y lamentos entonaban la música que de fondo se escuchaba. Su madre y demás integrantes de la familia se encontraban arrodillados sobre el camino de piedras, gritaban inconsolablemente mientras los hombres reían sin parar, recuerda despertar de su inconciencia al lado de su padre muerto impactado con 18 balas en todo su cuerpo quedando agarrado de la oreja del pocillo que sostenía mientras el tiroteo. Su primo de 15 años, unos metros al fondo agonizaba recostado sobre la nevera vieja y su tío con tres impactos se encontraba en graves condiciones. La bulla fue opacada por los golpes que la madre de Chetico se profería mientras gritaba desconsolada su pérdida.

Esa noche la vida se convertía para él en un callejón sin salida, nubes negras cegaban su corazón y veía como la inocencia de su niñez se esfumaba, en medio de la guerra no puede negar que sus sentimientos se ahogaron

para siempre en el ruido de los proyectiles que formaron pesadillas perennes, siendo su alimento el odio, el rencor y la venganza, sentimientos por los que muchos niños pasan actualmente, donde su única preocupación debería ser poder empuñar un carrito o un avión de juguete. Es la escritura el refugio que Chetico encuentra entre las cuatro paredes que ahora habita, soñando un día salir de allí para continuar siendo el gran hombre que puede llegar a ser.

JHOAN

Jhoan Andrés Castaño



Esta es la historia de Jhoan, un joven de 18 años que vivía en el municipio de Marmato. Un pueblo en el que se vive mucha alegría y mucha fiesta ya que las condiciones económicas que brinda el lugar son amplias, porque es un pueblo minero y es una actividad en la que se ve mucha plata. Jhoan era un joven muy trabajador con muchos amigos, una gran familia y una hermosa novia que le brindaba estabilidad emocional al igual que mucha fuerza para salir adelante con todos sus problemas. Era un joven sano, sin ningún vicio, pues detestaba las drogas ya que cuando veía a sus amigos consumir y lo mal que los dejaba estas sustancias, prefería no caer en aquellas acciones. Jhoan es un hombre de piel morena creada por el sol, ojos cafés, pelo largo y un gran sentido del humor, gracias a su espíritu jovial y bromista estuvo rodeado de muchos amigos y alguna que otra novia; era un joven futbolista con una capacidad asombrosa para dominar el balón, lo que lo catalogó como uno de los mejores del pueblo. Ahora, sabe que pudo haber tenido un gran futuro en el deporte, pero sabe también que la falta de oportunidades lo llevaron a tener que trabajar en las minas de oro. Sus funciones consistían en sacar piedras, tirar pica y pala, además de arrastrar los coches del mineral para procesarlo y así sacar el oro.

Jhoan, al igual que casi toda la población de Marmato tenían predestinado su futuro: nacer, crecer y morir en las minas en busca de la suerte de sacar un poco de oro, pero, muy pocos corrían con la garantía de lograrlo. Como la mayoría de muchachos, Jhoan tenía una novia que lo apoyaba en todas sus locuras: Laura, una de las mujeres más hermosas de su pueblo, con un largo cabello negro, brillante, que le llegaba hasta las piernas, unos ojos azules como el cielo, con largas pestañas y cejas muy pobladas, de su espectacular sonrisa se desplegaba un aire de confianza que contagiaba dulzura y, para él, ella era su mundo y la razón por la cual cada día

Jhoan salía a su trabajo sin importar los riesgos con tal de tener dinero en su bolsillo para mantener bien organizado, darle detalles a su amor y salir a comer deliciosos manjares. Sabía que su recompensa sería la compañía de ella y los besos que alegraban su vida. Laura era su mundo, Laura era su amor. Aunque Jhoan tenía un temperamento fuerte, siempre lo caracterizaba su alegría, distintivo notable entre sus compañeros de trabajo, sus amigos y amigas.

Después de cumplir sus 18 años, exactamente tres meses, llegó la fatal noticia que comenzarían a desorganizar su vida, su estabilidad emocional, su seguridad, su cordura y su forma de pensar. Una tarde del mes de junio, la muerte encontró a su abuela, quien fue su mentora y consejera, quien le enseñó que a la vida hay que sonreírle en todo momento, apreciarla y gozársela pues “la vida es un momento”, tal y como lo decía la abuela. Abuela que lo levantó desde la edad de seis años, le dio estudio, un buen ejemplo de vida, valores, el respeto y el amor de familia, lo único que lo mantuvo recto como un hombre derecho. La muerte de su abuela sería una pérdida enorme y fue muy dura para Jhoan. Sin embargo, faltaba algo que lo dejaría con un dolor que marcaría su vida.

La relación con Laura comenzó con Jhoan desde los 16 años, y en el momento llevaban mas de dos años juntos y para él la pérdida de su abuela fue devastadora porque se había quedado solo. Su única compañera era Laura y la relación se encontraba como desde el primer día, nada había cambiado, se amaban mucho y soñaba con ella para el resto de su vida haciendo una familia. Mas, un día, Laura llega con una noticia que iba a cambiar el rumbo de los dos, ya que una oportunidad de estudio le había sido otorgada gracias a sus buenas notas, pues siempre había sido un ejemplo a seguir. Ella tenía una difícil decisión, pues de eso dependía su futuro. Si se quedaba con Jhoan sería la mujer de un minero, tendría hijos y sería esclava de la cocina; cosa que la asustaba bastante porque tenía como claro ejemplo a su madre, y no quería repetir la historia.

Un domingo por la mañana, Laura llama Jhoan para verse, el corazón se le aceleraba y comenzó a arreglarse para ir a su encuentro. Se puso su mejor vestido, se echó perfume, prendió su moto y salió al llamado de su amor. Cuando se encuentran, ella lo recibe con un fuerte abrazo y un gran beso y posteriormente un mar de llanto. Y cayendo lágrimas de sus ojos comienza a contarle sobre su decisión, quiere luchar por un mejor futuro para ella y para su familia y le pide que siga con ella, que a pesar de la distancia su relación podría funcionar. Jhoan con una infinita tristeza y

con dolor en su corazón al escuchar la noticia, con lágrimas en los ojos sale de aquella casa sin pronunciar ni una palabra. Prende su moto y sin mirar atrás, enneguecido por el dolor y la rabia, se va directo a un bar. Estando allí, se encuentra con unos amigos que no eran las mejores compañías, pero compartían desde la infancia dado que en el pueblo todos se conocen y comienzan a tomar hasta perder el conocimiento. En ese momento Jhoan se sentía bastante mal y un conocido le ofrece droga y la poca cordura que tenía, la sabiduría y el respeto, se perdieron. Desde esa noche comenzó a consumir frecuentemente de fiesta en fiesta y con ello el incremento en el consumo; la sensación de felicidad que le transmitía para él, era lo mejor hasta que llegó el día en que la vida le cambió por completo. Cometió un error que lo llevaría a la cárcel y que actualmente lo tiene pensando en los errores que ha cometido, reflexionando de la vida con gran dolor y esperando su futuro con miras en que todo va a cambiar.

CAMINOS RECORRIDOS

Héctor Lengua



Beto era un niño de la edad de diez años, vivía con su padre, su madre y una hermana. Un niño de ojos y pelo negro, delgado, moreno, de baja estatura y le gustaba mucho estudiar. Era muy juicioso: hacía las tareas y tenía todo en orden, le gustaba compartir mucho con sus compañeros y vivía en una vereda del corregimiento de San Lorenzo. Creció en el campo cuidando de las gallinas, caballos y vacas. Era alegre, recochero, que simpatizaba con cualquier persona que se topara en su camino. Venía de una generación humilde que le inculcaba buenos valores, como saludar siempre a las personas, ayudar a los mayores, aprender a escuchar y, sobre todo, ser atento con las personas ofreciéndoles un bocado de comida, una limonada, un café, una aguapanela o lo que hubiera en la casa. Le gustaba mucho la pesca y era muy feliz haciéndolo. Se iba con sus tíos, primos y amigos al río Cacho, Zancudo, la quebrada de Lomas, Buenavista, El Palmar, El pescado; al riachuelo de La Cabaña o al Agua Salada. Anduvieron por todas esas fuentes de agua, solían hacerlo en tiempo donde la luna no salía porque en la oscuridad era más fácil sacar los peces. Era la mejor infancia que podría tener en la vida. Le gustaba también conectarse con la naturaleza, ver como los árboles se movían a través del viento y como los animales emitían un sonido agradable, disfrutaba de ver la neblina cuando tocaba el suelo dejando un rocío frío en las plantas o en los árboles.

Se interesó por interpretar la vida con el comportamiento de las personas con las que convivía y las diferentes formas de conflictos que se generaban. Todos los días se sentaba por horas a observar la humanidad y pensaba en por qué a algunos les va bien y a otros mal. A pesar de su corta edad aprendió que no es necesario vivir la experiencia por sí mismo, sino que solo basta con mirar a otras personas y la forma como ellos han vivido la vida porque son un espejo que sirve para la vida cotidiana. Aprendió

también que la mayoría de las personas tienen un vacío espiritual, emocional y sentimental, que debido a esas circunstancias son personas que se refugian en otras cosas como la drogadicción, el alcohol, la prostitución con el único fin de llenar esos vacíos que tienen dentro de sí. Se inclinó por la ideología revolucionaria, cuestionaba por qué los grandes imperios oligarcas, yankistas oprimen y explotan a los pueblos indígenas, afrodescendientes, palenqueros, campesinos y se llevan sus recursos haciendo al pobre más pobre y al rico más rico. Vivía en una zona de conflicto armado donde los distintos grupos se paseaban de un lado a otro. Donde hacían sus actividades, reuniones, integraciones, conferencias comunitarias donde solo ellos tenían la vocería e imponían sus leyes.

Era un lunes en la mañana cuando Beto se disponía a ir al colegio. Se dio un baño y su madre le sirvió un desayuno que constaba de arroz, carne frita, espaguetis, tajadas, un pedazo de pan y una tostada con aguapanela con leche. Toma su bolso, en él lleva sus cuadernos, su lápiz, su borrador, un par de colores y se despide de su madre. El clima era frío y la espesa neblina rozaba sobre su piel, dejando a su paso entre sus cejas y pestañas una diminuta brisa helada. Le tocaba caminar de su casa al colegio como 20 minutos, emprendió su camino, pero en la carretera no se veía nada por la cantidad de niebla que había, además, era destapada y por eso había mucho pantano. Pasó una quebrada y se quedó observando como el caudal había aumentado y como el sonido se agrandaba más y más; siguió su camino y al llegar a un filo observó un grupo de personas que estaban aglomeradas y a medida que iba avanzando se percató de que esas personas portaban chalecos, armas largas y botas pantaneras, su uniforme era verde y en su brazo izquierdo usaban un brazalete con el color de la bandera de Colombia, con una frase que decía FARC-EP. Fue ahí cuando identificó que aquel grupo se trataba de un grupo guerrillero. Sintió en ese momento alegría porque pensaba en que era la oportunidad de pertenecer a un grupo armado. Cruzó palabras con un hombre con un semblante tenso, malgeniado, su mirada estaba cargada de maldad, se veía a leguas lo malo que era, tenía voz gruesa, un poco robusto de piel trigueña. Beto le preguntó qué tenía que hacer para poder ingresar al grupo, a lo que respondió que tenía que hablar con el comandante. El comandante era una persona alta, sonriente y recochero que inspiraba confianza, una barba espesa y refinado para hablar, su apodo era Tom o Jimmy. Beto le dice que quiere pertenecer a las filas a lo que el otro hombre increpó y le preguntó si estaba seguro de lo que quería. Beto muy seguro le respondió que sí que ése era el sueño que él quería

realizar. A partir de ese momento, el niño dejaría sus cuadernos y su lápiz para cambiarlos por un arma comenzando así su vida guerrillera. Ese día se trasladarían para una zona de encuentro a dos horas de camino donde se reunían a planear sus actividades, era una parte lejana de la población civil llamada Paramillo. En el momento en que llegan, Beto se encontraría con una cantidad de hombres y mujeres que variaban en sus edades y acampaban allí. El comandante presenta al nuevo joven al grupo diciendo que era un integrante más y que se unía a la causa guerrillera, advirtió que lo hicieran sentir como de la familia. Eran las once de la mañana y cada uno tenía una función distinta; algunos llevaban la leña, otros el agua, otros se encargaban de la vigilancia y otros de la ranchería. Una joven llamada Miriam se acercó a Beto y le dijo que le iba a enseñar cómo colocar su centinela para que no se mojara en esos tiempos de invierno. Le explicó que primero había que encontrar un sitio específico, para después buscar dos palos preferiblemente en forma de “Y” con el fin de que pasara la cuerda de “Y” a “Y” para que así se pudiera poner el centinela y luego colocar a los lados unas varillas para que el viento no la levantara, para finalmente hacer una zanja y así no se entrara el agua. De ese modo organizó su dormitorio y aprendió algo nuevo en su vida.

Eran las doce del día y era hora del almuerzo. Todos los integrantes hacían fila para recibirlo y un señor llamado Pablo le entregó una marmaja que constaba de un plato de aluminio con varias divisiones: una para el arroz, otra para la sopa, otro para la ensalada, otro para la carne y una jarra para recibir el agua. Ese día, el almuerzo era arroz, sancocho, una ensalada dulce y una porción de pollo acompañado de una jarrada de jugo de mora. Posteriormente, cada uno lavaba sus utensilios para dejarlos listos para la siguiente comida.

El comandante llamó a Beto para hacerle una serie de preguntas que dejaría en el archivo del sistema. Preguntó el nombre de sus padres, dónde vivían y cuál era el nombre que quería adoptar a partir de ese momento a lo que sugirió Beto o Jimmy, con lo cual el comandante estuvo de acuerdo. Beto se destacaba por ser muy habilidoso, pilo, todo lo que le decían lo aprendía muy rápido. Aprendió sobre el manejo de armas, tácticas de guerra, cuáles eran las formas de sobrevivir en la selva cuando no tenía alimento y cómo desplazarse en ella de un lado a otro. Había espacios de capacitación en política, enfermería, red de informantes, comandos especiales, música, pintura, explosivos, etc. En este lugar Beto aprendió a hacer amigos e incluso una familia porque se apoyaban unos a otros. Tanto le gustaba

Lo que hacía que ascendió rápidamente a ser comandante de milicias y posteriormente manejar una estructura guerrillera. Un día se desplazaba hacia un alto llamado El Limón donde conoció a una linda mujer llamada Isabel, de pelo negro largo, pestañona, blanca, con unos labios rosados provocativos que anhelaba besar. Era una mujer cristiana y dedicada a la religión y a pesar de su corta edad sabía mucho del tema. Cada vez que se encontraban ella le hablaba sobre el perdón y cómo Dios cambiaba al ser humano en una persona nueva. A diferencia de ella, Beto no creía en Dios y su única filosofía consistía en los parámetros Marxistas y Leninistas, a llegar a un punto de razonamiento y ver más allá. Sin embargo, algo le llamó la atención un jueves a las cuatro de la tarde cuando Isabel invitó a Beto a un devocional, una especie de culto donde se reúnen varias personas a compartir la palabra de Dios. Un hombre llamado Gilberto comenzó a hablar con gran sabiduría, hasta parecía que conociera por lo que estaba pasando Beto y, a partir de ese momento, algo cambió en él. Cuando Isabel y Beto se encontraban, ella le aconsejaba que se retirara del grupo para poderle dedicar más tiempo a ella y se consolidara más el sentimiento que tenían. Con el tiempo llegó el momento en que Beto debía trasladarse a otra zona. Se despidió con un ramo de flores, una caja de chocolates al igual que un beso apasionado y ella le entregó una biblia para que le ayudara a llevar su camino. Su lugar de destino era el Chocó, caminando por días enteros, acampando en el lugar que estuvieran cuando los cogía la noche. El trayecto duró semana y media hasta llegar a Tamaná. Pasados dos meses allí, un viernes en la madrugada, el despertar de las bombas en el campamento los obligó a practicar su ruta de escape, pues cuando esto sucedía el equipo ya tenía conocimiento del punto de encuentro y la zona que sería segura, también sabían que quien no llegara sería porque le dieron de baja o renunció. Beto vio en ese momento la posibilidad de escapar y salió corriendo hacia un río para internarse en una cueva por tres días, sobreviviendo solo con agua mientras pasaba la marca, al cuarto día se dispuso a emprender camino acompañado de su AK 47, cuatro proveedores, dos granadas de mano y una pistola nueve milímetros con tres cargadores, y su biblia. Regresó a su pueblo, donde lo vieron crecer sus familiares y amigos. Lo recibió su madre bañada en llanto y durante una semana estuvo allí. Luego se fue a buscar a su amada Isabel. El encuentro con ella fue una explosión de amor. Sus abrazos y besos eran apasionados y de su boca salían las palabras “te quiero”, que repetía insistentemente. Beto le contó de su hazaña para volverla a ver y prometerle que nunca

jamás la dejaría sola. Pasaron los meses y el amor que Beto recibía de su familia y de su novia eran gigantes. En cierta ocasión Beto salió a recorrer el territorio hacia una zona llamada San Luis y al pasar por un caserío tres personas se quedaron mirándolo fijamente y se preguntó dónde los había visto antes. Continuó su trayecto hasta su destino donde se quedaría tres días para posteriormente regresar por la misma ruta, pero al pasar por el caserío nuevamente dos personas distintas se quedan mirando, a lo que Beto supuso que era por ser una persona extraña entre ellos. Al llegar a su casa, su mamá le da la comida y luego se va a visitar a Isabel. Pasa la noche con ella y al otro día a la madrugada, cuando regresa a su casa, un grupo de personas lo esperaban, le preguntan su nombre a lo que él respondió Héctor, uno de ellos se le acercó y le dijo que empacara dos mudas de ropa se despidiera de su familia y se fuera, en ese momento reconoció que eran los camaradas con los que en algún momento compartió la lucha armada. Accede porque sabía que si no lo hacía sería puesto como objetivo militar. Se dirigieron hacia Mistrató, San Antonio del Chamí y Pueblo Rico. Por esos días el presidente de Colombia anunció el tratado de paz, a lo cual se quiso acercar, pero las condiciones de sometimiento no lo dejaron continuar con el proceso, quería tener una vida normal desde la clandestinidad como una persona resocializada, con una vida como todos, buscó nuevamente a su amada y fueron muy felices. Mas, por circunstancias de la vida, Beto cayó a la cárcel. Espera pagar su condena con la firme certeza de que su amada lo espera, y él a ella.

CÓRDOBA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIANA SEGURIDAD DE TIERRALTA,

Directora del Taller:
Yolima Esther Mercado de la Vega

BUSCANDO MI MÁS GRANDE AMOR

Diego León Escudero Ramírez



En el año de 1984 nació un hermoso niño, el cual bautizaron como Luis Fernando Pérez Escudero.

Hijo de una familia adinerada dueños de las empresas textiles más grandes del país, y con todos los problemas de seguridad que existían en ese entonces, por ser una familia adinerada se sentían siempre en peligro de que los secuestraran para pedirles una suma alta de dinero por su liberación.

Por esta razón, tenía que desplazarse siempre escoltado para todas partes siendo ese el precio que tenía que pagar por ser de una familia rica y adinerada. Su vida, aunque gozaba de muchos lujos, no era fácil porque vivían muy ocupados; con el nacimiento de Luis Fernando todo se le iba a dificultar más.

La madre doña Rosalba Escudero una señora muy bien parada de raíces campesinas es el alma de todo, una mujer humilde pero a la vez templada, la cual es la que toma las decisiones en las empresas.

Don Javier Guerra, el padre, venía de una familia rica que le ofreció todo en la vida y que nació en medio de grandes negocios y fincas ganaderas, un mundo donde todo para él era perfecto.

Siempre ha sido un hombre de mucho carácter entregado al trabajo. Desde niño siempre le gusto el campo y sus padres le dieron gusto en todo lo que quiso. También era un hombre enamorado. Conoció su gran amor, doña Rosalba Escudero. Este amor nació en la finca de sus padres, allí nació. Por esos días era una joven bella y tímida, hija de la comadre de la finca, la nana, la que preparaba la comida para todos en compañía de otras señoras.

Amparo, así se llama la comadre que lo vio crecer, lo cuidó mientras sus padres estaban enfrente de los quehaceres de las haciendas que tenían.

Doña Amparo, una vieja fuerte que más bien parecía la patrona por su temperamento y su voz gruesa y fuerte, llegó a la hacienda muy joven siendo madre soltera y se hizo querer tanto que entró hacer parte de la familia y su hija Rosalbita creció junto a Javier, incluso los dos estudiaban en el mismo colegio.

Desde niños hubo mucho amor entre ellos, se mantenían juntos, se iban para el colegio juntos y los padres de Javier la aceptaban tal y como era. Incluso era como la hija que nunca tuvieron, aunque andar con él era un riesgo porque a los dos los secuestraran en cualquier momento, y a pesar de que andaban con seguridad siempre en este país eso no importaba.

Pasaron varios años y Javier ingreso a la universidad, Rosalba decidió que estudiaría administración de empresas, siempre le gustó esta profesión.

A Rosalba le toco irse para la capital, para continuar con sus estudios en la universidad y Javier se fue para donde las tías, él quería ser un arquitecto y hacer grandes construcciones. Los dos entraron en universidades diferentes y por cosas del destino una vez se encontraron en una charla sobre negocios que ambas universidades habían pactado y fue allí donde se reencontraron y el amor paso a otro plano. La reunión era en un capitolio: allí asistirían muchos estudiantes que querían aprender mucho más sobre negocios internacionales.

Rosalba estaba sentada en la parte de adelante y Javier al lado, cuando le dieron la palabra de hacer una pregunta, se presentó. Rosalba no lo había reconocido, ya era todo un hombre, con su barba tupida, su pelo crespo y sus ojos negros y grandes. Se sorprendió demasiado, tenía en frente al gran amor de su vida ya hecho todo un caballero.

Al finalizar la reunión, Rosalba le tomo por la espalda. Él, sorprendido, la abrazó fuertemente y le dijo, estas hermosa más de lo que eras, ella con su cuerpo de diosa pelo negro, piel blanca, ojos claros, cintura de reina, le sonrió, lo miró fijamente a los ojos queriéndole decir todo lo que sentía por él, porque ella siempre estuvo enamorada pero jamás le dijo por temor a lo que dijeran sus padres y que esa relación fuera rechazada por haber crecido juntos.

Aunque en el pasado estuvieron solos mucho tiempo nunca se demostraron el amor que ambos sentían y fue en ese encuentro que todo empezó. Se sentaron en el café de la esquina a recordar todo lo bello que compartieron desde niños, a reírse de las veces que los castigaron por salir de noche a montar a caballo, se sumergieron en el pasado y el vio y sintió que ella era su todo, sintió que nunca quería irse de su lado. Por primera vez en su

vida su corazón palpitaba más de lo normal al ver esta belleza de mujer, de como había madurado su voz, su forma de hablar, su mirada y esa hermosa cabellera negra y larga que robaba las miradas de todo el mundo.

De niños él la quería mucho pero era un amor de hermanos. En la adolescencia hubo ocasiones que él quiso expresarle que le gustaba pero nunca se atrevió y así se separaron para emprender sus estudios y construir su futuro.

Ya estaba tarde, era hora de despedirse luego de que hablaran por horas recordando viejos tiempos. Habían transcurrido cinco horas y parecían cinco minutos. Él no quería que se fueran pero ya estaba tarde. Le pregunto dónde vivía, donde se estaba quedando, con quién vivía, y ella le respondió que al igual que él ella también se estaba quedando donde una tía. Él le dijo: ven yo te llevo, ya tengo automóvil y aquí en la capital ando solo, me estresa andar siempre con un guardaespaldas pendiente de todo lo que hago.

No tuvieron ni tiempo de decirse lo mucho que se amaban solo recordaban el pasado que vivieron juntos.

Esa noche Rosalba no pudo dormir pensando en todo lo que había acontecido, jamás se imaginó que se iba a encontrar con Javier. Estaba feliz de verlo y se preguntaba que estaría pensando Javier de todo esto. Javier también se encontraba feliz y también pensaba en lo mucho que la amaba y en cómo decirle todo lo que sentía por ella.

Esa semana Javier fue a recogerla a la salida de la universidad como habían quedado. La invitó a almorzar y a pasar la tarde con él. Esa tarde fue la más maravillosa. Estuvieron por toda la ciudad, comieron en el mejor restaurante, la llevó al zoológico, porque ella desde hace mucho tiempo quería conocerlo y nunca tuvo la oportunidad y ese día él quiso que fuera muy feliz porque la amaba y ella lo amaba a él. Y fue allí donde nacería ese beso que los llevo al cielo y donde empieza la segunda parte de esta historia de amor.

EL SENTIDO DE VIVIR SINTIENDO

Diego Manco Castañeda
y
Jefferson Marulanda Henao



El sentido de vivir sintiendo lo quiero comenzar citando el siguiente versículo, Timoteo 2:15 que dice lo siguiente: “procura con diligencia presentarte a Dios aprobado como obrero que no tiene como avergonzarse que usa bien la palabra de verdad.”

Esta historia comienza en la ciudad de Montería, en el departamento de Córdoba, con un joven muy curioso de muy buena familia, en un seno de oro, una familia tal vez desintegrada pero con educación, que crece en un entorno de conflicto y de guerra. Una guerra de la cual él no tenía nada de qué ver y que tampoco entendía pero le toca enfrentar.

Desde joven cumplió con sus deberes de educación pero fue seducido por los placeres de la vida: dinero, armas, mujeres, amigos y demás. A la edad de 23 años Alex conoce el amor de una mujer hermosa, con la cual tuvo una relación. Era de buenos principios, algo opuesto a la vida de Alex el cual llevaba unos caminos incorrectos para la sociedad. En este punto de su vida donde se encuentran los polos opuestos y se atraen así como se juntan la luna con el sol y forman un eclipse. Su nombre era Ximena. Ella tenía un conocimiento especial hacia Dios, del cual no contaba Alex. Fue guiado por ella para conocer del bien, lo cual intrigó mucho a la Alex que no tenía mucho sentido de vivir de esta manera. Alex se sentía muy solo y agobiado, sentía que nada le causaba felicidad, que ya nada lo llenaba ni su dinero ni los placeres ni las drogas, sentía que algo le faltaba.

Tal vez ahí empezó esa necesidad de empezar a hacer las cosas positivamente, y a sentir que la maldad no le llenaba como antes. Todo eso marcó

la diferencia, aún más al escuchar las palabras de su amada Ximena que le dijo la siguiente frase: “De qué le vale al hombre ganar el mundo si perdiere su alma”. Estas palabras intriguaron el fondo de su corazón, lo que le llenó de una profunda tristeza porque pensaba en su familia y en sus hijos.

Al día siguiente Alex salió de su casa a muy tempranas horas de la mañana y se encuentra a su amigo de infancia y le propone un negocio el cual consistía en estafar a un empresario. Alex se dejó llevar de su amigo y aceptó su propuesta, pero en el momento de la extorsión fueron capturados en flagancia y llevados a la cárcel, cosa que lo lleva al borde de la locura, debido a que perdió muchos de sus bienes su libertad y su familia.

En la cárcel, a Alex le toca pasar por pruebas muy duras, como recibir castigos, dormir en el suelo y padecer mucha hambre.

Estando Alex en la cárcel pudo comprender que estaba haciendo las cosas mal. Se dio cuenta lo importante que es la familia, pudo aprender a valorar lo que había perdido y pudo comprender el sentido de vivir sintiendo muchas emociones y pasando por muchas adversidades.

En ese momento Alex se encuentra por primera vez con Dios. Aprendió a valorar cada momento y cada segundo como si fuera el último. Pudo comprender el verdadero sentido del amor, aprendió a perdonar y, lo más importante, aprendió a querer al prójimo y alcanzar su paz interior.

Hoy en día Alex predica en las cárceles y claramente encontró su felicidad. Recuperó su familia y se encontró consigo mismo. Tiene un trabajo estable y tiene una relación mucho más amorosa con su familia y, lo más importante, encontró el verdadero sentido del vivir.

PEPE A TRAVÉS DEL CIELO

Nicolás Olaya Fernández.



Nuestro valiente y resiliente protagonista, Pepe, es un gatito que nace dentro de un establecimiento carcelario ubicado en las afueras de Tierralta, un lugar en medio de una selva húmeda, calurosa, en el monte.

Allí conviven tres linajes de gatos ferales: los negros, que parecen panteras selváticas; los pelirrojos y los atigrados que son el linaje de procedencia de Pepe. Como todos los demás felinos, Pepe nació en el duro suelo de las celdas del penal valiéndose de la leche materna que su madre le daba a él y a sus hermanos.

Por desgracia, sus dos hermanos no lograron continuar el desarrollo de vida, ya que se iban a recorrer el bloque en busca de su madre, perdiéndose en la selva de cemento sin la madurez necesaria para encontrar la salida y poder acostumbrarse a la comida de humano, a reptiles o insectos que se encuentran en el entorno de rejas y concreto a la cual estamos confinados los condenados por la ley.

Pepe, a diferencia de sus hermanos, nació con una anomalía genética causada por el incesto al que están sometidos sus linajes por el confinamiento. Su columna vertebral tenía una desviación que llegaba hasta su cadera y patas traseras, por lo cual no contaba con la capacidad de desplazarse normalmente en sus cuatro patas. Debía arrastrarse con las patas delanteras alrededor donde su mamá gatuna los dio a luz. Esto lo salvo de no alejarse demasiado y estar cerca del momento en el que mamá volvía por las tardes a alimentarlos.

Luego de varios días algunos reclusos descubrieron a las vulnerables criaturas en la esquina de una celda abandonada. Chock, uno de los reclusos que encontró a los gatitos, era un hombre empático, con un sentido

de cuidado y protección hacia los animales, especialmente por los gatos, que por malas compañías y decisiones se vio involucrado en un delito que no quería cometer. Chock sintió un impulso de cuidado y de protección hacia las tiernas criaturas. Decidió llevarlos a su celda y los acomodó en un cambuche, “una caja”, para luego darle de beber agua en un recipiente y compartirles del alimento que le daban diariamente. Así transcurrieron varios días, hasta que una mañana nublada y gris encontraron a los otros dos gatitos muertos, hecho lamentable que entristeció a Chock. La causa del nefasto hecho fue que los gaticos no fueron capaces de digerir la comida sólida de los humanos. Pero Pepe, a pesar de sus complicaciones, comenzó a crecer y a desarrollarse gracias a una gran voluntad interna de supervivencia y una conexión de gratitud hacia Chock, su padre adoptivo, que lo acariciaba, limpiaba y ayudaba a moverse, masajeando sus patitas.

Una semana después, Pepe empezó a ganar cada vez más confianza para moverse alrededor del pasillo número Uno del segundo piso, donde quedaba la celda de Chock, causando mucha conmoción entre los demás reclusos. Al verlo arrastrar su cadera y sus patitas traseras, generaba especulaciones acerca de por qué había quedado así, como por ejemplo que alguien más lo había pateado o que se había caído por las escaleras, pero solo era suposiciones inciertas.

Un día Pepe andaba merodeando por el salón fuera del pasillo y cayó por el borde de la reja al primer piso lastimándose todo su cuerpecito. Recibió golpes en las costillas, caderas y se complicó su recuperación. Los ejercicios de fisioterapia que le hacía Chock no le ayudaba de a mucho. Después del incidente, Pepe anduvo temeroso y no quiso seguir saliendo hasta el salón. Chock, al verlo así, sintió mucho pesar por él, por lo cual decidió buscarle una familia adoptiva entre las familias de afuera de algunos de los demás reclusos o incluso la posibilidad de que su propia familia lo recibiera, pero ninguno lo pudo adoptar.

Un domingo de visita vinieron mi papá y mi hermana. Les conté acerca de Pepe y se sintieron muy conmovidos. Los llevé a conocerlo. Les pareció un gatito adorable y decidieron llevárselo a Medellín para darle un tratamiento veterinario y darle una mejor calidad de vida. Lo hospitalizaron, le hicieron exámenes y lo aliviaron poniéndole un carrito que soportaba sus patas traseras, porque no era apto para una cirugía de reconstrucción.

A partir de ese momento, Pepe vivía el resto de sus días muy cómodo y feliz, correteando en su nuevo hogar con sus nuevas llanticas, acompañado

de Morti, nuestro otro gato. Mi papá, mi mamá y mi hermana se encargaron de brindarle todo el cariño y amor del mundo.

DESDE LO MÁS PROFUNDO DE MI CORAZÓN

Diego León Escudero Ra



De lo más profundo de mi corazón me duele tu ausencia
La soledad de mi ser te aclama en las noches frías y escuálidas
Yo sigo en la espera de volverte a ver mi dulce amada

Mirar la luna es como verte sonreír
Siento la brisa y es como si me abrazaras
Al llegar la noche también llegan mis recuerdos
De cuando componíamos juntos cada palabra
Tu sonrisa es como el canto de las aves
Tu tristeza es la lluvia que recorre mis mejillas

Estar lejos de ti es mi más cruel castigo
Cuanto te deseo amor de mi vida
Solo espero pacientemente que este amor dure para siempre
Para estar juntos toda la vida

EL PENSAMIENTO

Jhonatan Andrés Vélez



Un amanecer que me inspira tranquilidad
Una vida que me hace cada día más positivo
Un pensamiento que me hace sentir más espiritualidad
Un sentimiento que me hace sentir paz
Una cárcel que me ensaña a valorar
Un tiempo que me enseña el valor del tiempo perdido
Una familia que me da su apoyo incondicional
Para soportar el encierro del triste ocaso del crepúsculo

Bienvenidas sean estas historias de la Colombia encerrada. La Colombia de hombres y mujeres que cuentan el duro trasegar en un país que niega oportunidades en cada etapa de la vida. Aquí están las historias: de cómo me tuve que alejar del colegio porque no había con qué comer; de cómo me vi obligada a prostituirme y terminé en las AUC o en la guerrilla, cómo mi primer juguete fue una AK-47 o una pistola, cómo resulté llevando y trayendo encargos cargados de malas noticias y mundos pendencieros, cómo me tocó ver cuando mataron a mis padres en su propia finca, cómo no pude ser el futbolista de éxito que era porque no había con qué y resulté de soldado profesional.

CRISTIAN VALENCIA HURTADO

EDITOR

